III

Panamá

Entre los cueva y/o chocó

Los grupos indígenas conocidos como cuevas habitaron el territorio comprendido al suroeste de Panamá, tanto en sus costas caribeña y pacífica, incluyendo el Darién. Algunos autores han sugerido el río Atrato como límite este, mientras, por el oeste, encontramos el cacicazgo de Chame en el Pacífico y el de Quebore por el Caribe (Romoli 1987: 33). A pesar de su amplia dispersión territorial, parecen pertenecer a una misma etnia y hablaban una misma lengua: la cueva.

Adolfo Constenla, con base en análisis lingüísticos detallados que separan esta lengua de las chibchas, sugiere que por lo menos una importante parte de los cueva pudieron ser chocoes, por lo que aquí los llamaremos cueva/chocó. La familia lingüística chocó se extendió en el pasado hacia el norte, por la costa pacífica de Panamá, incluyendo las cuencas de los ríos Sambú, Tuira y Chucunaque. Se extendió hacia el sur por la costa pacífica de Colombia (con algunos hiatos en el sur de Colombia), hasta el Ecuador, y hacia el este por las zonas de los ríos Sinú y San Jorge hasta una línea situada al oeste del río Cauca y que alcanza el Caribe en la región del Golfo de Urabá (Constenla 1991: 46).

Pascual de Andagoya, al hacer la relación de los sucesos de Pedrarias Dávila, aclara la ubicación de esta gente en 1514 de la siguiente manera:

"En esta tierra está una provincia que se llama Perequete, de una mar a otra, y la isla de las Perlas y Golfo de San Miguel, y otra provincia que llamamos las Behetrías por no haber en ella ningún señor, se llama Cueva. Es toda una gente y de una lengua, vestidos a la manera de los de Acla. Desde esta provincia de Perequete hasta Adechame (¿Chame?), que son 40 leguas todavía al oeste, se llama la provincia de Coiba y la lengua es la de Cueva, más que difiere en ser más cortesana y aún la gente de más presunción." (Jopling 1994: 29).

Así, la gente descrita en las fuentes como de "lengua cueva" parece haberse extendido por el suroeste de Panamá hasta las inmediaciones de Chame, como se describe en el párrafo anterior y se sugiere en la siguiente Cédula del Rey de 1521, enviada para la delimitación de los términos y límites de la ciudad de Panamá:

"...Por la banda del oeste, toda la tierra...que hay desde la dicha ciudad hasta la provincia de Chirú, en lo cual entran las provincias de Perequete, Tabore y Chame porque hasta allí llega la lengua de Cueva..." (Jopling 1994:3).

Pascual de Andagoya describe la extensión de esta provincia hasta el Caribe, en un cacicazgo llamado Pocorosa, adonde también se hablaba el cueva. Su organización sociopolítica ha sido identificada como la de cacicazgos (Torres de Aráuz 1975: 95; Helms 1979: 1–37), enfoque que compartimos. Andagoya narra esta gente vivía en mucha justicia, en pueblos más bien pequeños, en los que cada principal tenía tres o cuatro casas o más según su rango. Agrega que "los señores en su lengua se llamaban *tiba*, y los principales, que eran de linaje, se llamaban *piraraylos."* Los *cabras* eran guerreros que habían salido

triunfantes o heridos en la guerra. A estos, como reconocimiento, el cacique les daba casa y servicio. Las descripciones de Andagoya presentan un complejo panorama de organización sociopolítica y religiosa.

Este cronista tuvo la oportunidad de presenciar el entierro de un principal, el del cacique Pocorosa, el que describe profusamente. De esa experiencia podemos reconocer algunos elementos importantes de la vida en sociedad de esta gente cueva/chocó, de sus creencias y de su organización sociopolítica. Entre ellos, es importante anotar la presencia de prisioneros de guerra,—hombres y mujeres—así como mujeres principales, esposas o parientes de los señores o caciques, llamadas *hespobe (espabe*). Los hijos de la esposa principal eran quienes heredaban el señorío o la casa. Andagoya menciona la reunión de varios señores o principales, lo que, para los intereses de esta obra, confirma la existencia de una élite cacical dominante entre estos pueblos.

Al diablo lo llamaban *tuira*, además de que contaban con especialistas religiosos, chamanes llamados *tequina,* quienes supuestamente hablaban con él. Menciona "brujas" y "brujos" que hacían daño a las criaturas por medio del diablo. Agrega que cuando moría, se vestía a los caciques con las "armas de oro que tenían," envueltos en muchos mantos, de las mejores que había. En esas ocasiones, el hijo heredero se juntaba con toda la familia de su padre y principales de la tierra para realizar la última ceremonia, un año después, acompañada de música de tambor. Había especialistas que contaban la vida del difunto, representaciones en miniatura de elementos que lo caracterizaron en vida, actividades que se acompañaban de chicha. Fernández de Oviedo llama *areitos* a este y otro tipo de ceremonias, que representan "sus letras o memoriales" (Fernández de Oviedo 1959 Tomo III: 322), pues se contaban historias antiguas. Nótese la similitud con los areitos de los taínos en Las Antillas.

Es importante señalar que Andagoya dice que no había rentas ni tributos para el señor, solo servicios personales como la construcción de viviendas, sembradío de sementeras, pesquería o guerra que él correspondía con bebida y con chicha. Más aún, señala que los señores tenían sus cotos donde al verano iban a cazar venados (Jopling 1994: 30–31), lo que implicaría una complejidad sociopolítica similar a la del Guarco en Costa Rica en ese aspecto (Fonseca e Ibarra 1987: 11). También la similitud abarca el primero de los aspectos mencionados, pues los súbditos de Fernando Correque, cacique mayor del Guarco, aseguraban ayudarle en sus construcciones y otras labores, y él les daba chicha.

Obviamente, los cueva/chocó mantenían intercambio con otros pueblos pues se afirma que el oro lo obtenían de rescates o que ellos mismos lo extraían de minas que cavaban. Helms aclara que en las cercanías del territorio de Pocorosa había riachuelos del que se extraía oro, lo que pudo haber motivado guerras con Comogre, cacicazgo vecino situado al oeste de Pocorosa.

El panorama cotidiano se va perfilando claramente como uno donde el intercambio mantenía en gran movimiento a los pobladores del istmo incluyendo a diversos grupos colombianos. Existe evidencia arqueológica prehispánica de intercambio entre Panamá y el centro de Costa Rica y con regiones aún más al norte, como lo evidencia una cuenta tubular de jade extraída de una tumba en Aguas Buenas (Haberland 1984: 243).

Oscar M. Fonseca Z.y Richard Cooke (1993: 267) resumen la actividad en la zona de la siguiente manera:

"El intercambio a mayores distancias se dio a dos niveles: entre las diferentes regiones arqueológicas o provincias estilísticas, y con otras partes de América Antigua. Este último se dio principalmente con la inmediata región al norte: El Salvador, Honduras, Pacífico de Nicaragua, Guatemala y el sur de México. Al sur fue principalmente con Colombia.."

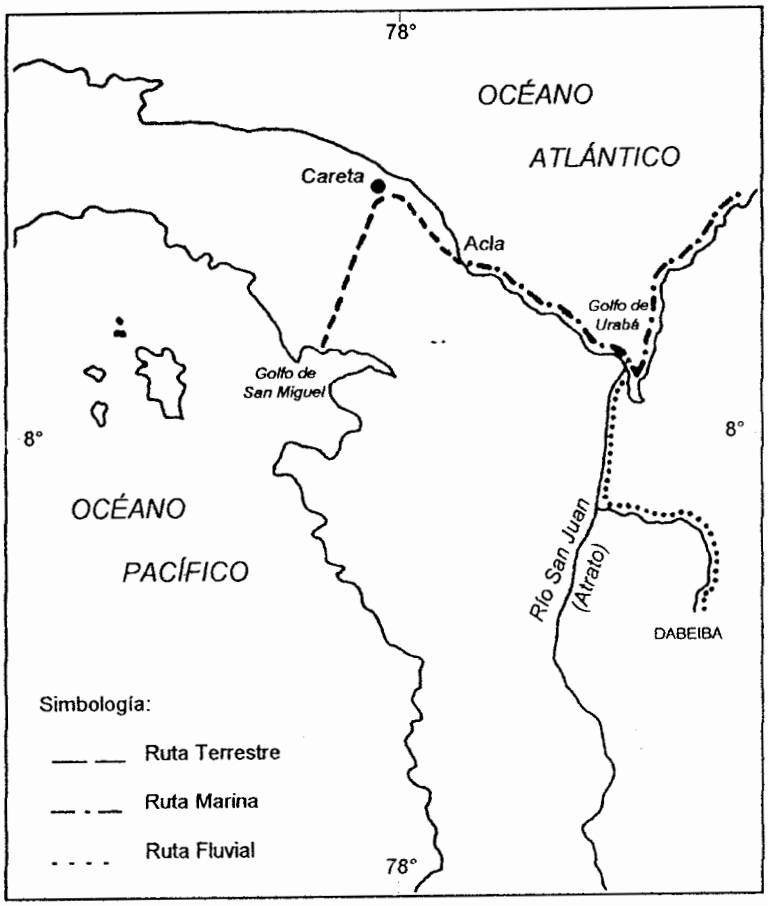
Fuentes documentales de 1526 también evidencian que importantes transacciones ocurrían por el lado del Pacífico, cuando comentan que unos españoles toparon con "comerciantes o mercaderes" cerca del Ecuador. Se trataba de una balsa de guaras, ocupada por unas veinte personas entre hombres, mujeres y niños, adornados con piezas de plata y oro. Para efectuar el intercambio, llevaban coronas, diademas, cintos, puñetes, armaduras como de piernas y petos, tenazuelas, cacabeles, sartas y mazos de cuentas rosadas, espejos guarnecidos de plata, tazas y otras vasijas para beber, mantas de lana y de algodón, camisas, albujas, alcaceres, alaremes y otras ropas, de colores grana, carmesí, azul, amarillo y de otros colores y labores, con motivos de figuras de aves y animales y pescados y arboledas. Llevaban "pesas" chiquitas para pesar oro, como una romana. Algunas de las sartas de cuentas traían esmeraldas y ánima. Esto lo traían para intercambiar por conchas de pescado para hacer cuentas coloradas como corales y blancas. La embarcación venía cargada de esas conchas (Ramírez 1995: 139).

En la zona del Caribe, nuestros resultados de investigación sobre los habitantes del Golfo de Urabá y las relaciones con Julián Gutiérrez en 1533 nos permiten unir la ruta que señala Bray con otra que va también hacia el Pacífico. **(Mapa 11)** De la culata del Golfo los indígenas se movilizaban también en embarcaciones para llegar a diferentes sitios costeros, entre ellos, cerca al asentamiento del cacique Careta, donde estuvo poblada la ciudad española de Acla. Desde allí parece haber existido una ruta que comunicaba la costa del Caribe con la del Pacífico, la que siguió Vasco Núñez de Balboa guiado por los mismos indígenas.

El angosto territorio panameño también contaba con otras rutas que unían Panamá central con la costa del Pacífico. Allí también hay evidencia de intercambio, con base en análisis cerámicos. Los arqueólogos identificaron tiestos representativos de pueblos del noroeste de Costa Rica, posiblemente de Nicoya (Cooke 1980: 376–384). Mary W. Helms identifica cacicazgos importantes situados cerca de vías fluviales, puertos adecuados y trillos o caminos que conectaban el territorio en redes útiles para el intercambio de objetos de oro y otros bienes (Helms 1979: 38–67).

Por su parte, Oscar M. Fonseca (1992: 38–39) se refiere a la evidencia del intercambio de gentes que ocupaban el territorio de la actual Costa Rica con otras regiones de América, a partir del Formativo medio, entre 1000 y 500 a.C. Entonces parece haber existido relación con el sur de Mesoamérica, pero también con Panamá y Colombia. Comenta que obviamente el intercambio y la comunicación se realizaron preferentemente con las regiones geográficas más cercanas e inmediatas.

En el momento del contacto entre españoles e indígenas, Cristóbal Colón también tuvo experiencias de intercambio con la gente cueva/chocó en 1502, cuando anduvo cerca de Portobello, aunque, obviamente, desconocía la amplitud del territorio ocupado por ellos.



Rutas de Intercambio
Golfo de Urabá
1553

Fuente: Eugenia Ibarra. 1996
Redib: Carmen González. 1997

Hernando Colón describe el ansia de los indígenas por comerciar, tanto que que hasta iban nadando a los barcos.

Es Helms también quien ofrece información al respecto de los cueva/choco que ocupaban el sureste panameño, aunque los datos disponibles son muy escasos. El sistema fluvial del río Tuira constituía una importante ruta de comunicación entre Panamá y Colombia. A la vez, este sistema proveía importantes cantidades de oro, lo que colocaría a los caciques que controlaban estas vías fluviales en ventaja (Helms 1969: 65). La poca evidencia indica que el oro llegaba hasta Comogre. En Veragua, del lado del Caribe, el intercambio de bienes, incluyendo el oro, debió realizarse por el camino que describió Gaspar de Espinoza. Además, se utilizaba el río Veragua como vía fluvial, como lo atestigua Colón ya desde 1503 (Lines 1952:168–170).

Fernández de Oviedo añade que los indios eran grandes maestros en hacer sal, la cual hacían tan blanca como la nieve, y tan fuerte que no se deshacía rápidamente. En cuanto al intercambio, dice que:

" cuando no están en la guerra todo su ejercicio es tratar y trocar cuanto tienen unos con otros. Y así, de unas partes a otras, los que viven en las costas de la mar o por los ríos, van en canoas a vender de lo que tienen complimiento y abundancia y a comprar lo que les falta. Y asimismo tratan por tierra y llevan sus cargas a cuestas de sus esclavos: unos llevan sal, otros maíz, otros mantas, otros hamacas, otros algodón hilado o por hilar, otros pescados salados. Otros llevan oro (al cual en la lengua de Cueva llaman ***irabra)***.(Fernández de Oviedo 1959 Tomo III: 325). **(Fig. 1)**

En 1516 Gaspar de Espinoza brinda información que, además de aclarar la situación limítrofe del territorio cueva comentada más arriba, aporta información etnográfica valiosa que contribuye a identificar socioculturalmente a sus pobladores. Comenta este conquistador que cerca de Escoria, de la que el cacique Chame fue principal, y de Tabraba, antes de Cheru y a ocho leguas de Chame, por la costa del Pacífico, "se encontró el juego del batey que se usa en Haití."(Jopling 1994: 47, 55). Tabraba era una "provincia" situada a tres días de Escoria, tierra adentro hacia la sierra, por donde pasaba el camino que atravesaba de la Mar del Sur hacia el Caribe. O sea, se confirma que era una región de importancia estratégica, tanto para el intercambio como para otras actividades, comprendida entre los límites definidos para los indígenas cueva/chocó.

La importancia de la mención del juego del *batey*, o de pelota, en esta región de Panamá, reside en que esa actividad ha sido identificada como parte de las costumbres de los chocó. John M. Cooper afirma que se jugaba en América Intermedia, las Antillas, el Orinoco, la Amazonía, Guiana, al este de Brasil al este de Bolivia y en el Chaco. Entre los chocó y los aymará se utilizaba una bramadera, instrumento que suena al agitarlo contra el viento (Cooper 1949: 505–506). Esta información apoyaría la hipótesis de Adolfo Constenla en cuanto a que los cueva pudieron ser chocoes, pues a los estudios lingüísticos se une el dato etnográfico, fortaleciendo su propuesta.

Además, el *batey* pudo formar parte de algunas actividades particulares de intercambio, como en Haití. La intensa actividad comercial de los cueva/chocó y su cercanía al camino que unía el Caribe con el Pacífico nos sugiere que en esas ocasiones podían desarrollarse

Fig. 1: Indios cruzando el rio (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

competencias, juegos, bailes y cantos, y, además, claro está, del intercambio de bienes. Algún sitio particular debió ser el elegido para desarrollar este tipo de encuentros, a los que asistirían indígenas de otros cacicazgos, pero las fuentes guardan silencio al respecto.

Tal era la extensión territorial que cubrían las actividades del intercambio en la provicnia de Cueva que todavía en 1522 Hernández de Navarrete afirma que:

"En esta provincia supe y hube relación así de los señores como de mercaderes e intérpretes que ellos tenían...porque estos alcanzaban por vía de mercaduría mucha tierra." (Hernández de Navarrete Tomo III: 421).

Son numerosos los bienes que se mencionan. La sal se describe en manos de los caciques Cherú, Natá y Paris, proveniente de:

"las salinas más hermosas de más gentil artificio y más aderezado que se ha visto." (Jopling 1994: 57).

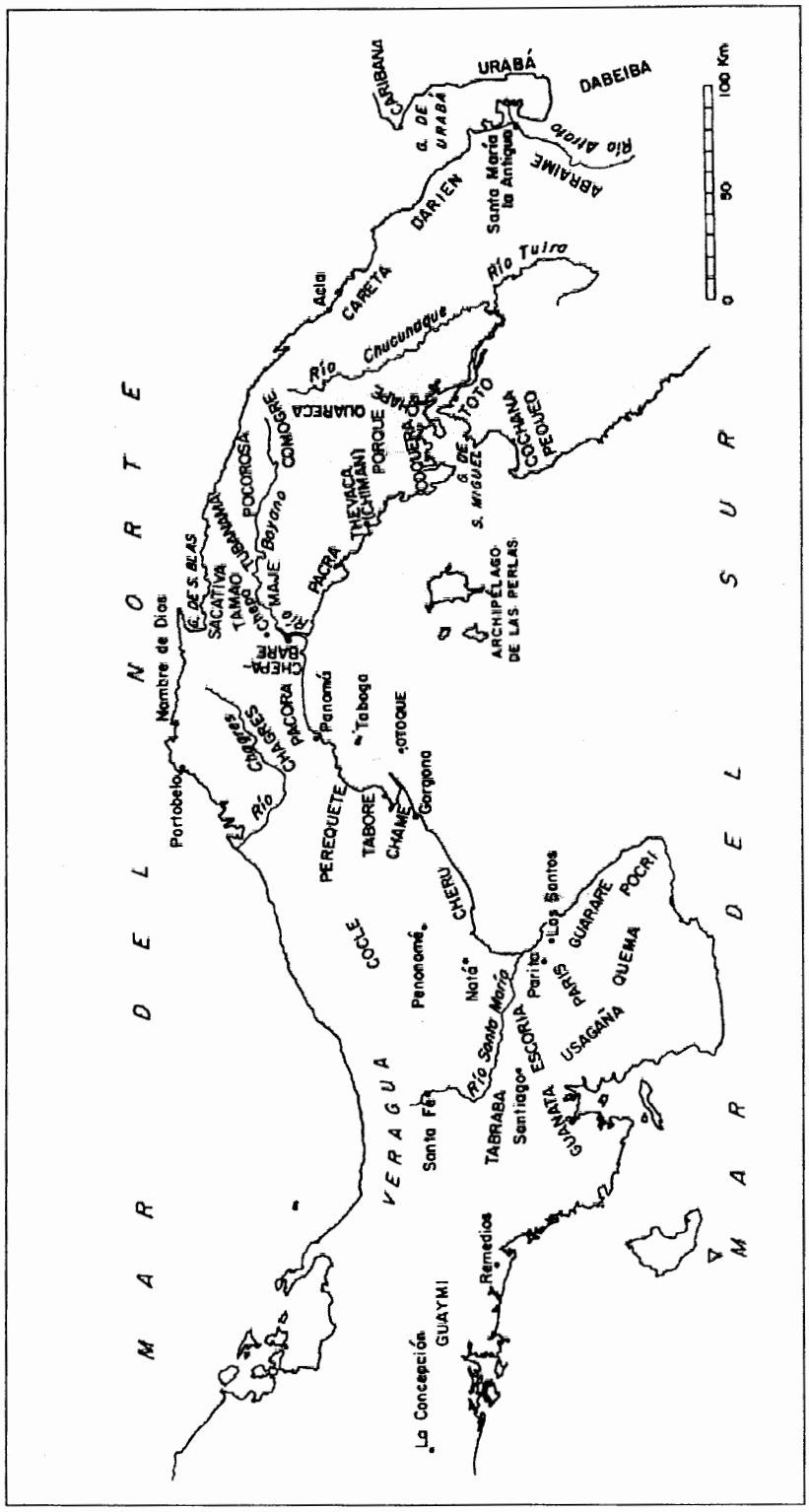
En términos generales, queda expuesto que los cueva/chocó aprovecharon los diversos ambientes naturales que se incluían en sus territorios, de una costa a otra. Aparentemente, estos territorios estaban señalados con "mojones" y se defendían con celo (Jopling 1994: 21). El aprovechamiento de recursos y el intercambio generó relaciones sociopolíticas y de complementariedad entre los diferentes cacicazgos, similares a las que describimos entre la costa y la sierra colombiana y entre las tierras centrales y costeñas del cacicazgo del Guarco en Costa Rica.

La defensa de los territorios generaba guerras con frecuencia, tal situación es posible observarla tanto en la costa del Caribe como en la del Pacífico. Por ejemplo, Escoria quedaba situado entre los poderosos cacicazgos de Natá y Parita, en la península de Azuero, rodeando las ricas salinas. Las descripciones de guerras entre ellos son comunes.

La gente de del territorio Cueva, poseedora de enormes riquezas, recursos, y estratégicas rutas, gente ágil para las actividades de intercambio entre costa y costa y más allá, influyó en sus vecinos de más de una manera. Talvez su mayoría numérica y su amplio dominio territorial los había conducido a ocupar un papel destacado en el conjunto de élites cacicales panameñas del siglo XVI. Así, ya en los cacicazgos de la península de Azuero en el Panamá central, zona de frontera, aparecen vocablos y costumbres cueva/chocó en gente de otras lenguas. Nos referimos a que, después de cruzar los territorios cueva/chocó en nuestro análisis, las fuentes indican la presencia de otra lengua distinta y de otra gente a la cual los conquistadores contrastan con los cueva, comparación que obviamente se hizo con otros indígenas que no eran cueva. **(Mapa 12)** Se trata de los pobladores de la Península de Azuero en el Pacífico panameño. Andagoya afirma que:

"En todas estas provincias traían el vestuario y traje de la provincia de Coiba (cueva), salvo que en Paris las mantas hacían con labores de tintas muy galanas y en los mantenimientos y en todo lo demás conforman con los de Cueva y Coiba." (Jopling 1994: 34).

Tales rasgos distintivos pueden considerarse como expresiones externas de etnicidad o de rasgos diacríticos. Además, en 1514 la diferencia lingüística entre los cueva y sus vecinos occidentales es evidente, pues necesitaban intérpretes para comunicarse con el cacique de Paris, Quitatara (Cutatura), en Azuero. Para ello utilizaron a dos principales de



C. Jopling. *Indios y negros en Panamá en los Siglos XVI y XVII.* CIRMA/PMS. Vermont, 1994.

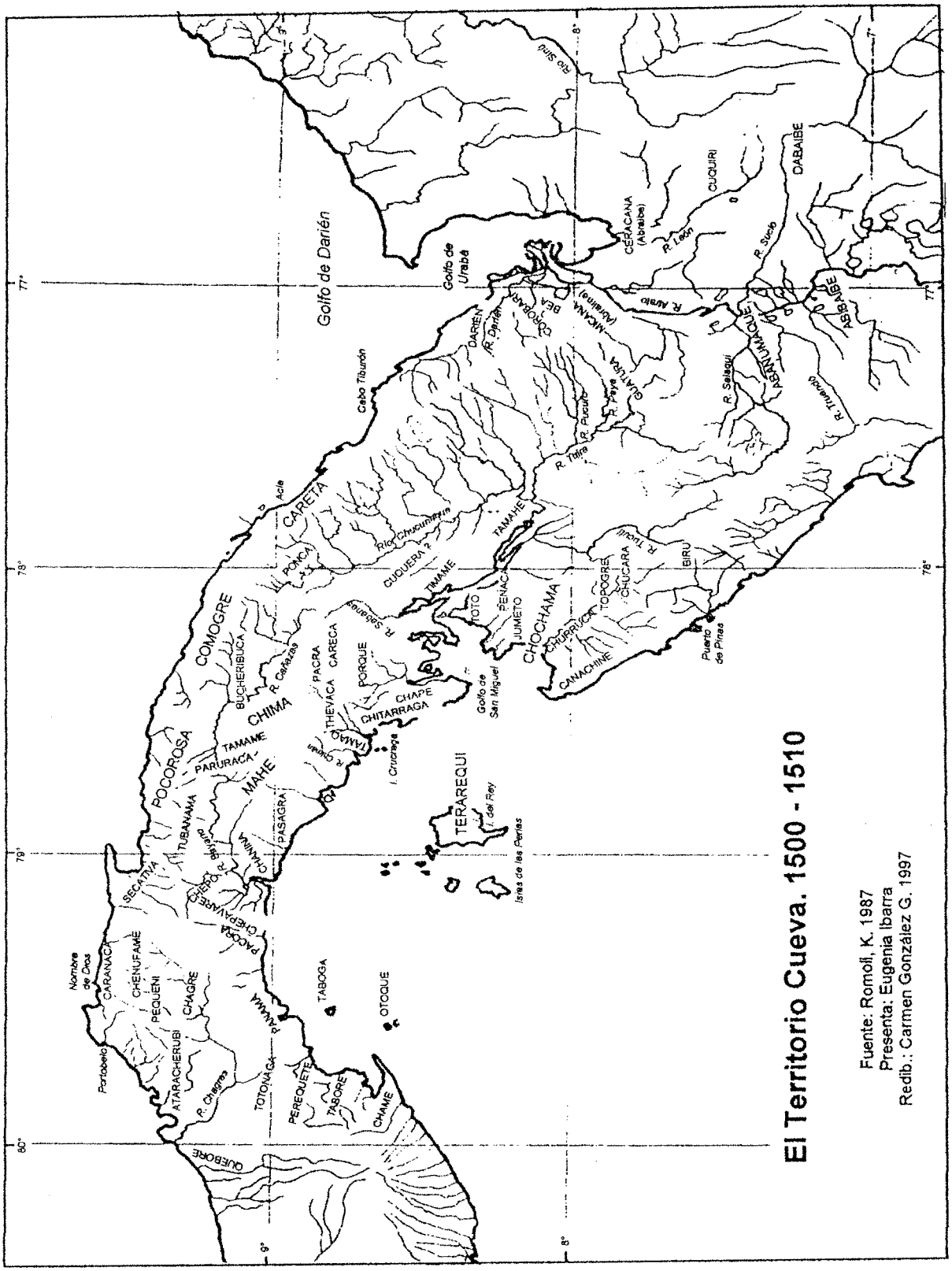
Natá, que estaba situado antes de Paris. Este cacique tenía sujetos a cuatro o cinco señores más, información que indica la presencia de un señorío, como el del Guarco en Costa Rica. Se afirma que esa lengua es diferente de la de Escoria y Natá, y que

" cada señor de estos es la lengua diferente y ellos se tratan por intérpretes." (Jopling 1994: 34).

En la región de la península de Azuero las fuentes mencionan muchos nombres de caciques y principales situados en lugares casi imposibles de ubicar con precisión, dada la vaguedad de la información. Los caciques de la península estuvieron sujetos a Paris, y tenían fama de ser muy guerreros. Además, se habla de que había "tuyraes," que llaman ellos los Adiablos," entre la gente de Usagaña, al oeste de Paris. Parece que esta gente era de una estatura mayor que la de los cueva, a juzgar por las observaciones que hacen Gaspar de Espinoza y Andagoya. Este último afirma que los otros indios se veían como enanos a la par de estos (Ibidem). Esta información podría considerarse indicadora de que en realidad algunos sectores de la península de Azuero pudieron conformar una especie de zona fronteriza entre los cueva/chocó y los guaymíes.

En las cercanías del territorio cueva/chocó se localizaba la isla Terareque, a diez leguas de la costa, bautizada por los españoles Isla de las Perlas debido a la cantidad de perlas que se extraían de allí. **(Mapa 13)** Al cacique lo bautizaron con el nombre de Pedrarias en 1515. Se describe como fértil de mantenimientos y de "hostias" grandes de las que se sacaban las perlas (Alvarez Rubiano 1944: 434). Los indígenas las horadaban, probablemente para hacer cuentas de collares con ellas. (Ver Sánchez 1995: 92-98). Era tierra rica en oro y los caciques intercambiaron de esos bienes con los españoles. Obviamente el oro era obtenido por medio de intercambio, al no existir minas en ella. Informaron de iguales bienes en las islas vecinas, entre la que estaba la de Otoque (Altolaguirre y Duval 1914: 211). La cantidad de perlas, de vegetación y de árboles madereros motivó a los españoles a organizar un astillero en la Isla de las Perlas. Por su parte, los indígenas elaboraban canoas de tronco en las que navegaban hacia Tierra Firme para ocuparse de actividades diversas, entre ellas, las de intercambio. La Isla de las Perlas y las islas aledañas se encontraban integradas a las actividades de la gente de la costa. Su relativa cercanía a la entrada del Golfo de San Miguel y al camino que salía desde allí hacia el Caribe, hace suponer que las redes de intercambio las vinculaba con esos lugares más alejados. El pescado seco, procesado en esa isla, pudo servir como alimento en casos excepcionales, como la guerra, pues era fácil de conservar. Sirvió luego como fuente de alimento a los españoles.

Nos parece importante recordar que en épocas prehispánicas los territorios cueva/choco fueron visitados por miembros de etnias de origen mesoamericano como a la península de Azuero por el Pacífico. En la costa del Caribe, a la altura de Nombre de Dios, se reporta la presencia de los indios "chuchures," quienes vinieron en canoa a poblar allí desde Honduras, según afirman las fuentes. Su lengua era extraña de las otras. Estas personas enfermaron y murieron porque la tierra era "montuosa y enferma." Los pocos que quedaron murieron con el trato que les dieron los españoles después de la fundación de Nombre de Dios (Jopling 1994: 32). Adolfo Constenla sugiere que pudo tratarse de gente de origen mesoamericano, la que tenía como costumbre viajar lejos (Constenla 1999: com.per.). Estos movimientos


El Territorio Cueva. 1500 - 1510
Fuente: Romoli, K. 1987
Presenta: Eugenia Ibarra
Redib.: Carmen González G. 1997
Golfo de Darién
Golfo de Urabá
Cabo Tiburón
Río Chucunaque
R. Tuira
R. Balsas
R. Sucio
R. Salaqui
R. León
R. Turbo
R. Tanela
R. Tiffra
R. Pucuro
R. Paya
R. Cañazas
R. Sabanas
R. Cruces
R. Chagres
R. Indio
R. Acla
Isla Sida
Isla Cruceraya
Islas de las Perlas
Golfo de San Miguel
Puerto de Pinas
Portobelo
Nombre de Dios
CARETA
COMOGRE
POCOROSA
CHIMA
MAHE
CHOCHAMA
TERAREQUI
DARIEN
CUEVA
CUNA
CUNA (Aurratina)
CERACANA (Abraibe)
CUQUIRI
DABAIBE
ASEBAIBE
BEA
BUCHERIBUCA
PACRA
CARECA
THEVACA
PORQUE
CHAPE
CHITARRAGA
TAMAME
PARURACA
TUBANAMA
PASAGRA
CHAMANIMA
SECATIVA
CHEPO
CHEPO R.
PACORA
PANAMA
CHENUFAME
PEQUENI
CHAGRE
ATARACHERUBI
CARANACA
TABOGA
OTOQUE
TOTONAGA
PEREQUETE
TABORE
CHAME
QUEBORE
PONCA
CUQUERA
TAMAHE
TOTO
PENACA
JUMETO
CHURRUCA
CANACHINE
TOPOGRE
CHUCARA
IBIRU
GUARUCHA
MACANA
9°
8°
7°
80°
79°
78°
77°

evidencian la actividad marítima y de navegación de los pueblos indígenas del istmo en general. A la vez, resalta la ocupación pluriétnica y el multilingüismo de la región así como un evidente interés de otros pueblos indígenas en aquellos cacicazgos que sobresalían por su actividad comercial, como los del Panamá central y la gente cueva/chocó en la costa del Caribe.

***Entre los* guaymíes**

Desde hace más de mil años existen evidencias de intercambio entre la gente que ocupó ambas costas del territorio panameño, a saber, las actuales provincias de Bocas del Toro por el Caribe y Chiriquí por el Pacífico. Esta actividad se efectuaba también con los habitantes de la montaña, o la sección de la Cordillera de Talamanca que divide el territorio. Los contactos detectados por la arqueología sugieren relaciones de parentesco, basadas en necesidades económicas y políticas fundamentales. Este tipo de interacciones lo hemos visto presentarse también entre los cacicazgos colombianos del siglo XVI, entre los vecinos del Lago de Maracaibo, entre los cueva/chocó y lo veremos ocurrir entre los huetares de Costa Rica. La integración de territorios caracterizados por diversos ambientes naturales se logró en las regiones anteriores por medio de la expresión de lazos de parentesco, uniones matrimoniales y vínculos políticos-económicos, a la luz de una organización sociopolítica similar.

Los dialectos movere y "bocotá" que hablan los guaymíes pertenecen a la estirpe chibchense. Los estudios arqueológicos indican que sus ocupantes estaban estrechamente vinculados, lo que sugiere un origen común. Las diferencias sociopolíticas ocurridas en siglos posteriores surgieron, en gran medida, como respuesta a la adaptación a tres amplias zonas de vida (costa del Caribe, del Pacífico y montañas), cuyos regímenes climáticos y de vegetación son muy diferentes (Cooke 1982).

Investigaciones arqueológicas indican que a la llegada de los españoles los guaymíes habitaban en aldeas o caseríos dispersos, rodeados de zonas de cultivo, tanto en las montañas como en los cerros y planicies costeñas. Sin embargo, su organización política y económica no era uniforme en toda parte. El rango desempeñaba un papel importante. Las planicies de la costa Pacífica y los valles volcánicos de Chiriquí parecen haber estado más pobladas, y talvez más centralizados, que los del Caribe. Sin embargo, esas diferencias no se reflejaban en la capacidad productiva en los distintos sectores (Linares 1987: 13–15).

Olga Linares observa que a pesar del tipo de asentamiento en caseríos dispersos, la prueba de la importancia de los lazos políticos establecidos entre ellos se puede observar en la facilidad con que los caciques podían reclutar cientos de guerreros en ambas costas, como también en las alianzas que formaban con los caciques de provincias adyacentes a las suyas. Al parecer de esta arqueóloga, sí existieron verdaderas confederaciones de cacicazgos, "al contrario de lo que otros opinan" (Ibidem). Apoyamos a Linares con los argumentos siguientes.

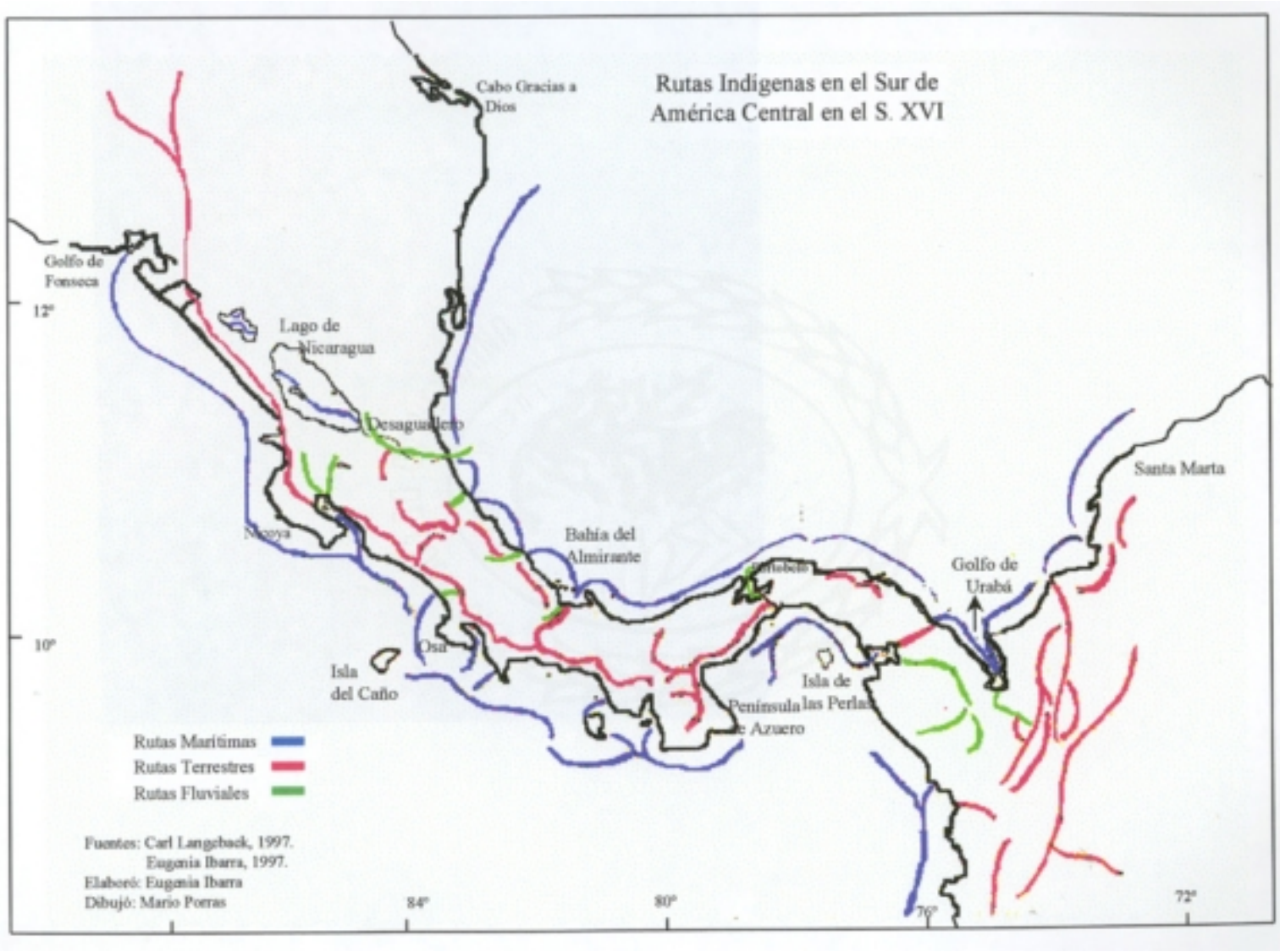
Con base en nuestras observaciones sobre el patrón de asentamiento disperso en cacicazgos de diversas regiones del sur de América Central, en su relación con la presencia de una organizada estructura política en la cual podía manifestarse alguna forma de Acentralización" (o de decisiones políticas que emanan de un lugar principal), proponemos

lo siguiente. Tal acción podía hacerse más evidente en un momento dado, como en tiempos de guerra. Sugerimos que la manera tradicional de asentamiento disperso, como el de los guaymíes,no implica automáticamente una ausencia de "centralización," ni en la guerra ni en otras actividades del cacicazgo.

La presencia de un poder central que tome diferentes decisiones importantes podría expresarse cotidianamente de otro modo, por ejemplo, en una organización eficiente y ágil en la adquisición y distribución de bienes y servicios, en la administración de ceremonias y rituales y en la presidencia y dirección de actividades de intercambio. Por ejemplo, en el Golfo de Urabá es posible observar la manifestación de "poder central" en manos del cacique Ebecaba. En estas ocasiones, la capacidad de convocar y ejercer estarían basadas en rango, como miembro de la élite cacical, en conocimientos, conductas y acciones que pasarían casi de manera imperceptible para un extranjero que busca otro tipo de expresiones de "centralización" y de poder: las propias de su cultura. Pero para los propios indígenas el asunto no tiene que manifestarse verbalmente, pues todos conocen "las reglas del juego." El cacique estaría conjugando el poder y la política en ocasiones como las anteriores, al igual que lo haría en tiempos de guerra, aunque en esta su figura destaca con mayor claridad. Es difícil que en los primeros documentos se registren ese otro tipo de expresiones de "poderes centrales." Es tarea del etnohistoriador identificarlas y tratar de contribuir a explicaciones más amplias acerca de algunos aspectos sociopolíticos de la época.

El comportamiento que sí lograron registrar los conquistadores pudo alimentar la definición de las "behetrías" que mencionaban los cronistas, aduciendo que no había un señor, sino varios en cada parentela. Podría tratarse de los parientes cercanos que junto con el cacique mayor formarían la élite cacical. Sin embargo, loas fuentes sí apuntan que uno de ellos, el "mayor," tenía la capacidad de juntar a los demás para diversas actividades. En el ejemplo que comenta Linares, del cacique Urraca quien venció las fuerzas aunadas de Espinoza y Pizarro en 1520, en el caso de Pedrarias un año después y de Francisco Compañón en años siguientes, podemos notar que todas eran situaciones de guerras, con manifestaciones de poder y organización bastante transparentes como para permitir observar un liderazgo más "centralizado," organizado. Además, el significado de las behetrías que analizáramos anteriormente para el caso de los páez colombianos se vuelve a presentar, ahora entre los guaymíes, reforzando nuestra interpretación: en situaciones de guerra los principales se juntan para tomar decisiones importantes y destacan las figuras del líder o de los líderes. En los cacicazgos del sur de América Central, en términos generales, la "centralización" se puede observar en la capacidad de organizar labores o actividades comunales, cotidianas, y en otras excepcionales, pero también cotidianas, como la guerra. En este caso de los guaymíes, el liderazgo principal estuvo en manos del cacique Urraca.

Las fuentes mencionan la existencia de "plazas" entre los guaymíes, entre ellos se celebraba una ceremonia donde se realizaban competencias que expresaban rivalidades y se exhibían las habilidades "cacicales" en cuanto a poderío. Los objetivos de estos juegos eran similares a los del juego del batey que hemos descrito para los cueva/chocó. El nombre indígena de tal ceremonia era *krun*, y en español se conoce como *balsería*, y se practicó hasta la segunda mitad del siglo XX. En estas ocasiones se reunían miles de personas,


Rutas Indigenas en el Sur de
América Central en el S. XVI
Cabo Gracias a
Dios
Golfo de
Fonseca
12°
Lago de
Nicaragua
Desaguadero
Nicoya
Bahía del
Almirante
Golfo de
Urabá
Santa Marta
10°
Isla
del Caño
Isla de
las Perlas
Península
de Azuero
Rutas Marítimas
Rutas Terrestres
Rutas Fluviales
Fuentes: Carl Langebaek, 1997.
Eugenia Ibarra, 1997.
Elaboró: Eugenia Ibarra
Dibujó: Mario Porras
84°
80°
76°
72°

provenientes de diversas zonas. Había abundancia de comida y bebida. Debió servir también como una oportunidad para intercambiar bienes.

El arribo de personas desde diferentes zonas presupone rutas que interconectaban el territorio guaymí en general, al igual que el de los cueva/chocó y de los huetares en el Guarco de Costa Rica. Por el lado del Pacífico, en 1525 Francisco Companón y un hombre de apellido Soto escaparon hacia Panamá, huyendo de Hernández de Córdoba, desde Granada en Nicaragua hasta Chiriquí, a la ciudad de Fonseca, pasando por detrás de los pueblos de los indios (Jopling 1994: 34). Ello evidencia un camino entre el suroeste panameño y el sureste de la actual Costa Rica, que pudo haber sido utilizado por los indígenas con diferentes objetivos, el intercambio entre ellos.

Alonso Vázquez, gobernador de Veragua, cruzó desde la costa del Pacífico hasta la costa del Caribe, pasando por las montañas, lo que describe un camino utilizado por los guaymíes para trasladarse de costa a costa (CDHCR Tomo IV: 407). Esta ruta podría ser la misma que menciona Gaspar de Espinoza en 1516:

"Túvose noticia del cacique de Veragua y de la otra mar del Norte y de cómo por el paraje del cacique que se dice Torra, que está delante de Tabraba en la dicha costa de la mar del Sur, que no hay más de tres días de camino de traviesa a la Mar del Norte." (Jopling 1994: 57).

En términos generales, las fuentes de las primeras décadas del siglo XVI brindan muy poca información acerca de esta gente. Cristóbal Colón en 1501 y Gil González Dávila en 1520 pasaron cerca de ambas costas y los dos obtuvieron piezas de oro de los indígenas. De este metal, no solo había patenas, coronas y aguilillas, sino importantes fuentes de materia prima. La región desde el río Sixaola (en Costa Rica) y las inmediaciones del río Coclé del norte se consideraba una zona de comercio que atraía a mercaderes vinculados con mayas y otros grupos mexicanos. En el Cenote Sagrado de Chichén Itzá aparecieron objetos de oro de fabricación "costarricense" lo que evidencia un intenso intercambio (Miller 1996: 249). El valle de Coaza, cerca del río Sixaola, estaba ocupado por mexicanos que vinieron a recoger oro para tributar a Montezuma, y dicen las fuentes que se quedaron allí cuando se enteraron de la caída de Montezuma.

Los guaymíes eran, además, agricultores, cazadores y recolectores. Tenían sus especialistas, incluyendo tejedores de hamacas, ceramistas, y personas dedicadas a manejar los aspectos mágico-religiosos de su sociedad. En 1575 se dice que los indios del Valle del Guaymí adoraban el sol, hablaban con frecuencia con el demonio y que había gran cantidad de mujeres brujas y adivinadoras (Jopling 1994: 343). Fray Adrián de Santo Tomás narra que estos indígenas llevaban las cuentas por medio de nudos hechos en una cuerda, lo que contribuía a que mantuvieran buen orden (Fray Adrián de Santo Tomás 1908: 104). Puede suponerse que el sistema de llevar cuentas bien pudo haber desempeñado un papel importante en el intercambio y en la guerra. Este sistema se asemeja al de otros pueblos indígenas de Perú y Chile, quienes utilizaban los *quipus* para llevar sus cuentas. **(Fig. 2)**

Agrega que una fiesta importante era la de la cosecha de los pejibayes. Señalaban el día, invitaban a los principales de la provincia y los caciques en un hilo hacían tantos nudos como días faltaran para la fiesta y cada día transcurrido cortaban uno. Cuando faltaban

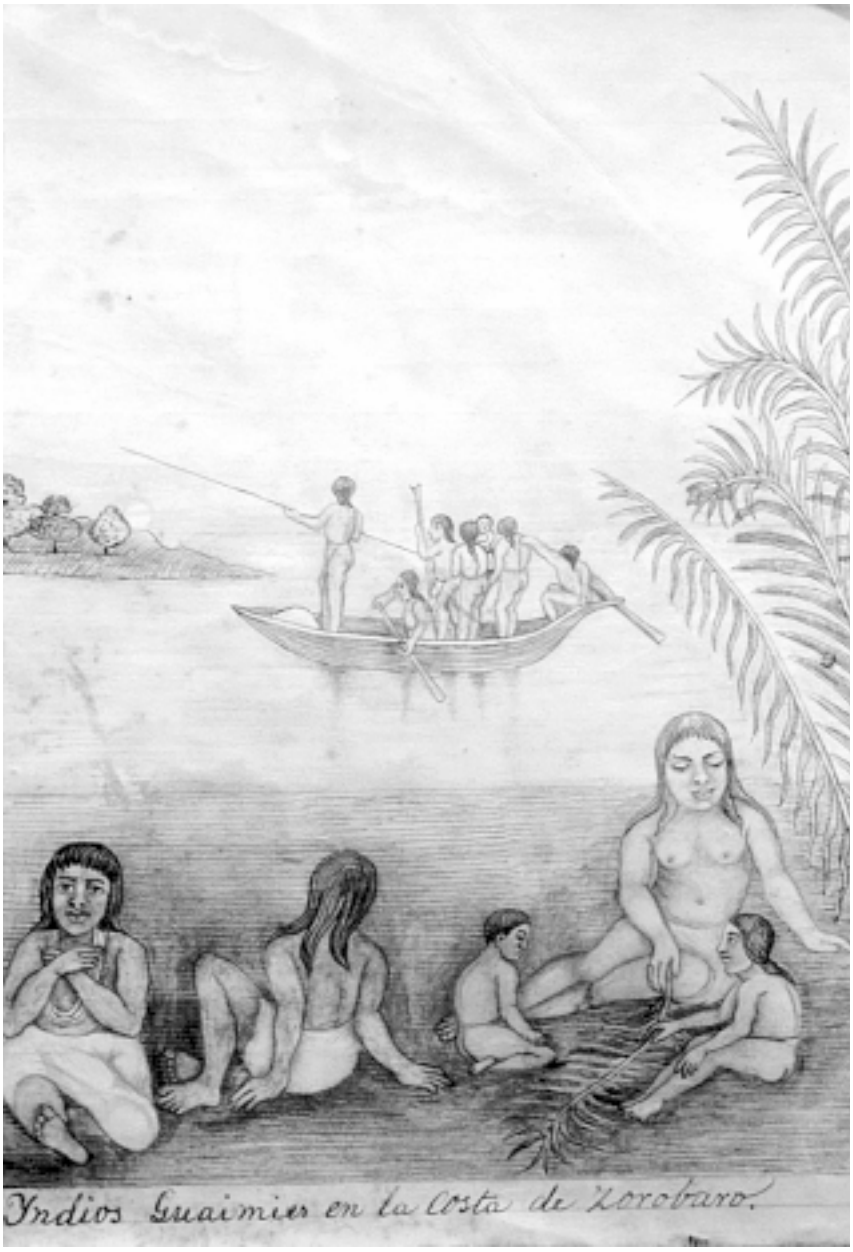


Fig. 2: Los guaymíes (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

cuatro o cinco días, comenzaban a preparar toda la comida y la bebida que se iba a consumir y el día de la fiesta se iban a los ranchos adonde iba ser la festividad. Se dividían por linajes. Los hombres se separaban en dos bandos y pasaban la noche entretenidos en un juego de competencias que seguía hasta el día siguiente. Dice la fuente:

"Dos días dura este juego y al tercero hacen sus ferias cambiando unos con otros lo que traen, y al cuarto se vuelven a sus ranchos." (Fray Adrián de Santo Tomás 1908: 94–95).

Tal referencia es de suma importancia, pues nos permite comprender tanto la organización de un evento de esta naturaleza, llamada feria por los conquistadores, así como el desarrollo de ella. Recordamos inmediatamente las palabras de Cristóbal Colón, cuando en su cuarto viaje, afirma que los indígenas de Cariay le dijeron que en Ciguare y cerca de Veragua "usan tratar en ferias y mercaderías" (Fernández 1976: 25). Nuestro análisis de las fuentes acerca de gente de Colombia, Costa Rica y Panamá, comprueban las palabras de Colón. Es difícil localizar los sitios donde se efectuaban.

Otros recursos se mencionan entre esta gente como la miel, los mameyes, los pejibayes, y las buenas frutas. A propósito, en 1578 Francisco Pavón fue enviado con gente de guarnición a la toma del Valle del Guaymí. Fue río arriba y encontró cantidad de pejibayes y milpas de los naturales, por lo que le puso el valle de los Pijibais y del Valderroncal (CDHCR Tomo V: 93). Los guaymíes han logrado sobrevivir hasta el presente, manteniendo muchas de las mismas costumbres que se han descrito en el siglo XVI y quizá desde antes. Actualmente ocupan territorios vecinos a la frontera nacional entre Costa Rica y Panamá y entre sus costumbres se mantiene la del intercambio.

Entre los *dorasques*

En la región del Caribe cercana a la Laguna de Chiriquí, vivieron otros grupos indígenas de los que las fuentes hablan ya tardíamente, en el siglo XVII, pueblos que se extinguieron. Son los *dorasques*, cuya lengua pereteneció a la estirpe chibchense (Constenla 1991: 30–32). Su cercanía con los guaymíes de las tierras bajas pudo hacerlos compartir un modo de vida muy similar al de estos pueblos.

Los *dorasques* estaban organizados en cacicazgos. Nuevamente, a primera vista, su organización sociopolítica podría compararse con la de las behetrías descritas por Andagoya, al no haber pueblo centralizado sino un patrón de asentamiento disperso con varios caciques en cada caserío. Sin embargo, para la guerra, el cacique que convoca, quien bien podría tratarse de la figura más importante y poderosa entre los *dorasques*, logra organizar a numerosas personas, como en el caso de los guaymíes. Fray Adrián de Santo Tomás, cerca de 1622, se refería a esto de la siguiente manera:

"dispúsoles el gobierno, porque no tenían cabeza, porque los caciques no tienen más del nombre en tiempo de paz y solo los obedecían en el de guerra..." (Fray Adrián de Santo Tomás 1908: 102–103).

Este patrón de asentamiento contrastaría, por ejemplo, con el de los *Dolegas*, ubicados más "hacia México," o hacia el norte, el cual se describe como la "provincia más fuerte porque vive en un pueblo junto debajo de una cabeza" (Fray Antonio de la Rocha 1964: 104). No disponemos de más información al respecto, pero por la descripción que dan los

indígenas, bien podría tratarse de un "pueblo palenque," donde por una situación de guerra el cacicazgo se reune y, para protegerse, construye una especie de fortaleza o palenque (Ver Redmond 1994: 45–46). Ello los pondría bajo una cabeza, la del cacique principal.

Fray Antonio de la Rocha, quien siguió a fray Adrián en la evangelización de los dorasques, va describiendo en su relato en 1637 su vida con estos indígenas durante la primera mitad del siglo XVII. La información que brinda permite dibujar una élite cacical y religiosa muy bien definida. Existe un cacique mayor, así como "cabras" o capitanes [1], caciques menores, "cacicas," mujeres que deberían ser parientes importantes en esta élite, y además, agrega que la herencia del cargo era matrilineal, de tío a sobrino.

Su territorio era celosamente resguardado, al igual que defendían el suyo los vecinos, como los *bregabas*, otra "provincia" descrita, de la que se dice entró en guerra con los *dorasques* al perseguir estos una danta que escapó a su territorio mientras era perseguida por los *dorasques*. Aclara Fray Antonio de la Rocha (1964: 100):

" .. que todas sus pendencias son: porque pescó en mi río, porque cortó leña de su monte, porque corrió el puerco en mis valles..."

Los *dorasques* eran verdaderos maestros en el aprovechamiento de los recursos disponibles. Comían pejibayes y el palmito de este árbol, así como maíz, guayabas, aguacates, piñas y oyamas. Había limones, mas afirma el fraile que por ser traídos por los españoles, los *dorasques* no los consumían, solamente los olían. Se alimentaban de pescado de los ríos, como el bobo, de carne de danta, de puerco de monte, y también de aves. De la costa extraían camarones y cangrejos. Preparaban chicha y cacao. La hoja de bijagua les era útil en más de una manera, desde sombrilla contra la lluvia, hasta como una especie de petate para sentarse sobre ella en el suelo, o como recipiente para comer o beber, entre otros usos. **(Fig. 3)**

Cubrían sus cuerpos con telas de mastate que ellos mismos preparaban. Conocían varias especies de resinas vegetales, las que utilizaban en las diversas labores, así como el algodón muy blanco del que hacían mantas para la vestimenta femenina o para intercambiar. Utilizaban el achiote y el añil para teñir las telas, y el polvo de carbón para marcar sus cuerpos, lo que puede interpretarse como símbolos externos que denotan elementos de etnicidad.

Intercambiaban sus productos con gente de "provincias" amigas y cercanas, como los *dolegas* y *saritas.* Entre los bienes se cuentan esas mantas, más las resinas, algunas lanzas y chaquira. Los ríos, fronteras naturales entre territorios indígenas, servían como punto de encuentro para la realización de ferias. El día señalado se juntaban en el río y rescataban libremente.

Entre los aspectos importantes del intercambio de los *dorasques* podemos distinguir que así como intercambiaban con sus amistades cercanas, también se desplazaban hasta Chiriquí, donde trocaban de sus cosas y de las que habían obtenido de sus amistades. En la sabana de Chiriquí obtenían hachas, machetes y cuchillos, chaquira para las mujeres y perros que les ayudasen a cazar. Aún durante estos años, los dorasque se movilizaban cortas y largas distancias, también tras la búsqueda de conocimientos esotéricos.

Entre sus vecinos se encontraban los *zuríes,* con quienes intercambiaban mujeres por

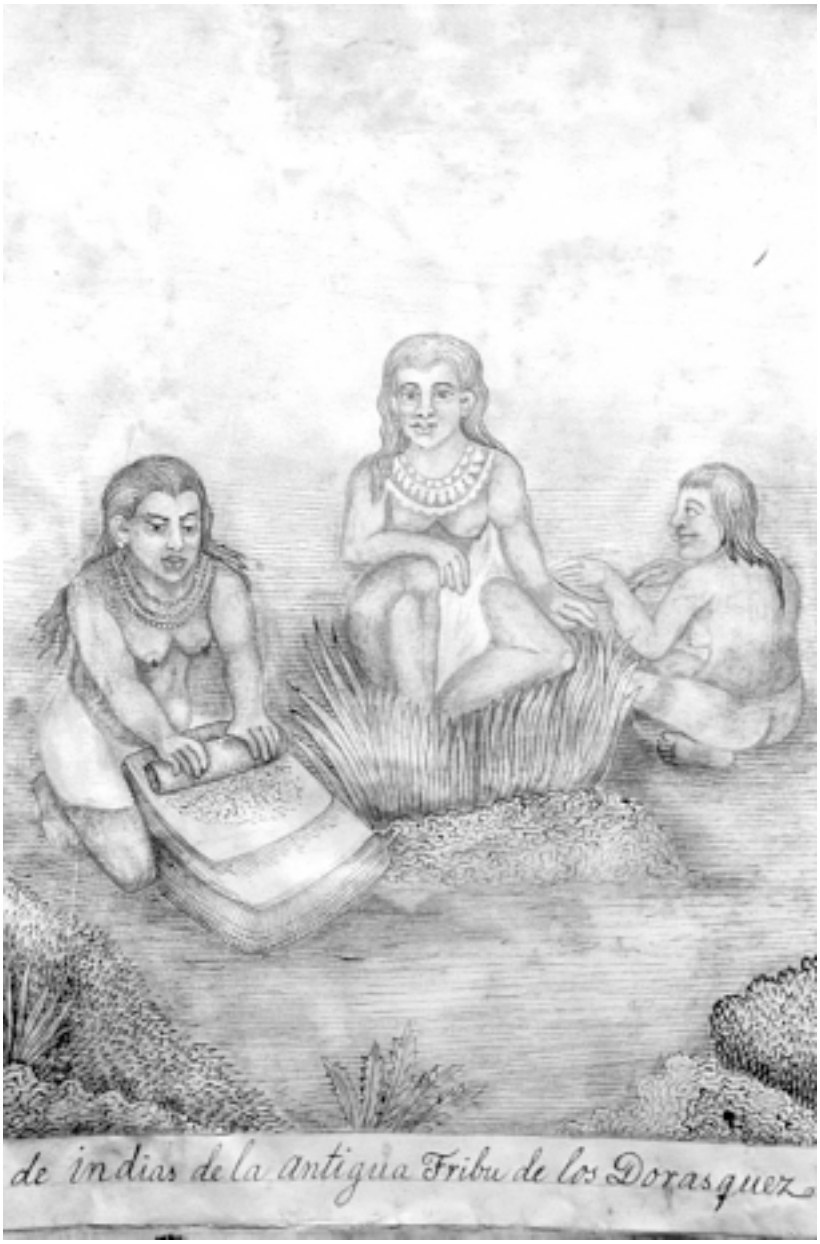


Fig. 3: Mujeres dorasques (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

medio del matrimonio, siendo esta gente muy cercana a los *dorasques*, casi como un clan complementario. El intercambio de mujeres contribuía a estrechar lazos de parentesco y a unificar territorios, con diferentes potenciales ecológicos. Al sur estaban los guaymíes, enemigos suyos con quienes habían mantenido guerras. Al oriente estaba la "provincia" del Duy, con fama y evidencia de ser muy rica en oro.

Los *dorasques* disponían de arroyos con oro, el que sabían elaborar en finas patenas. También obtenían piezas de oro de los Talamancas, que estaban cerca, y de otras provincias:

"más distintas que vienen por sus rescates a parar a esta que es la más rica de ella por la cercanía y comunicación con los españoles" (Fray Antonio de la Rocha 1964: 95).

Talamanca, pues, era un centro importante de intercambio, donde parece haber destacado el oro y, ya en esa época, los bienes que se obtenían de los españoles. La elaboración de las patenas pueden haber sido el producto del conocimiento heredado de sus antepasados, lo que implicaría un simbolismo socioreligioso y conocimientos esotéricos asociados con las élites cacicales. La complejidad de la organización político-religiosa de los *dorasques* incluía médicos que "soplaban" como parte de la curación, asemejándose a los talamancas.

Entre los adornos destinados al uso de la élite cacical se encontraban caracoles labrados, rojos o negros, que luego ensartaban en una cuerda y los ponían al cuello. También las patenas, aunque no todos los caciques las tenían, ya que se afirma que las usaban asimismo algunos otras personas. Estos objetos eran de oro bajo, lo que remite a la tumbaga. Los orfebres *dorasques* "las echaban en el fuego y las labraban para ir a rescatar." En este caso, también podía darse ese intercambio con enemigos a quien convenía conciliar. El uso de la tumbaga es común entre todos los pueblos que hemos analizado hasta aquí. El conocimiento necesario para su elaboración, mágico-religioso, esotérico, hereditario, permea ya gran parte de nuestro territorio de estudio e incluye a la mayoría de las etnias mencionadas. Ello asemeja su manera de pensar y de organizarse, por lo menos en algunos aspectos básicos de sus vidas cotidianas, como la organización sociopolítica, la presencia de élites cacicales y la importancia del intercambio.

Los caminos que se mencionan como vías de comunicación son varios, entre los que sobresale el que va desde Chiriquí a la Mar del Norte. Se describe como de muy difícil acceso, de parajes muy abruptos, de cuestas y subidas empinadas, de lodo y con mucha lluvia en la mayoría de las ocasiones. La atravesada de quebradas y riachuelos también fueron problema para el fraile, pues sus pies no estaban acostumbrados a pasar por un delgado tronco. Al respecto de la enorme habilidad indígena en desplazarse por caminos con esas características, incluimos el siguiente fragmento:

"Cuando caminan van enseñando a sus hijuelos a andar desde chiquitos aquellos malos caminos, exponiéndolos a mil riesgos, porque pierdan el temor y se hagan ágiles." (Fray Antonio de la Rocha 1964*:* 98*).*

Otra ruta se menciona por la playa hasta Talamanca y también marítimas y fluviales en canoas de tronco. Así va quedando vinculado el territorio de los *dorasques* y *zuríes* con el talamanqueño por la costa del Caribe. **(Fig.4)**

Es de la mayor importancia señalar que el fraile menciona la competitividad que existía en esa época entre los diversos pueblos indígenas por obtener ventajas de los rescates que se

Fig. 4: Indios jalando canoa sobre tronco (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

lograban de los españoles. En este caso, los *dorasques* de la provincia "de abajo" estaban envidiosos de que los *zuríes*, como más cercanos a los españoles, se apropiaban de todo el rescate y no dejaban pasar a ninguno.

Esta situación debió presentarse con frecuencia entre muchos pueblos indígenas en el siglo XVI en el sur de América Central en los inicios de la conquista, pues podían destacar y obtener importantes ventajas aquellos que tuvieran acceso a bienes tales como cuchillos, tijeras y machetes. Así, en el plano de la sociedad indígena, su contacto con españoles, su cercanía a sus ciudades podían resultar altamante ventajosa, dándoles también conocimientos acerca de la marcha de "la conquista." En este aspecto queda muy clara la necesidad de viajar para obtener diversas ventajas, materiales y de conocimientos que redundarían en un fortalecimiento de la persona y de su poder. Puede entenderse, a la vez, que la competitividad por lograr estos bienes pudo haber sido motivo de guerras y ocasionar serios conflictos entre ellos.

Entre los *chánguinas* y los *tiribíes*

La región al sureste de Talamanca estuvo ocupada por varias etnias organizados en clanes a la llegada de los españoles, cuyas designaciones varían en los documentos, dando como resultado una nebulosa de información que estorba reconocerlos con claridad. Podría ser por que el nombre de los clanes prevalece en algunas ocasiones, confundiendo a los frailes y conquistadores. Al igual que en la región cercana a la península de Azuero en Panamá, se encontraban en guerras, lo que complica más su estudio.

En el caso de los chánguinas y tiribíes, así como el de otras etnias de Talamanca en general, debemos tomar en consideración que a partir de 1560, hubo serios intentos desde Panamá y desde el Valle Central de Costa Rica, por conquistar la región *guaymí, dorasque, talamanca, chánguina, quepo, térraba y boruca*. Desde un punto de vista regional, los pueblos indígenas que habitaban esa zona se iban viendo constreñidos a "juntarse" en la misma zona. Dado el celo que tenían en la defensa de sus territorios, esta pudo haber sido una causa generadora de los conflictos detectados en el área (Ibarra 1984: 86). Si recordamos que estaban los *cicuas* o mexicanos ocupando también una parte del territorio talamanqueño, podremos comprender uno de los motivos que explican las razones por las que fueron echados hacia la Isla de Tójar en 1697:

" .. porque esta isla (de Tójar, hoy isla de Colón), dicen se pobló de una parcialidad de mexicanos que no cupo en Talamanca por revoltosa, otra del jaez de los Térrabas y de los Chánguenes, Torrasques (Dorasques) y Seguas (mexicanos), todos los foragidos..." (CDHCR Tomo V: 374).

En ese mismo año se afirma que los indígenas tenían diversas maneras de intercambiar. Los de la isla de Tójar, los *térrabas, chánguinas y dorasques* tenían diferentes puntos para comerciar, dependiendo de la etnia:

*"el ángulo mayor (de la isla) será como de legua y media y los dos de a legua por el poniente hasta la tierra firme, por donde llegan los **Térrabas** y hacen grande humo para que vayan a pasarlos con las canoas. Habrá como una legua por la parte del sur, hasta donde van los **Chánguenes** a hacer humo para cambalachar (pero no pasan a la isla). Habrá como cuatro leguas de una barra que está el agua como a siete y bastante honda.*

Por entre el sur y levante hay como otras cuatro leguas, hasta donde van los ***Torrseques*** *a hacer humo para que vayan a cambalachar. Tampoco pasan éstos a la isla."* (CDHCR Tomo V: 374). **(Fig. 5)**

En ese ejemplo vemos que los sitios para intercambiar están étnicamente delimitados, y hay quienes pueden pasar a la isla mientras que otros no. Además, existen, pues, medios simbólicos, lenguajes que avisan que la actividad va a efectuarse. Señales de humo, inequívocamente, comunican la presencia de diversas etnias cercanas. Tales particularidades podrían llevar asociadas la presencia de bienes específicos, de acuerdo con la etnia que llegara. No disponemos de más información.

Hay que recordar que los pueblos mesoamericanos se movilizaban por las costas del sur de América Central con fines comerciales, tanto por la del Pacífico como por la del Caribe. Esto implica que el conocimiento de lo que acontecía en estas regiones ístmicas era conocido hasta en tierras más alejadas, como en Mesoamérica. En términos generales, se pone en evidencia que el intercambio generaba la transmisión de conocimientos a la vez que motivaba viajes a larga distancia por mar, también con el fin de lograr recursos exóticos, diferentes, escasos y raros. El intercambio entre centro y periferia formaba parte de las actividades indígenas en el sur de América Central.

Entre los pobladores del sureste de la actual Costa Rica estaban los *chánguinas y* los *tiribís (*dialectos *teribe y térraba),* ambos de la estirpe macrochibcha. Los térrabas ocuparon la banda occidental de la Bahía del Almirante hasta el río Changuinola y, dentro de la bahía, la isla de Tójar. Vivían en caseríos dispersos, un cacique en cada "parcialidad," patrón de asentamiento que hemos descrito también para otros pueblos indígenas vecinos.

Su patrón de subsistencia era muy parecido al de los *dorasques*: agricultura de maíz, frijoles, plátanos, yuca, pejibaye y ñame. Pescaban y cazaban como complemento a su dieta. También se ocupaban de actividades de intercambio, donde "águilas" de oro, lagartillos, sapos, arañas, medallas y patenas se trocaban con otros pueblos talamanqueños a cambio de dantas, chanchos de monte, resinas como la caraña, y chaquiras de conchas. También, intercambiaban con los *borucas* y *texabas* mantas de algodón a cambio de sal, hachas, machetes, perros y otras cosas, en épocas más tardías, a finales del siglo XVII. Con los *chánguenes* trocaban sal y hamacas a cambio de gargantillas de corales, plumas de colores y abalorios. Con otros pueblos talamanqueños, sal y hamacas a cambio de cañutos de hueso colorado y machetes (Ibarra 1990: 114). **(Fig. 6)**

Esta información permite observar una intensa interacción de intercambio de los térrabas con los pueblos vecinos, en la que el patrón se asemeja al de los *dorasques.* Por una parte, obtenían bienes de primera mano con un grupo particular, como sal de los *borucas*. Luego esa sal circula hacia otros grupos a cambio de otras cosas, como por ejemplo, con los talamancas o los *chánguenes* a cambio de gargantillas de corales o cañutos de hueso colorado. Esas gargantillas pueden ser los mismos collares de caracol rojo que elaboraban los *dorasques,* aunque no podemos asegurarlo. En los patrones de intercambio en esta región se puede observar una circulación y re-circulación de diversos objetos, organizado de manera que resultara ventajosa a las partes. Al igual que entre los *dorasques*, es evidente el deseo de obtener los bienes de los españoles, como machetes, hachas, cuchillos, agujas y tijeras.

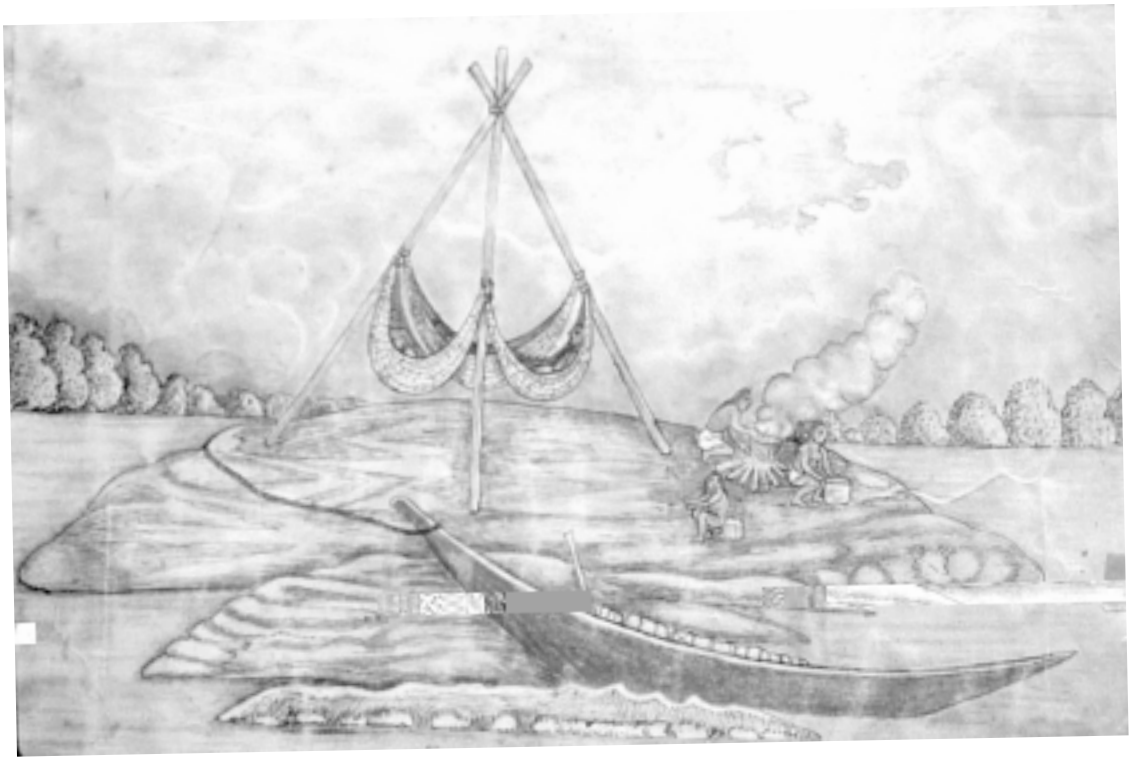


Fig. 5: Los indios de la isla de Zorobaró haciendo señales de humo para intercambiar con los de la costa (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

Fig. 6: Indios chánguenes (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

Algunos de los objetos son para adornarse, como ciertas piezas de oro, las plumas de colores, los cañutos de hueso colorado, las gargantillas de corales, chaquiras de conchas y los abalorios. Otros son materias primas, como resinas, las que también podían ser utilizadas como parte de algunos procedimientos necesarios en las ceremonias religiosas o de enterramiento. Llama la atención el intercambio de animales como dantas y chanchos de monte, y, con la conquista, los perros adquieren importancia, al igual que hemos descrito entre los guaymíes. Con la conquista también se introducen y se adoptan rápidamente los utensilios y herramientas de metal, como agujas, tijeras, machetes y hachas. La predilección por este tipo de bienes se extendió en el tiempo hasta alcanzar nuestros días.

Conclusiones

Encontramos la mención de behetrías en una sección de Panamá, "por no haber en ella ningún señor." Nuestra discusión al respecto trata de presentar la posibilidad de que sí existían estos señores, máxime en este caso de los chocó, donde no se perciben diferencias socioculturales con el resto de la población cueva-chocó.

Las élites cacicales siguen presentes en esta zona: los diversos rangos de los caciques están descritos como *tibas*, *cabras* y *piraraylos.* Los pueblos se describen pequeños pero dispersos por amplias fajas territoriales, patrón de asentamiento que podría sugerir una ausencia de "centralización" en los cacicazgos de esta zona. Sin embargo, al verlos actuar ante emergencias, como en una guerra que va a efectuarse, observamos la capacidad de organizarse en muy poco tiempo, reuniendo un importante número de hombres de lugares alejados del pueblo del cacique principal. Vemos aquí también la jerarquización de los pueblos. Por ello, es posible que la "centralización" pudiera expresarse de otras maneras en el sur de América Central, lo que bien podría constituirse como una particularidad del área. Además, existe evidencia de la capacidad de estos cacicazgos de unirse en alianzas ocasionales, formando confederaciones, para lo que se requeriría de una pderosa habilidad "centralizadora."

Los cacicazgos tenían muy claramente definidos sus límites, los cuales eran defendidos celosamente. Esta característica es común entre todos los cacicazgos estudiados en esta obra. En algunos casos, como en el de los cueva-chocó, hasta se mencionan mojones que separan un territorio de otro.

En Panamá y una sección del sureste de Costa Rica encontramos una intensa actividad de intercambio, "ferias" para su ejecución y otros sitios escogidos para efectuar transacciones, como plazas. También, hemos topado con lo que podríamos calificar de "festivales" estacionales con motivo de la cosecha de algún cultivo, como el pejibaye. Así, ríos, islas y zonas no insulares desempeñaron su papel como puntos de encuentro—y también de desencuentro en algunas oportunidades—de las diversas etnias pobladoras del territorio. Vale mencionar la integración de las islas que estaban pobladas con la gente de la tierra firme. Es evidente la presencia de un lenguaje para iniciar los intercambios, como las señales de humo, entre los que se desplazaban a las islas de la Bahía del Almirante. A la vez, existían intérpretes indígenas para comunicarse entre sí. Las redes de caminos, a manera de telarañas, entrecruzaban el territorio, a lo largo y a lo ancho, de la misma manera que entre los pobladores del norte de América del Sur.

Debe destacarse que la mayoría de los bienes mencionados tenían aceptación para los que estaban fuera del cacicazgo que los elaboraba, pero entre ellos, el oro, en sus numerosas manifestaciones, en oro de buena ley o en tumbaga, cruzaba y tocaba todos los puntos mencionados. Obviamente, portador de mensajes todavía indescifrados totalmente, muy unidos a conocimientos antiguos y a esferas mágico-religiosas de los cacicazgos del siglo XVI. Ello evidencia estrechas interacciones, no siempre de carácter pacífico, entre los pobladores del sur de América Central.

Debemos señalar dos aspectos que comienzan a dibujarse en nuestro análisis de los cacicazgos y el intercambio y que favorece la comprensión de su dinámica en el área estudiada. Primero, aquel cacicazgo que posea bienes escasos o conocimientos particulares va a motivar la competencia entre sus cacicazgos vecinos por obtener también de esos bienes. Esto pudo originar guerras entre ellos. La jerarquización de los cacicazgos en más importante o menos importante, más poderoso o menos poderoso, iba a estar condicionada en parte por la capacidad de obtener bienes materiales y no materiales raros, escasos, entre otros. El poder también podía verse fortalecido por la posibilidad de adquirirlos, poseerlos y de hacerlos circular. Segundo, los bienes recirculaban entre los cacicazgos, pasando por varias manos. Ello puede explicar el destino de algunos bienes, alejados de sus lugares de origen.

Como último punto, es importante recordar que a medidados del siglo XVI estos cacicazgos se encontraban constreñidos al espacio fronterizo actual entre Costa Rica y Panamá, dando lugar, acaso, a conflictos y problemas o agudizando los existentes por causa de la conquista española. **(Fig. 7)**

[1] Nótese como los españoles adoptaron vocablos de la lengua cueva para describir aspectos culturales de otras etnias.

Fig. 7: Los indios de Zorobaró observando una embarcación española (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

ser hospitalario se ofrece chocolate a los invitados de honor. El cacao se ofrecía también como regalo, como indicación de amistad o para expresar agradecimiento. Si recordamos, entre los *dorasques* el cacao también era regalado, lo que asemeja a los bribri con esta otra etnia en el sentido de compartir un simbolismo similar alrededor del cacao.

Entre los cabécares, por lo menos hasta hace unas dos décadas, se consideraba al chancho de monte como un excelente bien para intercambiar. Se les adiestraba para que siguieran a sus dueños como perros, para que durmieran debajo de sus hamacas o a la par de una persona y para que sirviera de mascota a los niños (Stone 1961: 62). Una relación similar con este animal debieron mantener los huetares del Valle Central de Costa Rica, los dorasques, los guaymíes y los pueblos al sureste de Talamanca, como los chánguinas y los teribes entre otros, dada su mención en las fuentes documentales. Es este otro bien común altamente apreciado entre todas las etnias mencionadas, cuyo recorrido espacial cubría el sur de América Central en general.

En la vida bribri y cabécar existen otras ocasiones en la que se evidencia la reciprocidad, tales como en los intercambios matrimoniales, en actividades ceremoniales y en las ofrendas y sacrificios a los seres sobrenaturales. O sea, en las transacciones con el más allá. Así, como entre los uwa de Colombia, encontramos una relación directa entre el intercambio, los símbolos y el mundo de lo sobrenatural. De hecho, los *bribris* poseen una historia en la que se habla de cambiar águilas de oro por granos de cacao (Gagini 1921: 166-167), el que ha sido interpretado como la ejecución de un trato comercial o matrimonial con un grupo ajeno y alejado del grupo propio.

En el análisis de este mito, realizado por Bozzoli, se observa el peligro que significan los “otros.” Se destaca la desventaja de no cumplir con la expectativa recíproca. Así, el simbolismo del intercambio se encierra en las historias bribris y cabécares (Stone 1961: 117–120) dejando al descubierto la desventaja y el peligro de no cumplir con la reciprocidad. Es otro ejemplo en el que el intercambio se emplea como mediador entre el mundo de "nosotros" y el de "los otros." En general, las cosas y los asuntos mágicos o de conocimientos sobrenaturales son guardados celosamente por los miembros de las élites cacicales. Las fuentes documentales del siglo XVI no aportan información al respecto, mientras que las de siglos posteriores sí sugieren tales cuidados. Además, historias cabécares recogidas en años recientes sugieren que a los caciques poseedores de mucho conocimiento se les temía enormemente, eran considerados peligrosos, de cuidado. Por ejemplo:

"Sibú también hizo que el clan del Rey desapareciera, porque ellos, como los usegLa, sabían demasiado y tenían dominio sobre muchas cosas. Ambos grupos eran tan poderosos que podían hacer mucho daño."(Stone 1961:120).

Del texto queda claro que en aquellas sociedades, saber mucho equivalía a ser peligroso, además de poderoso. Esta conceptualización indígena pudo servir como motivación para la movilización de ciertas personas, con el objetivo de obtener conocimientos. Ello, sin lugar a dudas, le daría más poder entre el mundo de los vivos, donde el miedo podía ser empleado para ejercer control y ejercer presiones a su favor, incluyendo la amenaza a otros cacicazgos. Así, el temor, el miedo, entra a formar parte de los instrumentos del poder entre los cacicazgos del sur de América Central.[1]

Este tipo de conceptualización de las interacciones humanas, de la adquisición del conocimiento y de las relaciones con el mundo sobrenatural también prevaleció entre otros pueblos indígenas del territorio de la actual Costa Rica, como entre los *borucas*. También el miedo pudo servir como instrumento de poder en épocas pasadas.

Entre los borucas, cotos y quepos

Los *borucas,* cuya lengua, la boruca, pertenece a la estirpe chibchense (Constenla 1991:42), ocuparon los territorios ubicados al sur de la cordillera de Talamanca, hacia la costa del Pacífico. Importantes vías fluviales, como el río Térraba, bañaba sus tierras. Eran vecinos de los *cotos* y de los *guaymíes* por el sureste, de los talamancas por el norte, de los *quepo* hacia el oeste.

A la llegada de Juan Vázquez de Coronado los borucas se encontraban viviendo en palenques, al igual que muchos de los pobladores de esa zona, como los *quepo* y los *cotos,* quienes se encontraban en guerra. Obviamente, ese tipo de asentamiento los mantenía bajo una sola cabeza, aspecto fácilmente visualizable por el conquistador. Los pobladores de esa zona parecen haber estado envueltos en serios conflictos a la llegada de los españoles, talvez debido, por lo menos en parte, a presiones sobre sus dominios territoriales como consecuencia de las presiones de la conquista.

Eran agricultores, recolectores, cazadores y tenían especialistas en diversas labores, como el hilado, el tejido, la cestería, entre otras actividades. Sembraban maíz, yuca, frijoles y frutos “de la tierra.” Además, torcían la pita al muslo para sacar hilos y elaborar objetos. El cacao lo traían, en ocasiones, de las “montañas de adentro,” lo que sugiere zonas cercanas a Talamanca. Siendo el área en que vivían apta para el cacao, tal afirmación sugiere una relación entre el cacao y los borucas similar a la de los talamancas y esa semilla, en donde cabe la posibilidad de que los talamancas les regalaran cacaoen algunas oportunidades. No disponemos de más información al respecto. Había abundancia de venados, puercos de monte, y muchas especies de peces.

En este cacicazgo la obtención de conocimientos esotéricos debió haber desempeñado un papel destacado, al igual que entre los pueblos vecinos y los del otro lado de la cordillera. A los caciques, incluyendo dentro de estos a los especialistas en la medicina, llamados suquias, se les tenía enorme respeto, pero a la vez temor. Se sabía que sus conocimientos y poderes podían ser empleados tanto para el bien como para el mal. Así, si en una interacción de intercambio no se le daba lo que él creía era lo justo, el que faltaba a su compromiso de reciprocidad podía verse castigado con cosas malas. En una leyenda boruca recogida en el presente se aclara esta idea, adecuada a tiempos más actuales:

"Allá (en Salitre, Cabagra, Talamanca) se encuentran todavía. Allá están los suquias, haciendo tanto el bien como el mal. ... Si no le querían pagar de aquella manera (al suquia) se enfadaba. Entonces, a medianoche, enviaba un tigre a matar sus vacas y sus caballos." (Constenla y Maroto 1986: 121).

La ubicación de los cacicazgos *borucas* era muy conveniente para el desarrollo de las interacciones con los cacicazgos cercanos, lo que los colocaba en una situación estratégica para el intercambio. Se encontraban muy cerca del camino que conducía a Panamá, conocido

posteriormente como el Camino de Mulas. Podían cruzar la montaña hacia Talamanca por varios pasos que se utilizan aún en el presente. Podían navegar a la isla del Caño o a la desembocadura del Térraba. Fueron pueblos que, al igual que los taironas y los guaymíes, por ejemplo, supieron explotar y aprovechar diferentes pisos altitudinales y los bienes y productos que estos ofrecían. Tenían acceso a recursos marinos y costeros, como el caracol de múrice, del que extraían la tinta morada para teñir el hilo de algodón del que elaboraban vistosas mantas. Además, navegaban libremente por el Térraba, por los varios brazos de su desembocadura y en el mar en balsas, para desplazarse hacia la Isla del Caño y a Drake, punto costero ubicado hacia el sur del Térraba, y hacia la isla Violines. La descripción de cómo armaban esas embarcaciones nos la brinda la tradición oral:

"Las personas de aquel tiempo iban allá montadas en balsas, pues no tenían botes. Para construirlas buscaban los balsos más grandes, los derribaban y los cortaban en tucas de doce a quince varas de longitud. Luego arrimaban ocho de ellas y las amarraban con bejucos. Hacían clavos de pejivalle, del tamaño apropiado para los troncos de la balsa: de una cuarta de largo, y con ellos terminaban de unirlos. Después ponían las velas que hacían con hilos de algodón trenzados. Entonces ya salían sobre la mar bogando con canaletes."(Constenla y Maroto 1986: 99).

La ocupación humana en la isla del Caño no se expresa claramente en las fuentes documentales, aunque la arqueología sí demuestra que la hubo. Los primeros en visitarla fueron Hernán Ponce de León y Juan de Castañeda, quienes descubrieron el chorro, o caño, de agua fresca, tan necesaria para sus viajes. No parece que estos navegantes se detuvieran mucho tiempo allí ni que bajaran de los navíos. Se menciona como un sitio ideal en el que se detenían los navíos españoles con el objetivo de adquirir agua dulce, fresca, para sus travesías. El chorro era del grosor de una muñeca y se podía ajustar para que cayera directo sobre las carabelas, sin que estas se dañaran a pesar de la cercanía con la tierra (Fernández de Oviedo 1976: 149). Fernández de Oviedo reconoce que pasó muy cerca de ella en dos oportunidades, pero el mar no estaba tranquilo por lo que no pudo reconocerla como deseaba.

La tradición oral boruca indica que sus antepasados navegaban hasta dicha isla:

"El mismo (un viejo boruca) contaba cómo iba a la isla del Caño y a Drake a verse con otros viejos que allá vivían, a conversar con ellos en nuestro idioma." (Constenla y Maroto 1986: 99).

Esto implicaría la presencia de miembros broucas en la isla del Caño, por lo menos en algún momento de su ocupación. La presencia de cerámica de la Gran Nicoya, y la mención de mucho oro en la tradición oral, sugiere que también fue punto de encuentro con pueblos de origen mesoamericano, probablemente con fines de intercambio y, al igual que los españoles, para aprovechar el agua fresca en sus travesías por mar a largas distancias. **(Mapa 14)**

Es de suponer que la cerámica y otros bienes provenientes de la Gran Nicoya pudieron entrar a la región del Golfo Dulce y de la vertiente del Pacífico Sur por medio de las interacciones de los borucas con los pobladores de Nicoya y costa pacífica de Nicaragua,

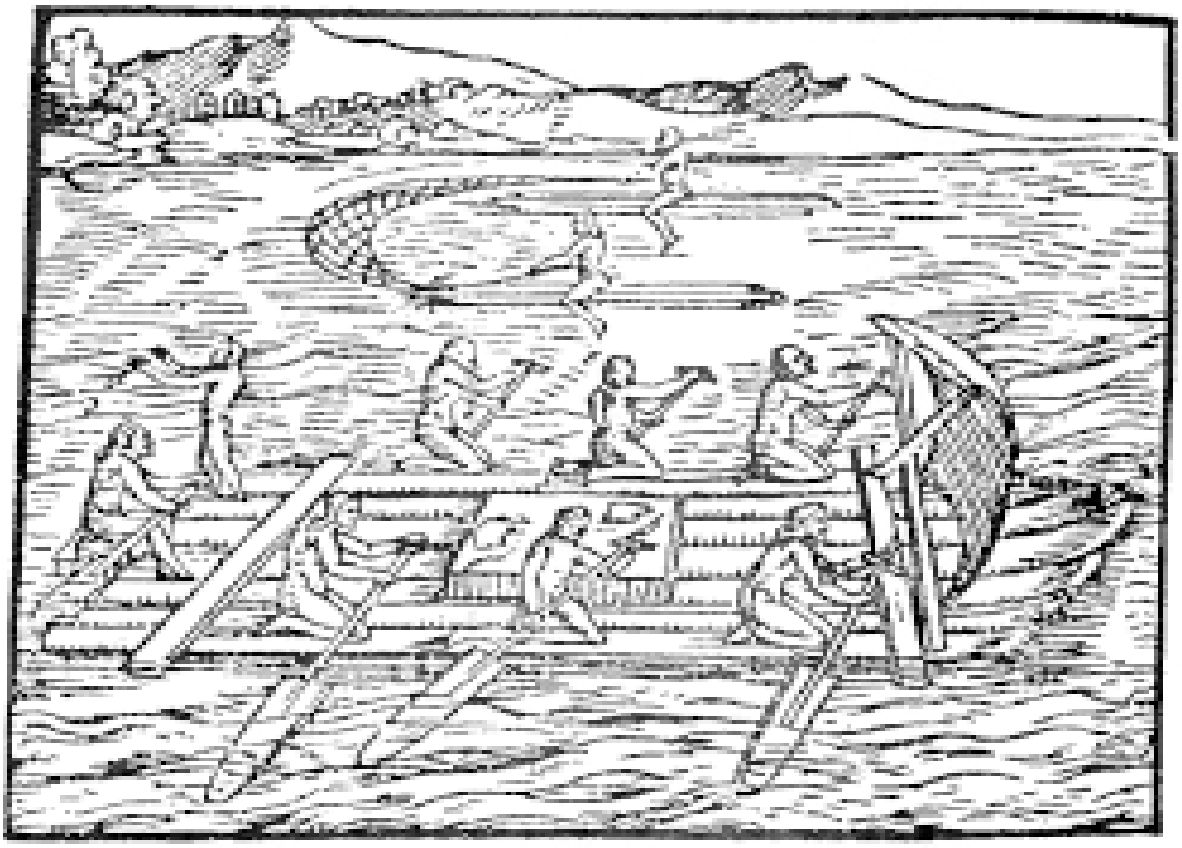


Fig. 8a: Indio navegando el río (Girolamo Benzoni, Historia del Nuevdo Mundo)

por lo menos en algunas oportunidades. De la misma manera, otros bienes, talvez piezas de oro, pudieron circular en sentido contrario, hacia el Golfo de Nicoya y sus islas.

La tradición oral menciona la presencia de mucho oro en las cercanías de la isla Violines. Juan Vázquez de Coronado describió la tierra como muy rica en este metal. No es de extrañarse debido a la cercanía con la Península de Osa, territorio riquísimo en oro. Anota que las guerras entre los comarcanos se efectuaban para robarse el oro unos a otros. Es hasta ahora que encontramos el robo del oro como motivo de guerra. En todos los casos anteriores hemos encontrado una total uniformidad en señalar que la defensa de los límites territoriales era el principal motivo de los conflictos indígenas. La observación de Vázquez de Coronado se puede comprender mejor si tomamos en cuenta que, según aclara ese conquistador, cada pueblo tenía por heredad un río de donde sacaba oro. A él mismo el cacique de Coctu le entregó una aguililla de otras catorce piezas que había "sacado" hacía dos meses (Vázquez de Coronado 1964: 31–51).

Todo parece indicar que el motivo de las guerras entre estos pueblos a la llegada de los españoles era también por la defensa de sus territorios, en los cuales existían valiosas fuentes de materias primas, como el oro. En este caso, no era el oro en sí, sino las fuentes auríferas las que se defendían. En 1560, tanto los indígenas de las actuales provincias de Chiriquí y Bocas del Toro, que podían ser los dorasques y los guaymíes, estaban siendo empujados hacia el oeste por los avances de la conquista española desde Panamá. Esto generaba movilizaciones forzadas de indígenas por parte de los conquistadores y, a la vez, la huída de muchas personas hacia las montañas como señal de resistencia (CDHCR Tomo IV: 189–191). A la vez, los *talamancas, teribes, borucas, cotos* y *quepos* estaban siendo empujados hacia el este, encontrándose todos en la región citada alrededor de 1560. Ya los *dorasques* habían mencionado la defensa de los territorios como causa de sus guerras, al igual que los talamancas y vecinos. También, unos años más tarde, la isla de Tójar en la Bahía del Almirante en el Caribe se vio ocupada por gentes diversas (chánguenes, térrabas y dorasques) porque "no cabían" en Talamanca. Es de suponer que ocurría una situación similar en la región del Pacífico sur de la actual Costa Rica.

No obstante, poseer acceso al oro pudo haber adquirido una importancia mayor en esos años, pues el saqueo del mismo por parte de los españoles en territorios panameños habría intervenido en el flujo "normal" prehispánico trayendo como consecuencia dificultades para obtenerlo así como su virtual escasez. Dado el simbolismo de estas piezas entre los pueblos de la región, puede aclararse la importancia del oro y la lucha por mantener, a toda costa, las fuentes auríferas.

Los *borucas* parecen haberle otrogado al oro una capacidad casi mágica, tan poderoso podía ser, que podía adquirir la fuerza de cegar enemigos al colocar una patena, o "comal," de manera que reflejara el sol hacia los ojos de sus enemigos, cegándolos. La tradición oral boruca relata cómo cegaron de esa manera a los españoles, venciéndolos (Constenla y Maroto 1986: 75–81).

Los *cotos* o *coutos*:

Este cacicazgo, del que existe poca información documental, estaba situado al sur de Boruca y controlaba la península de Osa, fuente riquísima de oro. Los *coutos* vivían en un

pueblo palenque muy bien estructurado, cercado por empalizadas de troncos espinosos de pejibaye (Vázquez de Coronado 1964: 33–35). Se describe su tierra como muy rica y abundante de alimentos. Hay evidencia de guerra con los talamancas y con los *quepo,* de cuya narración es posible observar el papel del intercambio en situaciones de conflicto. Desde 1563 Vázquez de Coronado reportaba una seria enemistad entre los *cotos* y los de la "tierradentro" o, los talamanqueños, la que parece haber continuado hasta el siglo XVII. Por ejemplo, los de *couto* tenían presa a la hermana del cacique de Quepo junto con otras personas importantes de ese cacicazgo. A petición del cacique de quepo, Vázquez de Coronado intervino dándoles algunos "rescates" para que estos prisioneros fuesen devueltos a sus casas. También se mencionan prisioneros de guerra en estas regiones, incluyendo en Talamanca y alrededores como en el Pacífico sur. Al igual que entre otros pueblos indígenas panameños y colombianos, los prisioneros de guerra se podían intercamabiar o enterrar con su "dueño" cuando éste moría. (Ibidem).

A pesar de que la información documental es escasa, estudios arqueológicos en la península de Osa demuestran que sus ocupantes estuvieron muy relacionados con los de Boruca y con el área mayor de Chirquí (Haberland 1960). Algunas figuras de oro de la región, analizadas posteriormente, han sido clasificadas como tipo Carbonera y se distinguen por su gran complejidad. Sus atributos sugieren un significado cultural de origen mítico. Al igual que Haberland, Aguilar, por medio del estudio de las piezas de oro, encuentra una relación entre los pobladores del cacicazgo de Osa con el área chiricana (Aguilar 1967: 46–48).

Las investigaciones de Haberland también dan cuenta de objetos de cerámica importados desde otras áreas, como del Valle Central y de Chiriquí en Panamá, lo que lógicamente sugiere un intercambio entre esas zonas. Estos vecinos de la costa Pacífica y del Golfo Dulce interactuaron también con etnias de otras procedencias, como los indígenas de la isla de Cébaca, o los *cébacos.*

Los *cébacos:* del Pacífico panameño a las costas del Golfo Dulce

Aunque no disponemos de abundante información acerca de los patrones de intercambio indígena en estas islas del Pacífico panameño, que son Cébaco, la Isla del Cabo y la Isla de Coiba, la disponibilidad de algunas fuentes permiten por lo menos incursionar superficialmente entre sus pobladores. Además, a principios del siglo XVII los cébacos desempeñaron un papel importante como vecinos de los *quepos* cuando fueron trasladados por los españoles, probablemente desde la isla del Pacífico panameño. Los *cébacos*, desde su isla, fueron testigos de la dinámica interregional indígena, de los procesos históricos de la época pre-hispánica.

La isla Caubaco (¿Cébaco?) fue visitada por los españoles en 1516, al mando de Gaspar de Espinoza. Su lengua era conocida por los indígenas que acompañaban a los españoles, pues los intérpretes que llevaban pudieron comunicarse con sus pobladores. Desafortunadamente, no podemos identificarla por ausencia de información.

En esa ocasión, el cacique no estaba, pues andaba "haciendo guerra a otros caciques en la Tierra Firme." El cacique retornó a los tres días en dieciocho canoas repletas de indios de guerra. Como los españoles los habían tratado bien, no hubo problema y en el bohío se

desprendió de sus adornos de oro o "armaduras" especiales para cuando iban a la guerra para dárselos al capitán (Jopling 1994: 56, 57), según dice la fuente. Este tipo de armaduras fue descrito en la balsa que venía del Ecuador hacia Panamá. Todo parece indicar que en algunos momentos estas armaduras doradas pudieron ser objeto de intercambio. Al día siguiente el cacique entregó más oro a los españoles y comentó que los otros caciques se habían llevado el resto, lo que podría significar que lo escondían adrede para no darlo a los españoles, o que lo intercambiaban con otros caciques. Los españoles pusieron al cacique el mismo nombre de la isla Caubaco y su hermano Pequeari acompañó a los conquistadores a otra isla vecina, la cual bautizaron con el nombre de Isla de Varones. En ella había un bohío enorme, cercado por palizadas y con grandes caños alrededor, que los españoles llamaron "fortaleza." Es esta otro ejemplo más de que cuando se estaba en situación de guerra se habitaban grandes palenques. No obstante compartir la misma lengua que la de los de Caubaco, cuando se les mandó llamar para que vinieran pacíficamente, no lo hicieron de ninguna manera. En vez de acercarse, los indígenas atacaron a los conquistadores en un afán por defender la fortaleza. Aparentemente el cacique de esta isla también era hermano de los otros dos.

De allí partieron hacia la Isla de Coiba, para ir a otra isla que los indios llamaban Cabo, como a siete u ocho leguas de Caubaco. Allí tomaron los bohíos del cacique Cabo, a sus mujeres y a sus hijos y gran cantidad de oro. Los indígenas se defendieron bravíamente, a la vez que venían protegidos con "corseletes" hechos de algodón, tan gruesos como un colchón de cama que no los atravesaba una ballesta. El capitán les habló por medio de una *espabe*,[2] mujer del cacique que había apresado, pero no hubo posibilidad de paz y se armó una tremenda guazabara donde murieron muchos indígenas por tiros de artillería. Este cacique era el más temido de aquellas partes. De allí pasaron cerca de la isla de Coiba, en la que no bajaron a pesar de haber apresado a algunos indios que venían en canoas. De la Tierra Firme e islas comentan que había abundancia de mameys, de frutas, de miel y mucho oro.

Es indudable la interacción que existía entre estos pobladores insulares con los de tierra firme, astutos navegantes se movilizaban ágilmente entre las islas y hacia la costa. La presencia del oro en las islas sugiere actividades de intercambio. Estas islas formaban parte del complejo mundo indígena del siglo XVI en Panamá y desempeñaron un papel importante. La fortaleza en una de ellas sugiere conflictos y frecuentes guerras con otros pobladores.

En 1522 Fernández de Oviedo menciona la isla Cebo, antes referida por Gil González Dávila, también con ese nombre (CDHCR Tomo I: 58). Dicha referencia es importante porque contribuye a diferenciarla de la Isla de Cébaco, (o Ceguaco, según Gil González Dávila), ubicada a cinco leguas de Chiriquí por tierra firme. O, a cuatro leguas antes de llegar al puerto de Tabaraba, en la península de Azuero, al frente del actual Golfo de Montijo (CDHCR Tomo VI: 11; Sauer 1984: 392). No se brinda mayor información.

Para comprender la presencia de los *cébacos* en las ceranías del Golfo Dulce en Costa Rica, la información disponible nos obliga a dar un salto temporal hasta 1607 y territorial hasta el Golfo Dulce y Quepos en el actual territorio de Costa Rica. Existe una importante laguna de información que impide reconocer la trayectoria histórica de los cébacos a

cabalidad. Lo que sí está claro es que en esa época se describía el Golfo Dulce como:

"...una bahía de ocho leguas en largo y tres de ancho y muy apacible y pueden estar surtos doscientos navíos y hay en aquella bahía y costas muchas ostras de perlas que yo vide sacar a los indios, y es tierras de mucho cacao y a donde podrán tomar refresco los navíos y puerto algunos necesitados de agua o de otras cosas..." (CDHCR Tomo VIII: 49).

Obviamente, la mano de obra indígena era conveniente para satisfacer los requerimientos que tendrían los navíos en el Golfo Dulce. Los frailes indican que Cébaco estaba poblada de indios infieles, de los que se trajeron a Quepo más de 180, incluyendo mujeres y niños.

Así, el sitio de habitación de estos indígenas se conocía como Cébaco. Es también a principios del siglo XVII cuando fray Alonso de La Calle afirma que fue a reducir a los principales de Cébaca y se trajo consigo al cacique y principales a Quepo, quienes habitan en la costa del Golfo Dulce. Sin embargo, añade que." ..la tierra que hay de aquí a la suya es muy áspera y no se anda a caballo por los muchos esteros..." (Ibidem). Su mención de Cébaco como parte de los caciques del cacicazgo de Coto podría implicar algún tipo de alianza interétnica, talvez momentánea, con algún interés en Talamanca pues los cotos se encontraban en guerra contra Talamanca.

Algunos años más tarde, en 1611, Pedro de Flores asegura que esa isla quedaba a ochenta leguas más o menos, de Quepos, y que había un palenque de donde sacaron gran cantidad de gente, lo que aclara que se refieren a la isla Cébaco del Pacífico panameño. Los indios sacados de allá estuvieron localizados entre el Golfo Dulce y Quepos, y talvez también en algunas isletas dentro del golfo, lo que puede llevar a confusión en cuanto al nombre y a la localización de la isla de Cébaco.

Es claro, eso sí, que no eran muy bienvenidos entre los quepo. Tanto que los caciques solicitan que los indios naturales de Cébaco:

"se muden a su natural" y que*"...ellos (los caciques de Quepos), se obligan a dar avío a los españoles que pasaren por su pueblo desta Provincia a la de Tierra Firme, pagándoles lo que fuere justo."* (Ibidem).

De la cita anterior interpretamos que los *quepo* no querían vecinos extranjeros en su pueblo, lo que fuertemente sugiere una diferencia étnica entre los *cébacos* y los *quepos.* Ya en 1684 se dice que la región del Golfo Dulce estaba poblada de indios que eran de guerra, como los c*ébacos*, los *cotos*, los *borucas*, los *azaguates*, los *dorados* y otras naciones (CDHCR Tomo VIII: 462).

En 1611 los *cotos* lograron aliarse con los *cébacos* para hacer una incursión de guerra a Talamanca, en la que perdió la vida el cacique principal del pueblo de Coto y otros de Cébaca. Se agrega que la muerte de este cacique fue muy importante (CDHCR Tomo V: 178), probablemente por las consecuencias que pudo traer a todo nivel, entre esa gente.

En términos generales, no encontramos información detallada acerca de actividades de intercambio de bienes en esta zona. Pero, al tratarse de cacicazgos en guerra, podemos observar otras manifestaciones del intercambio, donde desempeñan papeles importantes

los prisioneros de guerra, el apresamiento de miembros de las élites cacicales, masculinos o femeninos, y la posibilidad de establecer alianzas interétnicas contra un enemigo común. En todas estas situaciones mediaron relaciones de reciprocidad, sin lugar a dudas. Estas mismas debieron estar presentes entre los pobladores del Valle Central de Costa Rica, conocidos como los huetares.

Entre los *huetares*

La lengua de los huetares pertenece también a la estirpe chibchense. La consolidación de su cacicazgo le permitió convertirse en el más poderoso a la llegada de los españoles (Ibarra 1990; Fonseca e Ibarra 1988). La lengua huetar fue empleada como *lingua franca* entre los miembros de una amplia región del actual territorio nacional, permitiendo así la comunicación interétnica (Constenla 1984: 3–18).

Los huetares ocuparon un área ubicada de este a oeste desde la costa caribeña de la actual Costa Rica hasta el río Virilla en el Valle Central. Al sur limitaba con la Cordillera de Talamanca, hasta Chirripó. Hacia el norte, hasta el curso medio del río Tortuguero, aunque el límite aquí es más inseguro por falta de documentación. Esta vasta área comprendía diversos ambientes ecológicos, muy variados. Se componía de zonas costeras, ricos valles, densas montañas y altos cerros en la cordillera central, incluyendo áreas por encima de la línea de escarcha.

Insignes agricultores, cultivaron maíz, algodón, yuca, frijoles, cacao, chayotes, chile, zarzaparrilla, pita, cabuya, pejibayes y ayotes. Aprovechaban el palmito de las montañas, y otras frutas como mameyes y zapotes.

La cacería fue una actividad de la que obtenían enorme gusto, y organizaban salidas para cazar puercos de monte, venados de cola blanca, monos, dantas, aves, iguanas, cocodrilos, tortugas y manatíes. Otras excursiones las hacían para recoger miel de abeja y cera. Es importante señalar que tanto las dantas como los puercos de monte eran muchas veces apresados jovencitos para llevarlos a sus casas, donde los cuidaban y engordaban con varios fines: para comerlos en convites especiales o para intercambiarlos por otros bienes.

Su alimentación se enriquecía con el producto de los ríos, entre los que destacaba el pez bobo. Es probable que en algunas ocasiones el pescado que se intercambiaba fuera en estado seco, al igual que hacían los indígenas de los territorios colombianos y panameños antes mencionados, para así poderlo conservar por más tiempo y transportar a distancias mayores sin muchos problemas. Este proceso de secar el pescado fue conocido por los talamanqueños, quienes lo llevaban a los frailes. Sin embargo, en el Valle Central, entre los huetares, aunque debieron saber secar pescado, talvez no fue tan necesario procesarlo frecuentemente de esa manera, pues la abundancia del mismo y la cercanía de los ríos a los asentamientos lo hacía accesible en estado fresco.[3] **(Fig. 9)**

El oro también fue objeto de intercambio. En este caso de los huetares, al igual que ocurrió con el cacique Saldaña, el cacique Correque del Guarco tenía piezas de oro entre sus bienes las que avanzada la conquista intercambiaba con los españoles por ganado vacuno. No existían fuentes naturales de oro en el Valle Central, por lo que se obtenía necesariamente por medio del intercambio, probablemente desde zonas cercanas a Quepo, Boruca y Coto, y de Panamá y desde Colombia. Esto indica que aquellos territorios en los que sí existía oro

Fig 9: Puente de hamaca con los peces en el río (Archivo Nacional de Costa Rica. Album de José María Figueroa)

debieron ser altamante valorados en el sur de América Central, por ejemplo, la península de Osa en Costa Rica. El camino que pasaba por Boruca probablemente servía como vía principal para movilizar ese oro hasta el Valle Central, Talamanca y a Panamá, con lo que se refuerza la situación estratégica del cacicazgo de Boruca, tratando de controlar el paso de todo tipo de bienes, pero sobre todo del oro.

El intercambio de bienes se efectuaba entre cacicazgos vecinos y otros más lejanos, actividad que necesitaba, lógicamente, de rutas adecuadas para realizarse. Así, aflora una red de caminos muy importante, uniendo ambas costas y atravesando el territorio de este a oeste y de norte a sur. Algunas de estas rutas coinciden con las que vienen de regiones panameñas y continúan uniéndose con otras que siguen hacia Nicaragua y Honduras, presentando un vínculo territorial de unión en el sur de América Central, representado por uno de los caminos principales, el que va cercano a la costa del pacífico, a partir del Ecuador.

Además, entre los bienes que se intercambiaban se incluían alpargates, mantas, algodón, sal, legumbres, petates y redes. Las legumbres u hortalizas y el algodón se llevaban del valle del río Reventazón, de Tucurrique, a pueblos comarcanos, o vecinos, junto con mantas y prendas de vestir a cambio de sal, petates y redes y otros implementos españoles, como hachuelas y cuchillos. Los huetares de Barba y Aserrí, pueblos situados al noroeste de Tucurrique el primero y hacia el oeste el segundo, venían a Tucurrique a obtener algodón a cambio de sal. Existía un camino que comunicaba Aserrí con la costa del Pacífico, por lo que es comprensible la procedencia de la sal. Nótese cómo, al igual que observamos en los cacicazgos colombianos y panameños, se da una circulación y re-circulación de productos, haciendo relevante las redes dinámicas de interacciones indígenas en la región en cuestión y en las áreas circundantes.

Michael J. Snarskis y Eugenia Ibarra (1985: 57–66) estudian aspectos del intercambio prehispánico entre Gran Nicoya y la Vertiente Atlántica-Intermontano Central del territorio costarricense y concluyen que entre 800 a 1200 d.C. se observa la mejor evidencia para identificar contactos inter-regionales entre ambas zonas. Esta también se trató de cerámica policromada de Gran Nicoya. Dados los procesos de desarrollo sociopolítico y demográfico reconstruidos en el área de la Gran Nicoya, no parece casual que este periodo sea el que esté mejor representado, ya que en esos años las sociedades practicaron un intercambio más complejo en contraste con otros periodos históricos anteriores, como lo aclararemos más adelante.

Winifred Creamer (1983: 245–255) analiza el intercambio en el Golfo de Nicoya entre 1200 y 1550 d.C. Encontró que las islas de Chira y San Lucas formaban parte de una red económica, social/ritual y política que incluía a cada isla, el Golfo y la Gran Nicoya, redes que se extendían hasta Panamá y México. Entre los bienes que logra identificar con base en restos líticos, cerámicos, faunísticos, de enterramientos, de patrones de asentamiento y de documentación etnohistórica, destacan la sal, las telas teñidas, el algodón, objetos de concha, piezas de oro y de cerámica, entre otros.

Creamer reconstruye algunas rutas de intercambio,entre ellas, de la isla de Chira a la península de Nicoya, la que a la vez se encontraba vinculada con el río Tempisque. Observa

que bienes de subsistencia fluían de la tierra firme a las islas, tales como el maíz, la miel, la cera, la piedra y las herramientas líticas, mientras que de las islas a tierra firme pasaban objetos de cerámica, artefactos de piedra, de concha, y perlas.

Una segunda ruta se extendía de las islas a la costa este del golfo, desde donde se podía obtener piedra adecuada para la elaboración de metates, manos de moler y hachas. De allí probablemente también salían bienes como cuentas, algodón y cerámica para intercambiar con "los de la sierra," es decir, los huetares.

Una tercera vía se extendía hasta la boca del río Barranca o del Grande de Tárcoles, a Quepos y a Parrita. En 1562 en esa zona se reporta cacao, algodón, clavos [4] y chiles. Más hacia el sur, en la región del Diquís se han encontrado restos cerámicos de Nicaragua y Nicoya. Y los restos de cerámica Macaracas y Coclé sugieren un punto de encuentro con Panamá central. Inclusive, en la isla del Caño han aparecido restos de cerámica de Nicoya, del Diquís y del oeste de Panamá (Creamer 1983: 255–257).

En el Valle Central de Costa Rica, la mayoría de las referencias acerca del intercambio se refieren a visitas de indígenas con sus productos para trocarlos por otros de los pueblos vecinos. No hemos encontrado referencias a "ferias," festividades o juegos asociados a esta actividad, aunque es esperable que sí se hubieran dado, como ha sido descrito para regiones vecinas. Esta modalidad parecería corresponder a un tipo de visitas cotidianas, cimentadas en el parentesco con clanes de otros pueblos. No se observa una circunstancia o motivación especial para realizarlas más allá de amistad y lazos de parentesco. Sin duda eran ocasiones para intercambiar conocimientos acerca de aconteceres humanos, incluyendo información acerca de posibles guerras, conflictos y rivalidades. También eran excelentes oportunidades para espiar, como enviados de los caciques, al igual que en Panamá y en Colombia. Debemos recordar que lo tardío de la conquista de Costa Rica incidió en la poca descripción de la vida indígena por parte de los españoles, quienes, ocupados en otros intereses propios del avance del proceso de conquista y colonización en Nicaragua, en Panamá, y en Perú, dejaron a las fuentes documentales huérfanas de valiosa información.

La reciprocidad entre los huetares se expresó también por medio de su organización social, en el intercambio de mujeres procedentes de diversos clanes y pueblos con fines matrimoniales. Así, ese tipo de uniones integraba el territorio y fortalecía el cacicazgo, al encontrarse dichos clanes distribuidos a lo largo del variado territorio ecológico descrito. De esa forma, las relaciones de parentesco ayudaban a mantener la unidad territorial y política, a la vez que aseguraban el ingreso y la circulación de bienes variados, procedentes de diversos nichos ecológicos.

Los huetares mantuvieron relaciones de parentesco con la región de Suerre, cacicazgo localizado estratégicamente cerca de la costa del Caribe y del actual río San Juan, importantísima vía fluvial de navegación, ruta principal en la circulación del oro hacia Nicaragua. Pero, con los Botos, las relaciones parecen haber estado tensas, pues se encontraban oprimidos por los huetares. El dominio sobre los Botos conduciría a un punto importante de acceso a los ríos San Carlos y San Juan, vías fluviales medulares en el intercambio de bienes.

Estas etnias, hasta ahora la mayoría emparentada lingüísticamente, aprendieron a

interactuar con los cacicazgos de la costa del pacífico de la Nicaragua antigua. Con toda seguridad, los invasores de origen mesoamericano se fueron insertando en las redes de intercambio del sur de América Central.

Conclusiones

Como en los cacicazgos de las zonas del norte de Colombia y de Panamá, es posible identificar también una élite cacical y una jerarquización de los caciques. De igual manera, los cacicazgos se asentaron entre los diversos ambientes ecológicos en patrones de asentamiento dispersos pero unidos entre sí por lazos de parentesco. En esta área también se encuentran pueblos palenque entre aquellos cacicazgos que están en guerra. Unidos por diversas rutas, también hubo puntos especiales de reunión o de encuentro para realizar actividades de intercambio.

Como otras maneras de adquirir o acrecentar el poder de algunos caciques y cacicazgos observamos el control de "pasos" particulares de ciertas rutas, como los borucas en el fragmento del Camino de Mulas por su territorio. Pero el poder también iba aparejado al conocimiento, a la sabiduría que podía poseer determinado personaje, por lo que también se le podía temer. Y así el miedo, el temor entra en el juego del poder en estas sociedades.

Se observa también la guerra entre algunos caciques de las islas del Pacífico panameño y otros de tierra firme por el oro. En este caso hay que recordar que había grupos antropófagos que venían allí por oro desde "hacia Nicaragua," y que poseerlo podía significar salvar la vida. Pudo ser una motivación para la guerra.

[1] El temor que se sintió por los caciques poderosos de Talamanca se extendió al mundo de los españoles durante la época colonial, en donde, en el imaginario colectivo, indígena y poder sobrenatural se idenitificaban. Ver Eugenia Ibarra. **Las manchas del jaguar. Huellas indígenas en la historia de Costa Rica**. (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1999.

[2] El empleo del vocablo cueva “espabe” en esta ocasión podría significar que los isleños eran también cueva/chocó. O que el cueva fuera lingua-franca entre algunos pueblos del Panamá prehispánico; o que la cercanía geográfica y las posibles interacciones con los cueva/chocó hacían su lengua comprensible en regiones circundantes; o que los españoles hubieran adoptado esa lengua indígena para comunicarse como lengua principal, dada la amplia distribución espacial de los cueva/chocó; o (Stone 1961: 117–120) la lengua cueva era lingua franca entre los indígenas y poco a poco fue aceptada por los españoles. Otros casos se dan entre los dorasque.

[3] En 1686, los indígenas del antiguo cacicazgo eran obligados a proveer el pescado para la ciudad de Cartago los días jueves de cada semana. Se escogieron 6 u 8 pescadores de los pueblos de Uxarraz (Uxarrací), Orosi, Güicasí, Tucurrique, Jucaragua y Aoyaque, para que llevaran el pescado, fresco o salado. (Ordenanzas del Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Cartago. 1686).

[4] Debe tratarse de una especie parecida al clavo de olor.

V

Nicoya y Nicaragua

Entre chorotegas, nicaraos, sutiabas y matagalpas

Al entrar a la península de Nicoya, en ruta hacia la costa Pacífica de Nicaragua, encontramos, en el siglo XVI, un territorio principalmente poblado de etnias cuyos orígenes fueron claramente mesoamericanos. Ello establece un contraste interesante con las que hemos venido analizando, tanto en algunos aspectos de organización sociopolítica, lingüísticos, de patrones de asentamiento y religiosos. A la vez, las islas del Golfo de Fonseca se encontraban pobladas por gente chorotega, matagalpa y nahua, manifestando una ocupación pluriétnica de las mismas, lo que las asemeja con las del Golfo de Nicoya (Ibarra: en prensa (a)). Como punto de partida podemos afrimar que, no obstante las diferencias históricas y socioculturales que se puedan distinguir, estas no constituyeron un obstáculo para que el intercambio se realizara entre ellas. Al contrario, fue una actividad buscada y propiciada por los pobladores de la región.

Aunque la mayoría de las etnias identificadas en fuentes documentales se originan en migraciones desde Mesoamérica, hemos topado con otras, de distinta lengua, difíciles de identificar dada la poca información disponible. Nos referimos a una gente que ocupó el territorio peninsular ubicado frente a la isla Venado, en el Golfo de Nicoya, conocida como Paro, cerca de los años de 1600. También parecen haber ocupado esa isla, anteriormente llamada Pocosi (Ibarra 1988: 45, 46) No sabemos mucho más de ellos aparte de que su lengua no era mangue. O sea, no eran chorotegas. Otra etnia, llamada corobicí, también ocupó algunas áreas al noreste del río Tempisque. Con base en estudios lingüísticos Adolfo Constenla supone que pudo tratarse de indígenas rama, cuya lengua se afiliaría a las lenguas chibchas (Constenla 1994: 198–200). Podemos observar, claramente, un patrón de ocupación multiétnica en la zona.

Se acepta que los chorotega arribaron a la costa del pacífico de Nicaragua y Nicoya en los alrededores del año 900 d.C, (Salgado 1996: 303) y que los nicarao llegaron unos cuatrocientos años después, cerca del 1200 d.C. De los maribios o subtiabas, cuya lengua estaba emparentada con la otomangue, se cree que aribaron a la costa del Pacífico de Nicaragua después de 1200 d.C. Estos últimos formaron una especie de enclave dentro de grupos numéricamente mayores, como los chorotegas y nicaraos. No obstante esa situación, las fuentes documentales presentan indicios de que mantuvieron algunos aspectos culturales particulares, como lengua y algunas costumbres religiosas. Vivieron al norte de la sierra de los Maribios, desde Telica, pasando por Quezalguaque, hasta el río Telica. Por el este, hacia el lado del volcán Asososca hasta el río Tamarindo y por el sur, hasta el mar. Existen posibilidades de que se hubieran extendido hacia el oeste, hasta Posoltega y Chichigalpa.

La lengua de los chorotegas pertenece a la estirpe otomanguense, mientras que la de los nicarao a la familia aztécica. Es muy probable que llegaran a estas tierras como el producto de varias oleadas migratorias y no como una sola. Ello implicaría el desarrollo de cambios entre los antiguos pobladores de estos territorios, y el inicio de procesos socioculturales generados por la presencia de “los otros”.

Con respecto a su llegada, es importante tomar en cuenta algunos puntos: primero, ellos ya tenían conocimiento de las características del Pacífico de Nicaragua, obtenido de viajeros que transitaban por de rutas de intercambio que conectaban América Central en años anteriores. Segundo, estos inmigrantes se vieron parcialmente motivados a movilizarse gracias a la desintegración y reorganización del sistema macroregional que distinguió a los periodos anteriores, tanto el Clásico Tardío como el Postclásico Temprano. Dentro de esta crisis se incluye la caída de Teotihuacán, así como el surgimiento y la caída de los toltecas (Fowler en Salgado 1996: 297).

Ambas etnias practicaban la agricultura de maíz, frijoles, algodón, ají, tabaco, henequén y legumbres. Eran cazadores de venado, chanchos de monte, felinos, dantas, zorros, conejos y diversas especies de aves. Cuidaban árboles como el del zapote, nance, mamey, guacales, nísperos y la fruta del cacao, entre algunos. También pescaban y recogían de los campos las hierbas medicinales, la cera y la miel. Utilizaban la sal, los ocotes, pigmentos de colores, el polvo de "tile" y otros recursos obtenidos de los diversos pisos ecológicos del territorio y de otras etnias, por medio del intercambio.

Por ejemplo, de los matagalpas, cuya lengua pertencía a la familia misumalpa, parte del filo macrochibcha, quienes ocupaban el territorio de los actuales departamentos de Chontales, Boaco, Matagalpa, Jinotega, Estelí, la región sudoccidental de Nueva Segovia y el área hondureña colindante con esta área. Esta etnia, semejante en sus costumbres culturales a las de otras áreas del sur de América Central, parece haber sido la que ocupaba o dominaba los territorios que fueron tomados por las etnias mesoamericanas. Sembraban maíz, frijoles, cacao, yuca, tabaco, camote y también plátanos. Hilaban algodón en mantas listadas y extraían resinas de pinos para alumbrarse. Sabían extraer la sal marina y conocían la orfebrería. Al igual que entre otras etnias del sur de América Central, existen indicios importantes, tanto etnohistóricos como lingüísticos, de que su dominio alcanzara desde las cordilleras Dariense, Dipilto, Isabella y las serranías de Huapí y Yolaina, las zonas al noreste del lago de Managua hasta la zonas costeras del Paífico, al noroeste de León Viejo. Ello implicaría la posible presencia de control de pisos verticales entre esta gente, antes de la llegada de los migrantes de origen mesoamericano (Ibarra: en prensa (b).

La manera de intercambiar o trocar de los migrantes era un poco diferente a las que hemos venido conociendo, pues el lugar por excelencia para realizar intercambios y obtener bienes era el tianguiz o mercado. Estos sitios tenían ciertas reglas para sus visitantes, regulando hasta quiénes podían entrar y participar, y quiénes no. Estos mercados existían en Nicaragua y Nicoya, en diversos pueblos, donde se juntaban cerca de dos mil personas para realizar "contrataciones, ferias y trueques," según narra Fernández de Oviedo (1976: 84). Aquí los objetos se obtenían por medio de la compra con semillas de cacao, que fungían como un tipo de moneda. También se presentaba el trueque de algunos bienes por otros, transacciones en las que existía un acuerdo en cuanto a equivalencias consideradas justas. Es interesante comentar que en la actualidad todavía se venden hierbas medicinales, corteza de árboles y jícaros en los mercados de León, por parte de descendientes de indígenas de Sutiaba, lo que indica la persistencia de una larga tradición indígena, cuya utilidad y significado sigue vigente en nuestros días. [1]

Con los matagalpas, el interés de los chorotegas y nicaraos parece haber recaído en el ocote de los pinos, en el polvo de *tile*, y en la sal, principalmente, recursos originarios de los bosques en las serranías y de la costa. Eso cuando no realizaban incursiones en busca de sus personas para sacrificarlos en sus ceremonias religiosas. La presencia de los bienes de los matagalpas en los tianguiz hacen reflexionar acerca de las maneras en que llegaron hasta allí. Si los llevaron ellos mismos, debían pertenecer a un segmento de la población que logró mantener buenas relaciones con los de los tianguiz, o que se encontraban bajo el dominio de los migrantes. Talvez las transacciones interétnicas no se efectuaban directamente en estos mercados, pues los matagalpas eran considerados forasteros, eran "los otros." Como parte de las estrategias de sobrevivencia, tanto matagalpas como chorotegas y nicaraos pudieron arreglárselas para que estos bienes llegaran a sus manos por medio de terceros, localizados en algún punto de intercambio de menor importancia que el tianguiz, talvez localizado a mitad de camino o cercano a rutas locales de pueblos matagalpas. Hay que recordar que también era necesario contratar con los enemigos, en la búsqueda del equilibrio.

En los tianguiz de Nicoya se describen canastos de palma, cestas con tapa, jícaras pintadas, mantas blancas, hamacas, ovillos de algodón, alparagatas y granos, como frijoles y maíz. De la isla de Chira llegaba cerámica negra, sal de la costa, perlas, oro, conchas, cacao, cera y miel, asemejándolos con los de Nicaragua. Las fuentes documentales acalaran que los chorotegas y nicaraos se desplazaban y caminaban largas distancias, para lo que se ayudaban con una hierba , *yaat*, que ha sido identificada por algunos como coca (Chapman 1960: 29). Sin duda, sus caminatas los conducían al reconocimiento de otros territorios, recursos y gentes.

Entre las observaciones más importantes que se deben destacar en esta convergencia de etnias históricamente diferenciadas, es su situación en un mismo tiempo y en un espacio contiguo. Nuestras investigaciones nos llevan a reconocer que estos invasores se interesaron, obviamente, en los bienes y recursos de los antiguos pobladores. Los panes de sal podían provenir también de la región del Golfo de Nicoya, al igual que perlas, explotadas por los chorotegas de la zona. Sin olvidar que éstos, a su vez estaban recibiendo bienes que provenían de los huetares del Valle Central de Costa Rica, formándose otro eslabón en la larga cadena hasta Colombia. Hábiles navegantes y astutos negociantes, se situaron en los puntos estratégicos de las redes de intercambio antiguas, como cerca de León, de Granada y de Nicoya. En Costa Rica, cerca de los puntos localizados a las entradas de ríos importantes, como el Tempisque en Guanacaste. Así podían obtener oro, sal y piedras preciosas, entre otros. Creemos que a la llegada de los españoles, los intentos de una "mesoamericanización" del sur de América Central estaba en la mente de nicaraos y chorotegas, en el sentido de invadir y controlar, hasta donde les fuera posible, las redes de intercambio. Sería una astuta manera de insertarse en la vida cotidiana de los pobladores antiguos, además de servirles como una vía para enriquecerse y consolidar el poder político entre sus súbditos (Ibarra: en prensa (a).

Culturalmente disímiles a los grupos localizados más al sur, su organización sociopolítica evidenciaba variaciones en diversos aspectos. Eran cacicazgos, aunque funcionaban de manera un tanto diferente a los de las otras áreas que se han mencionado en

apartados anteriores. Aún así, es posible que su contacto con los cacicazgos antiguos del sur de América Central hubiera introducido algunas modificaciones que los asemejarían un tanto a estos. Esta sugerencia se apoya también en la arqueología: Frederick W. Lange y sus colegas observan que aunque estos pueblos mesoamericanos hubieran migrado hasta Nicaragua, no estaban incorporados a una esfera mesoamericana. Opinan que los chorotegas se encontraban desvinculados de sus ancestros norteños, por lo que sería difícil creer que mantuvieran gran afinidad cultural con Mesoamérica. Mientras, los nicarao parecen haberse adaptado a patrones indígenas locales. A la vez, tampoco los grupos locales parecen haberse visto influidos por prácticas culturales mesoamericanas (Lange en Salgado 1996: 305).

Con base en las fuentes documentales, en su organización sociopolítica se observa la presencia de un cacique principal a quienes todos obedecían, el que gozaba de amplias prerogativas y distinciones. Los viejos formaban un consejo que asesoraba al cacique mayor, probablemente eran también miembros de una élite cacical emparentada. Su patrón de asentamiento incluía un centro principal en el que vivía el cacique, cuya vivienda se distinguía claramente. Disponía de despensas o sitios de almacenamiento de bienes, de excedentes y de especialización laboral. Además, reconocían claramente que sus contiendas eran por la tierra.

La arqueologia ha avanzado notablemente en los últimos años en cuanto a la investigación acerca de estos grupos migrantes. Todo indica que llegaron primero a Rivas desde donde se extendieron a otras áreas. Además, se cree que llegaron siguiendo una antigua ruta utilizada para intercambiar. Todavía es objeto de discusión si quienes migraron fueron miembros de élites o si fueron personas comunes; sin embargo, dada la ausencia de arquitectura monumental característica de élites mesoamericanas, Silvia Salgado (1996: 305) propone que se trató de gente más común, o de miembros de bajos niveles de élites locales. Así, los caciques, jefes de los cacicazgos de chorotegas y nicaraos, debieron recrear sus élites una vez establecidos en las zonas del Pacífico norte de Costa Rica y el área del Pacífico de Nicaragua. Probablemente esto se vio complementado por la recreación de sus identidades y de su etnicidad, tras la búsqueda de la legitimación del poder. En este aspecto, el intercambio representaba una puerta abierta.

Este importante aspecto a la vez es útil para aclarar que en las fuentes documentales de la época de la conquista de Nicaragua y Nicoya, la organización sociopolítica que es posible reconstruir es la de un cacicazgo, aunque con las variantes arriba comentadas, entre otras. Sin embargo, podemos entender porque los conquistadores utilizaron el vocablo “cacicazgo” para referirse a sus gobiernos, ya que lo que observaban no era radicalmente diferente a las organizaciones sociopolíticas de otras áreas del sur de América Central, de cuya conquista provenían principalmente (CDHN Tomo IX: 509–510).

La compleja evolución de estas sociedades, delineada por medio de información arqueológica, deja ver que el intercambio comenzó a desempeñar un papel importante entre estos pobaldores desde tiempos tempranos. A la vez, destacan las relaciones con la periferia de áreas mayas y con el centro y el Caribe de Costa Rica, lo que podría implicar el arribo de esos objetos de mano en mano, o, viajes a larga distancia. Ello podría sugerir que movilizarse

(en términos generales) tras la búsqueda de bienes tangibles e intangibles comenzó a obtener mayor importancia entre el 300 y el 800 d.C., probablemente vinculado al desarrollo del cacicazgo en su proceso hacia una mayor complejización. Tal información coincidiría con las ideas discutidas en capítulos anteriores acerca de la conveniencia de los caciques de obtener y manejar conocimientos particulares, especiales, secretos, para el ejercicio efectivo del poder.

Silvia Salgado (1996: 302) sugiere que por lo menos las élites emergentes en Granada buscaron asociarse con bienes, ideas y élites de lugares lejanos, como de Quelepa y Tenampúa, en Honduras, así como con las regiones controladas por ellos. Las élites de Granada controlaron redes de intercambio y dentro de ellas, algunos bienes preciosos. El intercambio de este tipo de bienes dota a las élites de la posibilidad de monopolizarlos, como también las asociaciones establecidas a larga distancia, lo que redunda, frecuentemente, en una fuente importante de estabilidad o cambio en las estructuras políticas a nivel local. Esto es un ejemplo de cómo el intercambio, y el control de algunos bienes particulares, considerados esotéricos, redunda, de diversas maneras, en la política, ya sea consolidando o fortaleciendo la supremacía de la élite gobernante de turno, o generando algunos cambios.

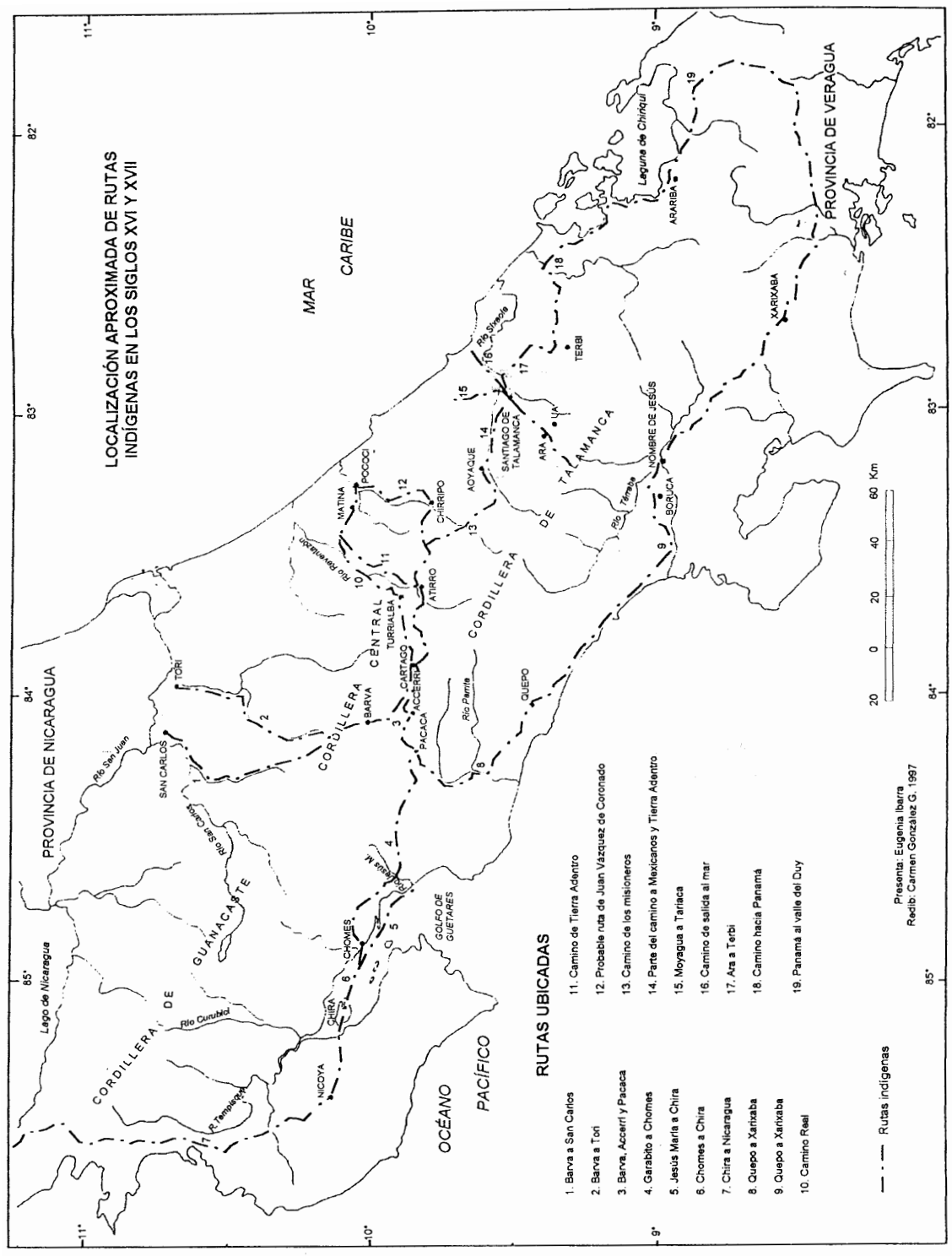
Las élites de Nicaragua, al igual que otras élites en diversas zonas, buscaron participar activamente en los sistemas macroregionales y utilizar estos sistemas para obtener bienes que les facilitara legitimar su poder político. Esto no fue el resultado de un proceso de adaptación de un sistema que se complejizaba, por medio de especialización o de diferenciación. Más bien, fue el producto de la acción humana en el contexto de procesos macroregionales.

Infraestructura vial del intercambio

Hemos identificado varias rutas que unían tanto el territorio panameño con el de Costa Rica y Nicaragua, por las que circulaban diferentes tipos de productos. En realidad, el territorio completo de la actual Costa Rica se encontraba atravesado por rutas terrestres que lo unían de mar a mar y con regiones de la actual Panamá y Nicaragua (Ibarra 1990: 112–116).

Esta infraestructura de caminos indígenas fue utilizada en muchos casos y durante largos periodos en épocas de la colonia y hasta más recientemente. Por ellos pasaron primero los indígenas, por rutas como estas, relativamente angostas, cubiertas de vegetación y pantanosas en épocas de invierno. Lógicamente, en un momento determinado el paso del español por ellos requirió de "abrirlos," o sea, de limpiar la vegetación y hacerlos más anchos, para que por ellos pudieran transitar bestias cargadas, como mínimo. Un ejemplo de la transformación de camino indígena en camino de españoles se encuentra en el Camino de Mulas que unía Costa Rica con Panamá, y que fue "abierto" en 1662 por Gonzalo Vázquez de Coronado:

"...este testigo sabe que el Adelantado D. Gonzalo Vázquez de Coronado, con muchos vecinos de esta provincia, fue a abrir el camino que hoy llaman de las Mulas y que lo abrió a su costa y de dichos vecinos, y que tardó en abrirlo mucho tiempo por los muchos cerros, ríos y montañas que en él hay y porque se detuvo también en pacificar los Borucas y Cotos


LOCALIZACIÓN APROXIMADA DE RUTAS
INDÍGENAS EN LOS SIGLOS XVI Y XVII
PROVINCIA DE NICARAGUA
PROVINCIA DE VERAGUA
MAR CARIBE
OCÉANO PACÍFICO
Lago de Nicaragua
Río San Juan
Río Sarapiquí
Río Sixaola
Laguna de Chiriquí
CORDILLERA DE GUANACASTE
CORDILLERA CENTRAL
CORDILLERA DE TALAMANCA
Río Tempisque
Río Curubicí
Río San Carlos
Río Pirrís
Río Parrita
Río Térraba
GOLFO DE GUETARES
SAN CARLOS
TORI
BARVA
CARTAGO
ACERRÍ
PACACA
QUEPO
TURRIALBA
ATIRRO
MATINA
POCOCÍ
CHIRRIPO
AGUAQUE
SANTIAGO DE TALAMANCA
ARA
TERBI
NOMBRE DE JESÚS
BORUCA
ARARIBA
XARIXABA
NICOYA
CHIRA
CHOMES
RUTAS UBICADAS
1. Barva a San Carlos
2. Barva a Tori
3. Barva, Acerrí y Pacaca
4. Garabito a Chomes
5. Jesús María a Chira
6. Chomes a Chira
7. Chira a Nicaragua
8. Quepo a Xarixaba
9. Quepo a Xarixaba
10. Camino Real
11. Camino de Tierra Adentro
12. Probable ruta de Juan Vázquez de Coronado
13. Camino de los misioneros
14. Parte del camino a Mexicanos y Tierra Adentro
15. Moyagua a Tariaca
16. Camino de salida al mar
17. Ara a Terbi
18. Camino hacia Panamá
19. Panamá al valle del Duy
Rutas indígenas
Presenta: Eugenia Ibarra
Redib: Carmen González G. 1997
20 0 20 40 60 Km

que están en dicho camino, *y que desde entonces está tratable y que es de grande utilidad y provecho a todos estos reinos por la comunicación que por él hay..."* (CDHCR Tomo VII: 259, 267). (Subrayado nuestro.)

Gonzalo Fernández de Oviedo aclara ese aspecto de "abrir" caminos, cuando comenta que la ruta de Nombre de Dios a Panamá era bastante difícil y pantanosa y se transitaba con mucho problema. Agrega que él la recorrió personalmente en dos ocasiones, antes de que la abrieran para que pudiesen andar caballos (Fernández de Oviedo 1959 Tomo III: 331). Estas observaciones tienen el objetivo de señalar la frecuencia de que tales acciones se hubieran realizado por los conquistadores en muchas otras áreas del sur de América Central.

Una de las rutas de mayor importancia durante la época precolonial, empleada también para efectos de intercambio, fue la que atravesaba la península de Nicoya y llegaba hasta Nicaragua, bordeando la costa del Pacífico por parajes y riscos cuya belleza aumenta conforme se aproxima a la Nicaragua actual. Este camino en el presente se acicala con la fauna propia de la zona, como monos congos, armadillos, loras, pizotes y pericos, lo que hace pensar que así debió ser en aquellas épocas. Actualmente se conoce como el Camino del Arreo, debido a que en el siglo XIX se arreaba ganado desde Nicaragua a Costa Rica. Por él se transitaba para llegar al Valle Central, pasando por Nicoya; desde la costa se pasaba en canoas o balsas a la isla de Chira y de allí a la costa este del Golfo de Nicoya, desde donde se movilizarían "tierradentreo." Este camino—y esta ruta—, parece ser el que siguieron Gil González Dávila, Pedrarias Dávila, Francisco Hernández de Córdoba y el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, entre otros. Actualmente, en los albores del año 2000, sigue en uso por parte de las haciendas vecinas que lo bordean y otros transeúntes en su paso a Nicaragua. Hoy, igual que ayer, ese camino forma parte de las redes de comunicación con el vecino país del norte.

Redes similares a las que cruzaban Costa Rica en el siglo XVI también atravesaban el territorio colombiano, panameño y nicaragüense hasta Honduras y más allá. Al unir la información recabada por la arqueología y la etnohistoria, encontramos el sur de América Central en el siglo XVI estrechamente vinculado entre sí. La antigüedad de algunas de esas rutas sugiere que desde hace miles de años debieron permitir el paso de seres humanos, animales, pensamientos y noticias de aquí y de más allá.

Suerre y el Desaguadero de la laguna

La región del Desaguadero y de Suerre, así como las islas del Archipiélago de Solentiname en el lago de Nicaragua, desempeñaron un papel fundamental en estas actividades de intercambio. En las seis o siete islas de Solentiname se reporta gente de habla matagalpa y nahua. Dado que los matagalpas ocupaban una importante área de la costa noreste del lago Cocibolca, la navegación por sus aguas y la salida al Desaguadero, pasando por las islas de Solentiname, debió ser frecuente. Los nicarao debieron rivalizar con ellos por ganar acceso a esa ruta. De hecho, existía un enclave nicarao en la costa este del lago, a la altura de Chontales (Ibarra: en prensa (a).

Torquemada reportó un grupo de hablantes de nahua corrupta, como el pipil, cerca

de la boca del Desaguadero. La ausencia de información no permite profundizar más en este dato. Otra información asegura haber encontrado un pueblo pequeño, cuyo cacicque se llamaba Talaleguale, —probablemente nicarao—, en 1544, en los alrededores de esa zona (CDHN Tomo IX: 528,534). No hemos encontrado más mención sobre el asunto, pero la presencia de nicaraos en diversos puntos de Nicaragua y de Panamá hacen pensar que pudieron haberse extendido hasta allí, buscando colocarse en puntos estratégicos para intervenir en las actividades comerciales del sur de América Central.

En conclusión, podemos observar cómo los sutiabas, los nicaraos, los chorotegas y los matagalpas convivían difícilmente en un mundo de serias rivalidades y competencias por dominar territorios productores de una inmensa riqueza, caracterizados por diversos pisos altitudinales. Pueden notarse, a la vez, los serios intentos de cada etnia por defender lo propio. En estas interacciones es posible deslindar los diversos eslabones en las cadenas de intercambio, desde el norte de Honduras hasta Colombia, lo que presentaría un panorama de inmensa actividad humana, expresada en relaciones conflictivas o armoniosas, de intenso trabajo, complementado por una movilización fluvial, marítima y terrestre por las diversas regiones del sur de América Central. A la vez, se pone en evidencia la competitividad de los caciques y sus élites en la búsqueda de conocimientos y otros bienes para un ejercicio efectivo del poder entre los suyos...y entre los vecinos.

Conclusiones

La diversidad etnica y lingüística no interrumpió las actividades de intercambio de la zona. Los cacicazgos del área de Nicaragua, diferentes en varios aspectos de su organziación sociopolítica, también se distinguieron por la presencia de una élite cacical. Se observa también un patrón de asentamiento jerarquizado donde destaca el pueblo del cacique más importante, aunque estuvieron dispuestos sobre el terreno de una manera más lineal, talvez tomando en cuenta la geografía de la costa del Pacífico nicaragüense.

Estos pueblos mesoamericanos supieron insertarse en las actividades de intercambio dominantes en el resto del sur de América Central, para lo que utilizaron sabiamente las rutas antes descubiertas por esos otros pobladores. Diversos tipos de bienes, ideas y conocimientos venían e iban por ellas.

Una de las diferencias más importanes entre esa gente y sus vecinos del sur es que ellos tuvieron sitios más estructurados, especiales para intercambiar: los mercados o *tianguiz*. Las mujeres controlaban las transacciones y existían serias regulaciones en cuanto al acceso de forasteros a ellos.

No obstante las evidentes diferencias socio-históricas, estos pueblos complementaban las actividades del intercambio en el sur de América Central de diversas maneras.

[1] Observación realizada por la autora en octubre de 1997, en León.

VI

Cacicazgos en movimiento

"Toma esto y dame lo otro," así describía Girolamo Benzoni la dinámica del intercambio entre indígenas que observó en Cartagena de Indias (Benzoni 1989: 176). Lo que ignoraba era la profundidad que se encerraba en ese toma y daca, como la esencia de los más profundos principios de la vida indígena, orientadores de sus acciones. El principio de reciprocidad, fuente de interacciones entre los pueblos indígenas, quedó preso entre las palabras de Benzoni.

En estas páginas analizaremos los cacicazgos del sur de América Central en movimiento, en la guerra y en la paz, observándolos en sus interacciones entre sí y con otros. Discutiremos el papel del intercambio en ambas ocasiones. Plantearemos algunos de los resultados principales logrados acerca de tan importante actividad, tomando en cuenta su relación con la organización sociopolítica del cacicazgo en el sur de América Central.

El cacicazgo en el sur de América Central

Es oportuno hacer algunas reflexiones al respecto del tema de cacicazgos o chiefdoms tratado en el capítulo primero de esta obra. El análisis realizado con base en fuentes documentales demuestra que la etnohistoria puede lograr reconstrucciones dinámicas de los cacicazgos del sur de América Central en el siglo XVI. Permite, además, puntualizar las particularidades del funcionamiento de los cacicazgos de la zona en general, a la vez que señala particularidades étnico-culturales de algunos de ellos. Del campo "empírico," del contenido de las fuentes documentales, han salido los datos que nutren y ayudan a reconstruir el concepto de cacicazgo de esta área.

Si contrastamos nuestros resultados con los criterios que presentan Creamer y Haas (1984) y Snarskis (1992) para reconocer un cacicazgo en el campo, observamos que en nuestro análisis se encuentran la mayoría de los rasgos que indican. Sin embargo, es de la mayor importancia señalar que la manera como se expresan esos rasgos en los cacicazgos va a estar condicionada por el medio natural donde la geografía y la ecología tienen gran importancia; por las relaciones socio-históricas, por los bagajes étnico-culturales de cada uno, y por las interacciones con otros cacicazgos y pueblos, en las que se incluyen las relaciones interétnicas, entre otras variables. Esos rasgos, estructurales y dinámicos, son algunos de los responsables de las *particularidades* observadas, fuente de la definción de los cacicazgos del sur de América Central.

Desde el norte de Colombia hasta Nicaragua, la densidad de la población indígena del sur de América Central a la llegada de los españoles, estuvo distribuida, con diferentes matices de concentración, de la siguiente manera: en los territorios de Panamá y de Colombia se concentró el mayor número de habitantes, seguido del de Nicaragua y de último, el de Costa Rica. En Nicaragua enfatizamos la zona del Pacífico, que sumaría 600.000 habitantes. Si se considerara todo su territorio, la cifra sería de 1.6 millones, de los que un 75% estaría

en la zona del Pacífico (Newson 1986: 88). Panamá y Colombia siguen siendo las zonas de mayor densidad poblacional, seguida por la costa del Pacífico de Nicaragua para finalizar con todo el territorio de Costa Rica.

A la llegada de los españoles, en Panamá la mayor densidad poblacional parece haberse concentrado en la costa del Pacífico, y en Costa Rica, en el Valle Central, la costa del Pacífico y la zona de Talamanca. Estas observaciones no implican áreas vacías, o sin ocupación humana, en las áreas no mencionadas, por ejemplo, en algunas zonas de los litorales del Caribe de Panamá, Costa Rica y Nicaragua. Solamente que la población no se describe en las fuentes como muy numerosa, aunque las interacciones entre los habitantes de ambas costas es indudable, talvez con la excepción del Caribe nicaragüense. Además, algunas de las acciones más importantes o destacadas del proceso de conquista se dieron en la costa del Pacífico en el sur de América Central. Por ejemplo, en Panamá, en la península de Azuero, en el Golfo de Nicoya y en la costa Pacífica de Nicaragua.

El carácter ístmico de la región, especialmente a partir del Darién hasta la provincia de Guanacaste en Costa Rica, incluyendo la total extensión del río San Juan, permitía el acceso a ambas costas por diversas rutas, marítimas, fluviales y terrestres. Las cordilleras y los sistemas montañosos tampoco representaron en esta área ningún obstáculo serio para atravesar el territorio de lado a lado en pocos días. Tales características contribuyen a aclarar la existencia de las amplias redes de intercambio que vinculaban todo el territorio investigado.

Sus habitantes se organizaron dentro de un sistema en el que, no obstante las distancias entre ellos,—a veces de pocos kilómetros entre unas y otras etnias—, el multilingüismo, la variedad de ambientes ecológicos y la plurietnicidad, podían comunicarse entre sí a cortas y a largas distancias por medio de un vehículo en común: el lenguaje del intercambio.

Reconstruidas las rutas y señalada la diversa riqueza de cada cacicazgo en cuanto a densidad poblacional y a recursos disponibles, encontramos que los cacicazgos más poderosos fueron los que se situaron estratégicamente cerca de las mayores rutas principales, lugares donde confluían vías de acceso formadas por ríos, caminos terrestres y zonas costeras aptas para la navegación. Así, los cacicazgos tairona en Colombia, los cuna del Golfo de Urabá, los cueva/chocó de Panamá y la península de Azuero, los guaymíes, los borucas, los huetares, los talamancas, el cacicazgo de Nicoya (chorotega) y el de Nicarao, pueden señalarse entre los más poderosos. En comparación con los anteriores, de menor importancia podemos señalar a los dorasques, teribes, botos y matagalpas. Entre los principales, algunos podrían identificarse como señoríos, ya que incluían a otros cacicazgos menores entre sus dominios los que también podían variar en importancia, algunos ejemplos son los cueva/chocó, los guaymíes y los huetares. En estos casos, se han encontrado relaciones de parentesco entre los caciques menores, quienes, por lo general, eran hermanos de los caciques mayores.

Aunque las fuentes apenas esbozan el parentesco entre caciques, podemos observar que son las élites cacicales las que buscan establecer relaciones matrimoniales entre sí, pues las fuentes a esas son las que se refieren. Tales relaciones interesaban por la posibilidad que ofrecían a los caciques de de obtener más control y dominio sobre el territorio cacical, y más posibilidades de obtener conocimientos. No quedan totalmente claros los mecanismo cómo se efectuaban estos intercambios de mujeres, pero sin duda la organización clánica

tuvo un papel principal, por lo menos entre dorasques, talamancas y huetares. De esta manera, parentesco y política también iban unidos en la organización sociopolítica del sur de América Central, dinamizando las interacciones.

El acceso a variados recursos era uno de los principales intereses de los cacicazgos de la época, tanto como producto de una explotación vertical de pisos ecológicos en la mayoría de ellos, como por medio del intercambio. Pero también, era esencial la obtención de ciertos bienes. Por tal motivo, estar situado cerca de un centro de confluencia de rutas marítimas, terrestres y fluviales era de la mayor importancia y, a la vez, podría ser motivo de competencia. Por ejemplo, el cacicazgo de Boruca: el río Térraba, la costa del Pacífico y el paso del camino hacia el norte y hacia el sur. Además, se encontraba a las puertas de la península de Osa, la región aurífera más importante de Costa Rica, que aunque estaba bajo el control del cacicazgo de couto estaba en sus vecindades. Al estar así situados, obtenían la ventaja de encontrarse "entre los primeros" en obtener recursos e informaciones provenientes de lugares distantes y cercanos, de contar con la opción de adquirir un mayor número de bienes, de los que algunos podían ser tremendamente valiosos por escasos y raros. Además, tenían la enorme ventaja de enterarse de noticias de otras partes de primero, talvez antes que otros cacicazgos y pueblos menores de tierradentro, lo que les facilitaría la planificación de sus actividades cotidianas y también defensivas. Estos bienes y conocimientos así logrados representaban la riqueza y el poder, por lo que le eran útiles al cacique para desempeñar sus funciones de manera eficaz.

Estas ideas se refuerzan al considerar que en el período de la conquista, eran aventajados aquellos cacicazgos cercanos a ciudades españolas, esto debido a la ventaja que tenían para obtener las hachas, los cuchillos, las agujas, las tijeras, entre otros bienes. La competencia entre ellos por el logro de estos bienes se desprende con claridad de las fuentes, como se documentó para los dorasques. En épocas prehispánicas es muy probable que la misma competencia se diera, pero sería por estar cerca de los cacicazgos más poderosos, o por tener acceso a esos recursos, lo que implicaría interacciones interesadas hacia crear o mantener relaciones convenientes con ellos. Las élites poderosas los podían proveer de importantes bienes y conocimientos que les servirían luego para re-circularlos y así construir y equilibrar sus propias relaciones internamente y con otros vecinos.

Hay que tomar en cuenta que en el mundo de las ideas indígenas de la época, el poder de los caciques, en términos generales, se encontraba asociado con poderes sobrenaturales, lo que causaba temor, podríamos decir miedo, a sus súbditos. Esto nos conduce a analizar las interacciones que podían establecerse entre ellos, a nivel local y extra-local, inclusive regional. Si el poder de un cacique era reconocido intra e inter-cacicalmente, habría que tener especial cuidado en el tipo de relaciones que se establecieran con él. Esto, a la vez, fortalecía su poder político, pues al ser temido y respetado podría tener un espectro de acción más amplio en cuanto al establecimiento de relaciones con otros cacicazgos. Así, el miedo pudo desempeñar un papel de peso en el tipo de interacciones que se establecieron entre los caciques en el siglo XVI. Esto es válido también para el establecimiento de alianzas.

En muchas oportunidades las fuentes documentales permiten visualizar actividades de alianzas entre diversas poblaciones, inclusive interétnicas, como el caso de los cébacas

con los cotos. Además de la reciprocidad que nutre las actividades del intercambio, creemos que, en muchas ocasiones, el miedo debió motivar a algunos a aliarse con otros, más poderosos talvez. ¿Miedo a qué? En primera instancia, a represalias de diverso orden, que incidirían en el mundo y las personas por medio de acciones con lo sobrenatural. En el mundo de lo natural, nuestro mundo, la venganza podría expresarse en guerras, robos de parientes, muerte de animales domésticos, incendios y pillajes, entre otros. La represalia podría expresarse también por medio de las pestes, las malas cosechas, las picaduras de serpientes, las inundaciones, las enfermedades y otras desgracias. Así, todo indica que en el siglo XVI, en los cacicazgos el miedo y el poder mantenían un estrecho vínculo.

Pero pensamos que originar este miedo, ese temor, también debió ser algo deseado o buscado por miembros de las élites cacicales. Y solo podrían obtener esa arma si poseían los suficientes conocimientos, esotéricos y de otra naturaleza, que les permitieran alcanzar ese respetable status. Este aspecto hace que comprendamos mejor la dinámica de los cacicazgos de la región: obtener una categoría de persona sabia, con la capacidad de emplear tal sabiduría para el bien o para el mal, era algo deseable. De allí que es posible que se generaran serias rivalidades y conflictos entre los cacicazgos para lograr competir con los más poderosos. He aquí una de las probables razones que motivaban a frecuentes guerras entre ellos: la competitividad, pero no solo por recursos materiales, como control sobre rutas, oro y territorios, sino los intangibles, por aquella peligrosa sabiduría que solo manejaban unos cuantos.

Los caciques

En el sur de América Central, la figura de un cacique mayor parece haber existido en todos los cacicazgos estudiados: los borucas, los huetares, los guaymíes, los dorasques y los nicaraos. Las diferencias lingüísticas hace que se nombren en las fuentes de manera diferente. También es constante la presencia de una élite cacical compuesta por caciques menores gradados de acuerdo con el rango, en cuanto a su cercanía o lejanía del cacique mayor. Eran reconocidos con distintos nombres según las lenguas. Por ejemplo, los *cabras* cueva/chocó, los *ybux* y *taques* huetares. Es notable que, en el caso de los dorasques, para referirse a uno de estos caciques, Fray Adrián de Santo Tomás habla de “caciques cabras,” y de un “cabra doraz,” expresiones en las que emplea un vocablo cueva/chocó para calificar el rango de caciques menores (Fray Adrián de Santo Tomás: 1908: 114,116,117).

Los caciques mayores se distinguían por descender de linajes principales. A la vez, por su vestuario y adornos especiales en épocas de guerra, como por su comportamiento y sus conocimientos, por un tipo diferenciado de vivienda y por ciertas prerogativas, como el acceso a ciertos bienes, posesión de prisioneros de guerra, numerosas mujeres y un trato especial por parte de sus súbditos. Entre algunos se señala su dominio sobre algunos cotos de pesca o caza, los que visitaban en algunas ocasiones, talvez estacionalmente de acuerdo con las migraciones de algunas especies de fauna: tortugas verdes, robalos y sábalos en las costas del Caribe. O el paso de aves de lindo plumaje atravesando la región hacia tierras más cálidas. Se reportan cotos de caza y pesca para el cacique entre los huetares y los cueva/chocó. No hay que descartar que más que sitios y salidas para pesca o caza recreativas, como parecen sugerir las fuentes, tales visitas pudieron implicar el desarrollo de importantes

rituales y ceremonias asociadas con la fertilidad y la abundancia, tratando de asegurarse éxitos en esos aspectos durante periodos determinados.

Hemos encontrado que en algunas regiones, en las que se refiere la presencia de los cueva-chocó, el cacique utilizaba lo que los españoles llaman "armaduras de oro," refiriéndose a una especie de armadura que los cubría. Es el caso del cacique Pocorosa, quien fue enterrado vestido con esa armadura, y el del cacique de la isla del Cabo. Hacemos la observación de que la balsa descrita por Fernández de Oviedo en 1526, proveniente desde una dirección sur, hacia Ecuador, traía armaduras de piernas y petos de oro. Dado que uno de los sitios descritos en el que los caciques poseían estas armaduras es una isla en el Pacífico, cabe preguntarse si estos objetos se obtendrían también por intercambio en las costas e islas del Pacífico de Panamá, y si de allí circularían hacia el Caribe.

Otra distinción cacical se observa en el hecho de que en algunos casos, como entre los cueva/chocó, en Chepo en el Panamá central, en Tubanamá, en la costa del Caribe y en la Isla de Cabo en el Pacífico, cerca de Coiba, el cacique era transportado en hamacas. En La Española, era llevado de los brazos por súbditos. Esta costumbre no se describe de igual manera entre otras etnias.

La herencia del cargo de cacique variaba de etnia en etnia. Entre los cueva/chocó, era de padre a hijo preferiblemente, entre los dorasques, heredaban los sobrinos, entre los talamancas, también heredaban los sobrinos, así como entre los chibchas y los muiscas de Colombia. No hay claridad en cuanto a los cunas y a los guaymíes. Entre los chorotega y los nicarao la herencia del cargo era más bien por vía paterna. Encontramos, pues, diversidad cultural representada.

Otra importante aspecto es que no hallamos evidencia de que se le pagara tributo obligatorio al cacique. Más bien, se le hacían servicios, se le construían sus viviendas, se le sembraban sus tierras y se le obsequiaban las primicias de las cosechas. Pascual de Andagoya lo señala claramente al describir a los cueva/chocó. En general, a cambio el cacique les daba comida y bebida a quienes le servían. Esta característica se observa también entre los huetares, los dorasques, los borucas, los guaymíes, los bribris y los cabécares.

Se rodeaban de sus mujeres y familiares más cercanos, pero también tenían a su lado a fieles sirvientes, quienes hacían las veces de espías y tenían el deber de informarle de lo que sucedía en otras partes. Los caciques controlaban verdaderas redes de espionaje. Así, en la paz y en la guerra siempre tenían la oportunidad de conocer el desarrollo de acontecimientos lejanos y más cercanos. Ello les permitiría actuar rápidamente en la competencia por "llegar de primero." Ello aumentaría y consolidaría su poder.

Patrones de asentamiento

El patrón de asentamiento se perfila en todos los casos, incluyendo la costa del Pacífico de Nicaragua, de manera dispersa. No se describen centros con altas concentraciones poblacionales tipo urbes ni enormes estructuras monumentales. Más bien, parecen haberse dispuesto sobre el terreno de una manera en la que fuera relativamente sencillo dominar a los súbditos mientras que se explotaban y aprovechaban los diversos recursos disponibles en variados nichos ecológicos. En Nicaragua, el terreno plano, regular, cerca de los lagos propició una distribución más bien lineal, contrastando con la del resto del sur de América

Central, donde las montañas no permitirían una distribución así a los diversos pueblos que conformaban los cacicazgos.

Los caciques debieron habitar en zonas protegidas, que les permitiera resguardarse de sus enemigos. También requerían de sitios montañosos, con cuevas o "refugios" naturales que les posibilitara realizar sus rituales y comunicaciones con el más allá. Necesitaban recluirse ocasionalmente, o reunirse con sus homólogos, lo que harían en sitios secretos, especiales, protegidos. El cacique mayor del señorío del Guarco, Fernando Correque, a la llegada de los españoles se refugió en un sitio montañoso, protegido por el cañón del río Reventazón. En la actualidad en esa población, Tucurrique, sus habitantes guardan en la memoria colectiva reminiscencias de la magia cacical de este personaje, como parte de un pasado indígena que reconocen.

Es claro que entre los cacicazgos del sur de América Central, la preferencia de control y distribución espacial trataba de abarcar los más variados recursos, lo que implicaría un patrón de microverticalidad. Observamos este patrón entre los tairona de Colombia, los cueva/chocó del Panamá central, los guaymíes, los talamancas, los borucas, los huetares y, si nuestra hipótesis es correcta, se observó alguna vez entre los matagalpas del norte de Nicaragua. Las sendas y caminillos y las redes de ríos facilitaban las tareas del cacique, vinculando todos sus dominios entre sí. Es interesante observar que en general, se prefería buscar una salida hacia el mar, ya estuvieran asentados en el lado del Pacífico o del Caribe. Ello implicaba acceso a recursos particulares, a rutas de intercambio, a viajeros y a conocimientos de más allá.

John V. Murra (1995: 61) señala un patrón similar de verticalidad entre algunas etnias andinas, como los lupaca, donde el interés principal de un grupo étnico estaría en obtener acceso simultáneo a la variada productividad de micro-climas, desde la costa hasta la puna. Para ello se valían de lazos de parentesco, acciones militares y controles ideológicos. Ello sugiere una similitud en ese aspecto entre los cacicazgos del sur de América Central con algunos pueblos andinos.

Patrones dispersos y "centralización"

Ante el predominio de un patrón de asentamiento disperso, ¿cómo entender la "centralización" en esta región? ¿Podemos hablar de en los cacicazgos del sur de América Central? Pensamos que sí, según indican los datos, aunque pareciera expresarse de manera particular y diversa según la etnia. Por ejemplo, puede percibirse de distinta manera en el cacicazgo del Guarco, en los cueva/chocó, en los nicaraos y los chorotegas, en el primer ejemplo, existía un pueblo principal donde habitaba el cacique mayor. Los otros pueblos que conformaban el cacicazgo estaban jerarquizados de acuerdo con el grado de parentesco con el cacique (Ibarra 1990: 72). Su sitio de habitación era considerado central o cabecera, según afirmaran sus mismos súbditos. Hasta allí fluían bienes de los pueblos de su cacicazgo. Por otra parte, nicaraos y chorotegas, aunque aparentemente adoptaron algunos rasgos sociopoliticos de los vecinos que invadieron, alinearon sus asentamientos, talvez siguiendo la línea de la costa del Pacífico, en un patrón de plazas principales y secundarias. El centro se encontraba en las plazas principales, lugares de habitación de los caciques principales. El caso de los cueva/chocó indica otro tipo de asentamiento: sus cacicazgos estaban diseminados

por el territorio, de lado a lado de las costas. Sin embargo, aunque la información no permita conocer cuál era la principal, todo indica que unos cacicazgos sobresalieron sobre otros, jerarquizando la "dispersión" y sugiriendo uno principal, o central; Pocorosa es un ejemplo.

El rango del cacique, sus conocimientos, su habilidad en la guerra y sus artes para obtener lo mejor posible por medio del intercambio, le otorgaban prestigio que a la vez consolidaba su poderío y reconocimiento. En una situación así, no es difícil concluir que la "centralización" se podía expresar, en algunos momentos, por medio de la capacidad de organizar guerreros y guerras en tiempo breve. Sus súbditos sabían de antemano cómo funcionaba el poder, cuándo se lograban reconocimientos y cuándo había llamados que venían de la figura central del cacique. No era difícil para un cacique enviar mensajes por sus dominios en un plazo relativamente breve.

Otra manera en la que se podía expresar la "centralización" era por medio de una eficiente organización para el desarrollo de fiestas, ceremonias, ferias y contrataciones. Adónde, quiénes, cuándo, cómo, eran todas respuestas que daba el cacique, ayudado por consejeros y apoyado en la época del año, en las condiciones climáticas y en la buena voluntad de los seres sobrenaturales, propiciada y buscada por los especialistas religiosos. Lo mismo ocurría en cuanto a la guerra. Como discutiremos a continuación, las ferias y las guerras requerían de tiempo para efectuar los preparativos, entre los que se incluía alimentación y bienes, pues duraban varios días. En ambas ocasiones se requería de una eficiente organización, emanada de un centro principal que auspiciara ambas actividades, tanto en lo material como en lo no material.

Redistribución

¿Cómo daba el cacique reconocimiento a sus caciques menores? ¿Había redistribución de bienes? ¿Hemos de considerar la redistribución como una constante en el sur de América Central? Es muy raro encontrar acciones precisas de redistribución en la zona, entendida esta a partir de un cacique que centralice recursos para luego redistribuirlos entre sus súbditos. Por otra parte, hemos identificado una manera que podría haber sido una forma de reconocimiento por parte del cacique principal. Allá, entre los cuna del Golfo de Urabá, fue el cacique mayor Ebecabá quien enviaba emisarios a llamar a los diferentes caciques deTierradentro para que vinieran a intercambiar, eso sí, **después** de que él había sido el primero en “negociar” los bienes más valiosos. Nuevamente se observa la conveniencia de **ser el primero** en tener acceso a recursos, regalos y conocimientos. El llamado a los otros caciques no tiene visos de haber sido al azar, sino que Ebecabá parece haberlo hecho de acuerdo con la importancia del cacique. Esta importancia estaba fundamentada en el tipo de relación que mantuvieran con Ebecabá: aliados y amigos podían ser llamados de primero. A la vez, esta oportunidad le servía políticamente, para dar prioridad a aquellos con quienes quisiera congraciarse, en una acción cuidadosamente pensada. Esta sería otra manera de fortalecer su poder. Al mismo tiempo, los nuevos bienes adquiridos los podría emplear a su discreción, hasta en otra oportunidad, lo que implicaría acciones en las que intervendría el delicado juego de la política. Así, en la redistribución pudieron desempeñar un papel importante los bienes intangibles, como la atención del cacique en señaladas situaciones.

No hallamos descripciones de despensas o de construcciones especiales para el

almacenamiento de víveres con objetivos de redistribución de bienes o de objetos en la vida cotidiana. En dos ocasiones, en Panamá, en situación de guerra, sin embargo, sí hay evidencia de cierto almacenamiento de provisiones; es el caso de Comogre y de Natá. Se habla de una acumulación de víveres suficientes para durar hasta por cuatro meses, intencionada para los guerreros que venían de lejos. A estos se les daba hospedaje y, lógicamente, debían alimentarse, por lo que había carne seca, ahumada, de venado y puerco, pescado seco, chicha, harina de maíz, hierbas, maíz, yuca, chiles y frutas (Redmond 1994: 40, 41). Si analizamos el listado, con la excepción de los alimentos secos o ahumados, el resto de los víveres se podía descomponer fácilmente, pues la humedad no ayudaría a su conservación. Pudieron haber sido llevados allí en periodos más cercanos a la llegada de los guerreros aliados, pero no con mucha anticipación. El tipo de trabajo relacionado con la preparación de algunas provisiones, como el ahumado de la carne, el secado del pescado y la preparación de la chicha conformaba parte de las actividades cotidianas de todas las familias. Por lo que concentrarlos en un momento determinado en una especie de despensa no debe haber requerido de mayores esfuerzos.

Estas provisiones podrían ser el producto de ocupaciones diarias de hombres y de mujeres, provenientes de diferentes zonas ecológicas del cacicazgo, quienes, en sus propias viviendas, destinaban un sitio, probablemente sobre el fogón, para preparar y colgar la carne ahumada. Ello implicaría la autosuficiencia de las familias que componían los cacicazgos, lo que parece ser evidente. Además esto evidencia cierto excedente que podía reunirse por órdenes del cacique para ocasiones especiales como en las ferias, las fiestas o las guerras. Ello permitiría alimentar guerreros provenientes de zonas más lejanas, o invitados a las ferias. En casos de guerra, hay evidencia de que el cacique vencedor repartía las ganancias, o el botín, con los caciques que colaboraron con él (Redmond 1994: 46). En casos de ferias y contrataciones, también pudo desarrollar negociaciones pensadas como las del cacique Ebecabá en el Golfo de Urabá. En estos casos, más parecen acciones de intercambio que de una redistribución formalizada.

Una importante parte de la redistribución de bienes del cacique con sus súbditos, a cambio de lealtad y favores, debió realizarse día a día, de diversas maneras cotidianas y “sencillas.” En ocasiones festivas y especiales, también pudo presentarse con ellos y con otros caciques vecinos o aliados. Refiriéndose a los cueva/chocó, Fernández de Oviedo afirma que según la costumbre, el jefe repartía a todos en el campo, en su casa y asiento todo lo que había de comer, que se le ponía delante, dándole a cada uno lo que le placía (Fernández de Oviedo 1959 Tomo III: 3128). Era, sin duda, otra ocasión en la que podía afianzar o atraer lealtades, al darles "lo que le placía." De manera que esas acciones "espontáneas" también explican la ausencia de enormes despensas, dándole a la redistribución un carácter cotidiano, en el momento de cosechar, como habíamos señalado. Lo que sí se encontraba resguardado en las viviendas de los caciques era oro, por lo que los españoles saqueaban sus casas de primero. No es de extrañar que ellos tuvieran el oro a buen recaudo, dada su utilidad en el establecimiento de interacciones en el sur de América Central y más allá. Y, además, el oro no se descomponía.

La guerra

Las fuentes brindan muchísima información acerca de la maestría cacical en la organización, preparación y desarrollo de las guerras. Existen numerosos datos acerca de las diversas armas utilizadas, los bohíos o las fortalezas con fines defensivos, las tácticas de guerra y otras costumbres relacionadas con esta actividad (Ver Redmond 1994; Helms 1979; Sauer 1984; Ibarra 1990). Muchos investigadores han llamado a estos cacicazgos "guerreros," dejando en los lectores una imagen de continuadas contiendas, lo que ha dado pie para que se describan como "gente belicosa." No compartimos esa opinión, pues los conquistadores, autores de las fuentes documentales, buscaban con intensidad todo aquello que se relacionara con la guerra, pues debían defender sus vidas, para lo que necesitaban medir su poderío militar con el de los enemigos. Así, las fuentes pueden presentar un marcado sesgo al describir esa actividad, lo que puede conducir a creer que estos pueblos solamente a pelear se dedicaban, calificándolos como "cacicazgos guerreros." La guerra se dio, y con frecuencia, pero también debieron presentarse momentos de paz, como claramente lo señala Gaspar de Espinoza en 1516, al afirmar que cuando no están en guerra se dedican intensamente al intercambio (Jopling 1994: 47, 55). Estos momentos de paz dieron lugar a otro problema de las fuentes, el que les ganó la calificación de behetrías a los cacicazgos del Area Intermedia, por no estar claramente perfilado el "señor" ante los ojos de los españoles.

Otro aspecto importante de discutir en relación con la guerra es el de los bohíos o fortalezas. En Panamá, en el periodo estudiado un bohío o un palenque se equipara a una fortaleza, parecida a la de Coctu en el Pacífico Sur de Costa Rica: enormes palisadas de madera de pejibaye con sus espinas, un caño entre palisada y palisada, toda una congregación de hombres, mujeres y niños viviendo en él, las armas a mano, entre otras características. En la península de Azuero, cerca del río Santa María, había otro enorme palenque, cuya descripción es muy parecida a la de Coctu. En una de las islas del Pacífico panameño se describe otro. Es probable que estos asentamientos fuesen temporales, para habitar en caso de guerra. En esas ocasiones, el pueblo se abandonaba mientras buscaba refugio en una estructura más segura (Redmond 1994: 45, 46). Esta observación complica la reconstrucción de los patrones de asentamiento con base en fuentes documentales, así como la investigación del azote de epidemias del viejo mundo antes de la llegada de los españoles. Muchas veces se describen pueblos desocupados pero no sabemos si estaba la gente resguardada en otra parte por guerras entre sí, o si de verdad estaba desolado porque los enemigos los mataron a todos, o ¡si huyeron por la sola presencia de la llegada de los españoles!

Sin duda hubo momentos de paz, como dijimos, pero la competitividad por recursos y conocimientos, aunado a la defensa de los territorios, fue una constante en todo el sur de América Central. Sabemos que se agudizaron las guerras con la presencia de los españoles; lo que ignoramos es a partir de qué momento se afectaron unas regiones más que otras. Las crisis que ocasionó la presión territorial sobre los indígenas con el avance de la conquista está clara, como parece haberse presentado entre los cacicazgos comprendidos entre Panamá y Costa Rica durante la segunda mitad del siglo XVI.

Es importante comentar que durante los periodos de guerra encontramos a los cacicazgos ocupados en obtener la mayor cantidad de prisioneros de guerra. Así, durante

esos episodios bélicos, un bien importante estaría representado por humanos. Se buscaban especialmente quienes fueran miembros de élites cacicales, incluyendo mujeres, de manera que sirvieran como rehenes para lograr el cumplimiento de intereses o demandas particulares. Es también en estas ocasiones cuando las alianzas debieron encontrar terreno fértil, con el objetivo de recuperar a sus seres queridos, aunque hubiera mediado el miedo en su conformación.

En síntesis, a pesar de las diferencias que se manifiestan entre los cacicazgos del Sur de América Central, existieron ciertas regularidades en su funcionamiento, comprendidas por todos los miembros de la región. Era una especie de lenguaje común, entendido por todos, a pesar de la multietnicidad y el multilingüismo. Las faltas castigadas en este delicado tejido de transacciones eran conocidas por todos. En mayor o menor grado, con más o menos intensidad, el funcionamiento de un cacicazgo dependía principalmente de la habilidad organizadora, centralizadora, del cacique, quien debía constantemente reforzar su poder por medio de diversos mecanismos que le ayudarían a consolidar su poderío y su territorio. Debía mantener satsifechos y complacidos a los dirigentes de otros pueblos menores o cacicazgos menores, cuyos jefes eran miembros todos de la élite cacical. El intercambio bien organizado era uno de estos mecanismos.

Ferias y mercados

Tenían razón los informantes indígenas que a Cristóbal Colón le aseguraron en 1502 que desde Cariay hacia el sur la gente negociaba en ferias y contrataciones. Hemos hallado información al respecto entre los tairona, los cueva/chocó, los guaymíes, y los dorasques. Es de suponer que también se realizaran en otras áreas para las que no disponemos de documentación específica como la de los bribris, los cabécares y los huetares.

Encontramos ferias descritas entre los guaymíes. Además de las ferias, uno de los ejemplos más claros de intercambio a nivel más localizado lo encontramos entre los dorasques y los zuríes. En este caso, se ponían de acuerdo de antemano para la reunión. Preparaban achiote, mantas y diversas resinas, entre otros. Llegado el día, se iban al "río que divide las dos provincias" y rescataban libremente. Pareciera que entre los dorasques también se efectuaban juegos entre los participantes. Aquí los actores eran dos clanes vecinos los que intercambiaban, provenientes de diferentes pisos altitudinales y entre las que existe evidencia de intercambio matrimonial de mujeres. Ello indica que el intercambio entre miembros de los cacicazgos no tenía que ser siempre una gran fiesta con muchas etnias, sino que se desarrollaba también entre miembros de diferentes unidades de la organización social, como los clanes en este caso.

La documentación evidencia contactos interétnicos en actividades de intercambio, como entre los huetares y los chorotegas y en las islas y costas de la Bahía de Zorobaró. En esos casos, no eran enormes cantidades de gente las involucradas, parece haber sido algo un poco más restringido. Es importante señalar que en el caso de esas etnias, como lo demuestra el ejemplo en la Bahía de Zorobaró, cada una tenía su lugar especificado al que debía llegar, y no a otro, lo que sugiere la presencia de fronteras étnicas.

Entre los pueblos de Nicaragua y Nicoya los mercados y tianguez se realizaban de manera permanente, donde los bienes se llevaban a ese señalado lugar en cada pueblo.

Habría una diferencia con el resto de la región en estudio, pues los mercados ya tenían un sitio determinado y los bienes se llevaban allí. Aún así, algunos miembros de estas etnias salían a intercambiar con los huetares, a la usanza de estos últimos, como describen las fuentes. Aunque, como en toda la región, el tipo de bienes estaría en relación directa con la época del año en que se cosecharan.

Los lugares en los que se desarrollaban actividades de intercambio son diversos. Como comentáramos más arriba, entre los más institucionalizados se encuentran las ferias y los mercados en sitios especialmente seleccionados para ello. Pero también destacan las plazas, tanto en Nicoya y Nicaragua como en pueblos del Valle Central de Costa Rica, de la costa del Caribe y de Talamanca. Destacan también putos particulares en ríos, talvez en sus desembocaduras al mar, como lo aclara el caso de los cuna en el Golfo de Urabá. También en las confluencias de unos con otros, toda vez que los ríos parecen demarcar territorios, como sugiere el caso de los dorasques. Otro sitio importante para este tipo de actividades se dio en las islas, en algunos puntos de ellas, talvez los más aptos para atracar fácilmente las canoas.

Aunque no encontramos *ports of trade* al estilo mexicano según lo define Karl Polanyi, sí podemos observar algunos sitios del sur de América Central que en el momento de contacto parecen destacar. Los hemos denominado como sitios de encuentro. Por ejemplo, en el Golfo de Urabá entre Colombia y Panamá, en las islas de Tójar en la Bahía del Almirante, en Talamanca y en la desembocadura del Desaguadero, o río San Juan. Por el lado del Pacífico, en la península de Azuero, en Boruca y en las islas del Golfo de Nicoya.

Estacionalidad y verticalidad

Una variable que debe contemplarse necesariamente para obtener una amplia comprensión de los cacicazgos y del intercambio en el sur de América Central, es la estacionalidad. Por ejemplo, la sal solo se procesaba en los meses de verano, la tortuga verde solo arriba a las costas del Caribe en los meses de agosto a octubre, algunas especies de peces también llegan a la región de Suerre y el Desaguadero en ese mes, y la cosecha de pejibayes es en octubre. Hay evidencia de que en esas ocasiones los indígenas realizaban actividades extraordinarias en procura de esos alimentos, así como en celebración por la abundancia. Por ejemplo, los guaymíes realizaban grandes ferias con motivo de la cosecha del pejibaye. Fernández de Oviedo reporta la entrada de enormes cardúmenes de peces, lisas y mojarras, en el Golfo de Nicoya, los que los indígenas iban a pescar de noche. Todo ello evidencia que los diversos pisos ecológicos podían producir diversos recursos estacionalmente. Así habría una variedad de productos durante todo el año, posibles de ser intercambiados. Estas ocasiones podían ser aprovechadas para las fiestas y las ceremonias.

Hemos observado que los dorasques obtenían bienes de una etnia que luego iban a trocar con otras por otras cosas. Así, la circulación y re-circulación de bienes es evidente. Esto es importante porque se pone de manifiesto el interés que tendrían los caciques por obtener determinados tipos de bienes. El lograrlo para sí, pero además el poderlo negociar con otros, contribuía a desplegar y difundir una imagen de cacique poderoso. Así, la procedencia del bien también desempeñaba un importante papel entre los cacicazgos del sur de América Central. También, del análisis queda claro que, como lo proponen los

arqueólogos, los bienes perecederos viajan cortas distancias mientras que los duraderos, como la cerámica y el oro, cubren mayores distancias, vinculándolas de distintas maneras.

Tipos de bienes

Un estudio acerca de los bienes que intercambiaron los miembros de los cacicazgos en la región permitirá un análisis cualitativo del tipo de productos preferidos en el sur de América Central. A la vez, podremos clasificarlos según su uso. Seguiremos el orden de sur a norte, empezando por la zona costera caribeña de Venezuela.

Productos y bienes del intercambio del siglo XVI

AREA	GRUPO ETNICO	BIENES	CON OTROS	BIENES
Costa del Caribe de Venezuela	buredes*	sal	buredes	oro
	caonaos*	oro	pacabuy	mantas
	onotos, aliles * (costa)	sal y pescado	bobures y penemos	productos cultivados y oro
Occidente de Venezuela: **Serranía de Mérida y cuenca Lago de Maracaibo**		oro- tumbaga, oro y cobre en bruto, materia prima artefactos líticos y cerámicos	Colombia	
Andes orientales	caquetíos*	materias primas, bienes de recolección, ejemplares de fauna tropical	muiscas	
	caquetíos*	mantas, panes de sal	muiscas	orfebrería
	tarionas*	cerámica	muiscas	
	taironas*	joyería de piedra, concha y oro	Panamá y Costa Rica	
	gente costa del Caribe*	conchas marinas, esmeraldas, telas de algodón y sal	muiscas	
Colombia	gente del litoral*	sal, caracoles, coca, tinturas, pescado	gupos de la cordillera	textiles, oro, objetos líticos
Colombia		cuentas tubulares de jade, pescado, prisioneros de guerra, sal, telas de algodón, pecaríes, orfebrería, esmeraldas	Panamá	

Colombia	taironas (Ciénaga)*	sal	taironas (Sierra Nevada)	productos agrícolas, orfebrería, cerámica y tejidos
Golfo de Urabá	cunas*	prisioneros de guerra,maíz, caracoles, sal, chaquira, puñetes de coral, hamacas, chagualas, patenas, caricuríes, cascabeles	gente del Atrato Dabaibe	puercos, yuca, aves
	caribes*	oro sin fundir	Dabaibe	prisioneros de guerra
Ecuador	*	orfebrería, espejos adornados con plata, mantas de lana y algodón, otros tipos de ropa, sartas y mazos de cuentas rosadas con esmeraldas	Panamá y Colombia	conchas para hacer cuentas coloradas como corales, y blancas
Panamá	cueva/chocó*	sal, orfebrería, perlas, pescado seco, maíz, prisioneros de guerra, mantas, algodón hilado, algodón sin hilar		
	guaymíes*	oro, ropa,		
	dorasques*	mantas, resinas, lanzas, chaquira	zuríes, dolegas, zaritas y guaymíes	
	dorasques*	piezas de oro, patenas de tumbaga	talamanca	

Isla de las Perlas	*	perlas, oro, pescado seco		
Costa Rica	chánguinas y tiribíes **	gargantillas de corales, plumas de colores, abalorios	térrabas	sal y hamacas
	térrabas **	sal y hamacas	talamancas	cañutos de hueso colorado y machetes
	talamancas**	machetes	urinamas	cacao
	talamancas**	dantas, puercos de monte, resinas, chaquiras de concha de ostra	térrabas	orfebrería: águilas, lagartillos, sapos, arañas, patenas, medallas
	térrabas**	mantas de algodón	borucas y texabas	sal, hachas, machetes, perros
	talamancas**	prendas de vestir, chaquiras, abalorios	borucas	herramientas para labores de maíz, flechas
	talamancas**		españoles	hachas, peines, “rescates” y chaquira
	bribris ***		térrabas del Pacífico	tintes vegetales, algodón en ovillo teñido con múrice, caracoles

				de múrice para pitos, cuentas de caracoles
	bribris***	redes y hamacas	tiribíes	
	cavécares ***		gente de la costa del Caribe (Matina)	zarzaparrilla, hule y piel de ciervo
	pueblos del sur*	oro	otros pueblos del sur	
	cotos*	prisioneros de guerra	quepos	
	huetares * (Pacaca, Taribi, Acerrí, Quicot, Cot, Oroci, Abra y Toyocpa)		españoles	chaquira, agujas, lienzos, tijeras, machetes, cuchillos, hachas
	huetares* (Tucurrique)	algodón, mantas, ropa, chayotes, maíz, plátanos, cacao, yuca, pejibayes, caña dulce, zaprzaparrilla	otros pueblos vecinos	redes, petates, hachuelas y cuchillos
	huetares * (Tucurrique)	sal	Barva y Acerrí	
Golfo de Nicoya	de tierra firme a islas* maíz, cera, miel,	piedra, herramientas líticas		
	de islas a costa este del golfo* piedra, cuentas,	algodón, cerámica. artefactos de piedra y concha, perlas		

		sal, telas teñidas, algodón, objetos de concha, orfebrería, cerámica		
	chorotegas*	cerámica	huetares	oro
Nicaragua y Nicoya	*	cerámica	Panamá central	
	*	cerámica	Isla del Caño	
	*	cerámica	zona sur (Diquís)	
	*	piezas de oro, maíz y algodón		
	matagalpas*	tile	tianguez	
tianguez	varias etnias*	tile, prisioneros de guerra, orfebrería, mantas, maíz, pescado, conejos, aves, frijoles, sal, cera miel, cacao, petates, cerámica, alpargates, jícaras pintadas	tianguez	

* Datos del siglo XVI
** Datos de siglo XVII
***Datos del siglo XIX

La información contenida en la tabla brinda una clara imagen de la producción de bienes y la explotación de recursos naturales en que se ocuparon los pobladores del sur de América Central en el siglo XVI. Puede observarse la procedencia de los diversos pisos ecológicos. Los tipos de recursos se pueden clasificar en prisioneros de guerra, materias primas, como la piedra, los caracoles, el oro y el algodón, pigmentos y tintes de caracol; en granos y semillas, como maíz y frijoles; en legumbres y hortalizas, como chayotes y yuca; en hierbas medicinales, como la zarzaparrilla; y en materias primas procesadas, como cueros de venado, cuentas de coral o de conchas, esmeraldas, orfebrería, mantas, tejidas, hamacas redes, flechas y piezas de cerámica. También había en animales tropicales, como la danta, los chanchos de monte, algunos especies de aves y perros. Algunos de los bienes eran utilitarios, como canastos, petates, alpargates y jícaras pintadas. Otros eran producto de la recolección, como la miel y la cera. Es probable que otros productos que se cultivaban o recolectaban también pudieron formar parte de la actividad. No obstante la relativamente escasa información, los resultados obtenidos en cuanto al tipo de bienes intercambiados coincide notablemente con los resultados obtenidos por Carl H. Langebaek en Colombia (Langebaek 1992: 100–161).

Es posible concluir que los productos no perecederos, como el oro y la cerámica, recorrían enormes distancias, inclusive desde Nicaragua hasta Colombia, como comentáramos más arriba. La distribución del oro-tumbaga cubre toda la región, por lo que queda claro cómo se podían transmitían mensajes por medio de su aleación y de sus figuras. El manejo el oro, tanto en su posesión como en su elaboración, estuvo asociado a simbolismos y significados relacionados con élites poderosas. Así, el proceso de transformación de materias primas en otros productos parece explicar parte del valor atribuido al oro y a otros objetos, a la vez que señala relaciones de reciprocidad entre el mundo de los vivos y el de más allá.

Del cuadro es posible desprender el origen de los bienes materiales, especialmente si se trata de materias primas. Ello señala que la verticalidad constituyó un aspecto importante de la explotación de los recursos naturales de la zona estudiada. No es posible interpretar con precisión las relaciones de parentesco entre los miembros de las etnias interactuantes, lo que quedaría como un trabajo a futuro.

También, los prisioneros de guerra eran importantísimos, valiosas “piezas” de canje entre todas las etnias estudiadas. Entre los pueblos de origen mesoamericano, los prisioneros de guerras eran buscados, además, para la realización de sus ceremonias.

Los bienes de subsistencia, como los granos y las semillas, se intercambiaban con gente emparentada, como con los familiares y los amigos vecinos. Esta conclusión coincidiría con la alcanzada por Ana María Falchetti entre los u´wa de Colombia.

Existe un contraste ente los bienes que podían trocar las élites cacicales y los de uso común. Como bienes de élite podríamos colocar a los prisioneros de guerra y cierto tipo de oro. Basta recordar las "vestimentas" de oro, o armaduras que se describen entre los caciques de las islas del Pacífico panameño. También, los conocimientos esotéricos, científicos y religiosos que tenían y obtenían los caciques eran exclusivos de este sector.

Si tomamos en cuenta las diferencias ecológicas, la estacionalidad productiva y las costumbres migratorias de algunas especies de fauna marina y terrestre, encontramos a los

pobladores del sur de América Central ocupados todo el tiempo en diversas actividades, dando dinamismo y movimiento a los cacicazgos. La base material del intercambio se apoyó en la amplia variedad de recursos de la región. La base espiritual y religiosa, en la búsqueda del equilibrio entre el nosotros y los otros, entre esta tierra y el más allá. "Toma esto y dame lo otro," ese fue el concepto medular en la vida de los pobladores del sur de América Central.

Modalidades de intercambio

A manera de resumen, podemos sintetizar las modalidades de intercambio observadas a lo largo de nuestra investigación. Hemos identificado tres mundos con los que se relacionaban los miembros de los cacicazgos, todos vinculados entre sí por medio de las interacciones y la acción humana expresada en actividades de intercambio. El tipo de relaciones deseadas originarían las diversas modalidades de intercambio. Son los mundos del **Nosotros** (incluyendo la naturaleza), el de **Los Otros**, y el de lo **Sobrenatural**. En el caso de establecer relaciones entre los tres, debe mediar la reciprocidad, en el sentido de recibir algo por algo que se da y mantener un equilibrio. Desempeña aquí un papel importante la movilización a larga distancia y a corta distancia, lo que daría, como resultado, parte de la dinámica del movimiento de los cacicazgos.

En el mundo de **Nosotros**, se incluyen las élites cacicales, los miembros de una misma etnia que conforman el cacicazgo. El mundo de **Los Otros** incluye a otras etnias, cercanas y lejanas. El de lo **Sobrenatural** incluye seres míticos, conocimientos esotéricos, curativos, medicinales, control de fuerzas naturales, historias y leyendas relacionadas con esos seres míticos. La vida cotidiana de los cacicazgos se centró en la búsqueda de ese equilibrio que permitiera la vida humana por medio de interacciones entre los tres mundos.

En el control y manejo de todas las interacciones destacan las acciones de las élites cacicales, del cacique mayor, de los religiosos, de los suquias, especialmente entrenados para ello. Con esos objetivos, la adquisición de bienes tangibles, esotéricos, preciosos, son un imperativo, al igual que los bienes intangibles, como el saber. Para ello, movilizarse a larga distancia puede convertirse en algo vital para el cacicazgo. En las interacciones con la naturaleza, actúan tanto los miembros de las élites cacicales como los miembros comunes. Existen reglas claras de reciprocidad, en las que determinadas acciones son requeridas para relacionarse con ella. Lo mismo ocurre en las relaciones con otros seres humanos, tanto miembros de **Nosotros** como de **Los Otros**. Debe aclararse que este tipo de interacciones no necesariamente significan relaciones armoniosas. Lo que sí implican es un manejo muy cuidadoso, bien calculado (Ver Bozzoli 1988: 29).

Los cacicazgos del sur de América Central formaron redes de relaciones en los que la interacción, expresada por medio del intercambio, de guerras, o de matrimonios, entre otros, posibilitó la reproducción de sus sistemas y la consolidación de élites cacicales. Así, en el siglo XVI, los cacicazgos estaban sujetos a cambios, no solamente por razones internas sino también externas.

Llama la atención de que los diversos cacicazgos, con características culturales disímiles e históricamente diversos, como los cueva/chocó y los nicaraos y chorotegas, pudieran entenderse en materia de intercambio y en el significado de algunos elementos. Pensamos

que pudo intervenir en ello intereses geopolíticos, pero también, y en algunos casos, aspectos culturales. Aparte de que algunos de ellos poseían lenguas relacionadas con la familia chibcha, lo que podría explicar hasta cierto punto algunos de los elementos compartidos, hay que recordar que no solamente se piensa de manera similar porque exista un parentesco antiguo entre sí, sino que el contacto continuo de unos con otros, en esa estrecha franja, pudo llevarlos a compartir por lo menos, el lenguaje del intercambio.

Así, el intercambio, la política y la sociedad formaron importantes aliados en el sur de América Central en el siglo XVI.

Bibliografía

Aguilar, Carlos H. **Colección de objetos indígenas de oro del Banco Central**. San José, Depto. de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1967.

Arvelo, Lilliam. "Modelo de poblamiento para la cuenca del Lago de Maracaibo." **Caciques, intercambio y poder: Interacción regional en el Area Intermedia de las América.** Carl H. Langebaek y Felipe Cárdenas Arroyo, compiladores. Bogotá, Universidad de Los Andes, 1996.

Barrantes, Ramiro, P.E. Smouse, H. Mohrenweiser, H.Gershowitz, J. Azofeifa, T. Arias y J.V. Neel. "Microevolution in Lower Central America. Genetic characterization of the Chibcha-speaking groups of Costa Rica and Panama, and a consensus taxonomy based on genetic and linguistic affinity." **American Journal of Human Genetics**, 46: 63–84. 1990

Bonilla, Leidy D., Marlin Calvo y Silvia Salgado. "Interpretaciones preliminares del sitio G-227-Salinas, Bahía Culebra." En Frederick W. Lange y Lynette Norr, **Journal of the Steward Anthropological Society. Prehistoric Settlement Patterns in Costa Rica.** Vol. 14, N° 1 y 2, 1982-1983. Urbana: Steward Anthropological Society: 1986.

Bozzoli de Wille, María Eugenia. **El nacimiento y la muerte entre los bribris**. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1979.

Bozzoli de Wille, María Eugenia. "El simbolismo del intercambio entre los bribris." Documento mimeografiado. Universidad de Costa Rica. 1983.

Bozzoli de Wille, María Eugenia. "Contrasting Views of Nature: the Way Two Costa Rican Cultures have dealth with the Forest." **Advances in Comparative Psychology**. Vol.1. Italy, University of Calabria, 1988.

Bozzoli de Wille, María Eugenia. **Especialistas en la medicina aborigen bribri**. Informe preliminar. Departamento de Antropología. Universidad de Costa Rica, 1982.

Bray, Warwick. "Cruzando el tapón del Darién. Una visión de la arqueología del istmo desde la perspectiva colombiana." **Museo del Oro**. Nº 29. Bogotá: Banco de La República, octubre-diciembre 1990.

Bray, Warwick. "Across the Darien Gap: A Colombian View of Isthimian Archaeolgy." Lange, F. And Stone, D., eds. **The Archaeology of Lower Central America**. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984.

Cárdenas Arroyo, Felipe. "Complex Societies in Preh ispanic Colombia: The Tairona as a Case Study." En Carl H. Langebaek y Felipe Cárdenas Arroyo, eds. **Caciques, intercambio y poder: Interacción regional en el Area Intermedia de las América.** Carl H. Langebaek y Felipe Cárdenas Arroyo, compiladores. Bogotá, Universidad de Los Andes, 1996.

Carmack, Robert M. "La conquista de Mesoamérica desde la perspectiva de una teoría mundial." **Revista de Historia** N° 28. CIH-UNA. Editorial EUNA y Universidad de Costa Rica. Julio-diciembre, 1993 a.

Carmack, Robert M. “Introducción: Centroamérica aborigen en su contexto histórico y geográfico.” **Historia Antigua**. En **Historia General de Centroamérica,** FLACSO, Ediciones Siruela, S.A., 1993 b.

Carmack, Robert M. “Algunas reflexiones sobre la Antropología Histórica de Centroamérica.” Ponencia presentada en el Tercer Congreso Centroamericano de Historia, San José, Costa Rica. Julio de 1996.

Chapman, Ann.. **Los nicarao y los chorotega según las fuentes históricas**. San José, Departamento e Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1960.

Chapman, Anne M.. “Puertos de intercambio en Mesoamérica prehispánica.” En Miguel Acosta Saignes, Miguel León Portilla, Anne M. Chapman y Amalia Cardos de Méndez. **El comercio en el México prehispánico**. Instituto Mexicano de Comercio Exterior: México, 1975.

Constenla U., Adolfo. “Las lenguas de la Graan Nicoya.” **Vïnculos**. Vol. 18 (1–2) y Vol. 19 (1–2). Museo Ncional de Costa Rica, San José, 1994.

Constenla U., Adolfo y Espíritu Santo Maroto. **Leyendas y tradiciones borucas**. San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1986.

Constenla U, Adolfo. “El huetar: observaciones sobre los materiales disponibles para su estudio y sobre la hipótesis en torno a sus afinidades lingüísticas.” **Revista de Filología y Lingüística** 10 (2). San José, Universidad de Costa Rica, 1984.

Constenla U., Adolfo. **Las lenguas del Area Intermedia. Introducción a su estudio areal**. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José, 1991.

Cook, Noble David y W. George Lovell. “Unraveling the Web of Disease.” **Secret Judgements of God. Old World Disease in Colonial Spanish America**. Norman, University of Oklahoma Press, 1992.

Cooke, Richard G. “Polychrome Pottery from the Central Region of Panama at La Pitahaya (IS–3).” **Adaptive Radiations in Prehistoric Panama.** Olga F. Linares y Anthony J. Ranere, editores, Cambridge, Harvard University, 1980.

Cooke, Richard G. y Anthony J. Ranere. “The Origin of Wealth and Hierarchy in the Central Region of Panama (12,000–2,000BP) with Observations on its Relevance to the History and Phylogeny of Chibchan Speaking Polities in Panama and Elsewhere.” Frederick W. Lange, Editor, **Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area**. Washington D.C., Dumbarton Oaks, 1992.

Cooke, Richard G. “ Los guaymíes sí tienen historia.” En **El pueblo guaymí y su futuro**. Panamá: Comité Patrocinador del “Foro sobre el guaymí y su futuro” y Centro de Estudios y Acción Social, 1982.

Cooper, John M. “Games and gambling.” **Handbook of South American Indians.** Vol 5. En Julian H. Steward, ed. **The Comparative Ethnology of South American Indians**, Washington. D. C. , 1949.

Murra, John V. “Did Tribute and Markets prevail in the Andes before the European Invasion?” En **Ethnicity, Markets and Migration in the Andes. At the Crossroads of History and Anthropology** Eds. Brooke Larson and Olivia Harris with Enrique Tandeter. Durham and London, Duke University Press, 1995.

Newson, Linda. **Indian Survival in Colonial Nicaragua**. Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1986.

Osborn, Ann. **Las cuatro estaciones. Mitología y estructura social entre los U´wa**. Banco de La República. Bogotá, 1995.

Panesso, Antonio, Clemencia Plazas de Nieto y Luis Barriga del Diestro. **El Dorado**. Bogotá, Banco de La República, 1979.

Peebles, Christopher S. y Susan M. Kus. “Some Archaeological Correlates of Ranked Societies.” **American Antiquity**, Vol. 42, N° 3, 1977.
Plazas, Clemencia, Ana María Falchetti, Juanita Sáenz Samper y Sonia Archila. **La sociedad hidráulica zenú. Estudio arqueológico de 2.000 años en las llanuras del Caribe colombiano**. Bogotá, Banco de La República, 1993.

Polanyi, Karl. **Comercio y mercado en los imperios antiguos**. Dirigido por Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson. México, Labor Universitaria, 1976.

Ramírez, Susan E. “Exchange and Markets in the Sixteenth Century: A View from the North.” Brooke Larson, Olivia Harris and Enrique Tandeter, eds., **Ethnicity, Markets and Migration in the Andes. At the Crossroads of History and Anthropology**. Durham, Duke University Press, 1995.

Rappaport, Joanne. **The Politics of Memory. Native Historical Interpretation in the Colombian Andes.** Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Redmond, Elsa. **Tribal and Chiefly Warfare in South America**. Studies in Latin American Ethnohistory and Archaeology. Joyce Marcus, General Editor, Vol 5. Memoirs of the Museum of Anthropology, N° 28, Ann Arbor, University of Michigan,1994.

Renfrew, Colin. “Introduction.” En **Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change**. Colin Renfrew y J.F. Cherry, editores. Cambridge University Press, 1982.

Rivas Ríos, Francisco. “La conquista de Costa Rica. Ia Fase.” Tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica, 1979.

Romoli, Kathleen. **Los de la lengua cueva.** Bogotá, Instituo Colombiano de Antropología. Ediciones Tercer Mundo, 1987.

Rouse, Irvin. **The Tainos. Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus**. New Haven and London, Yale University Press, 1992.

Sahlins, Marshall J. **Las sociedades tribales**. Barcelona: Editorial Labor, S.A., 1977 (b).

Sahlins, Marshall J. “Hombre pobre, hombre rico, gran hombre, jefe: tipos políticos en Melanesia y Polinesia.” En **Antropología Política**, J.R: Llobera, compilador. Barcelona, Ed. Anagrama, 1979.

Sahlins, Marshall J. **Economía de la Edad de Piedra**. Madrid, AKAL Editor, 1977(a).

Salgado G., Silvia. **Social Change in a Region of Granada**. Pacific Nicaragua. (1000 B:C:–1522A.D.). Tesis doctoral, State University of New York, 1996.

Sánchez, Luis Alberto. "Análisis estilístico de dos componentes cerámicos de Cerro Juan Díaz: su relación con el surgimiento de las sociedades cacicales en Panamá (400-700 D.C.)," tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica, 1995.

Sarmiento F., Griselda. "La sociedad cacical agrícola: hipótesis y uso de indicadores arqueológicos." **Boletín de Antropología Americana** N° 13. México, 1986.

Sauer, Carl O. **Descubrimiento y dominación española del Caribe**. México, FCE, 1984.

Service, Elman. **Profiles in Ethnology**. Nueva York, Harper y Rowe, 1978.

Service, Elman. **Origins of the State and Civilization.The Process of Cultural Evolution**. Nueva York: W.W. Norton and Company, Inc., 1975.

Snarskis, Michael J. "Wealth and Hierarchy in the Archaeology of Eastern and Central Costa Rica." **Wealth and Hierarchy in the Intermediate Area: a Symposium at Dumbarton Oaks.** Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection,1992.

Snarskis, Michael J. y Eugenia Ibarra. "Comentarios sobre el intercambio entre la Gran Nicoya, la Vertiente Atlántica y el Valle Central de Costa Rica en periodos precolombinos e históricos." **Vínculos.** Nº 11, Vol 1 y 2. San José, Museo Nacional de Costa Rica, 1985.

Solórzano, Juan Carlos. "Las poblaciones indígenas y los colonizadores europeos en Luisiana colonial." **Avances de Investigación**. Nº 77.San José, CIHAC- Universidad de Costa Rica. 1997.

Stone, Doris. **Las tribus talamanqueñas**. San José, Museo Nacional de Costa Rica, 1961.

Torres de Aráuz, Reina. **Darién. Etnoecología de una región histórica**. Panamá, Instituto Nacional de Cultura, 1975.

Vargas, Patricia. **Los emberá y los cuna: impacto y reacción ante la ocupación española. Siglos XVI y XVII.** Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología. Colcultura, 1993.

Vargas A., Iraida. "Modo de vida: categoría de las mediaciones entre la formación social y cultura." **Boletín de Antropología Americana** N° 12. México, 1985.

Vázques L., Ricardo, Frederick W. Lange, John W. Hoopes, et al. "Hacia futuras investigaciones en Gran Nicoya." **Vínculos.** Revista de Antropología del Museo Nacional de Costa Rica. Nº 18 y 19 ,1992–1993.

Veloz Maggiolo, Marcio**. La isla de Santo Domingo antes de Colón.** Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana. Editorial Corripio, 1993.

Wilson, Samuel M. "Structure and History. Combining Archaeology and Ethnohistory in the Contact Period Caribbean." J. Daniel Rogers and Samuel M. Wilson, editores. **Ethnohistory and Archaeology. Approaches to Postcontact Change in the Americas**. New York and London, Plenum Press, 1993.

Fuentes editas

Angel de Altolaguirre y Duval. **Vasco Núñez de Balboa**. Madrid, Real Academia de la Historia, 1914.

Antonio León Pinelo. "Tratado de confirmaciones reales". **Recopilación de las leyes de Indias.** Ley 6,7,6. 18 de enero de 1576.

Carta de Fray Pedro de Santa María a S.M." León Fernández. **CDHCR**, Tomo IV, París, Imprenta Pablo Dupont, 1886.

Cédula del Rey. Términos y límites fijados a la ciudad de Panamá". 6 de setiembre de 1521. En Carol F. Jopling, compiladora, **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

Cristóbal Colón. Carta de Jamaica. 1503. En León Fernández. **Conquista y poblamiento en el siglo XVI**. San José, Editorial Costa Rica, 1976.

De Acosta, Fr. Joseph. **Historia Natural y Moral de las Indias**. Edición preparada por Edmundo O´Gorman. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Del padre Fray Antonio de la Rocha y de la conversión de los indios de la Provincia de San Salvador de Austria de los Dorasques y Zuríes en el Reino de Panamá, hecha por su grande celo." **Hombre y Cultura,** Tomo 1, Nº 3, Panamá, 1964.

Expedición al Valle del Guaymí. Parecer del Gobernador de Veragua Pedro Godínez Osorio." 1575. Carol Jopling, compiladora. **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

Fernández de Navarrete. **Colección de Viajes**. Tomo III. Imprenta Real, Madrid, 1825.

Fragmento de la Derrota general de la Navegación del Mar del Sur, compuesta por D. Fernando Mehedano de Saavedra y Córdoba." 1684. **CDHCR**, Tomo VIII, Barcelona, Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1907.

Fray Francisco de San José. "Declaración de las casas y parcialidades de los térrabas." 1697. **CDHCR,** Tomo V, París, Imprenta Pablo Dupont, 1886.

Fray Agustín de Cevallos. "Memorial para el Rey Nuestro Señor de la descripción y calidades de la provincia de Costa Rica." 1610- **CDHCR,** Tomo V, París, Imprenta Pablo Dupont, 1886.

Fray Bartolomé de Las Casas. **Apologética Historia Sumaria**. Tomo I. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967.

Fray Adrián de Santo Tomás. "Reducción del Guaymí y el Darién y sus indios." En **Relaciones Histórico Geográficas de América Central**. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1908. **(Colección de Libros y Documentos referentes a la historia de América.** Tomo VIII).

Gaspar de Espinoza. "Procesos en forma contra otros caciques, los cuales todos fueron y vinieron a amistad y servidumbre de sus altezas y quedaron sojuzgados y en paz para servir en lo que se les

mandare." En Carol F. Jopling, compiladora, **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

Gaspar de Espinoza. "Relación hecha por Gaspar de Espinoza, Alcalde Mayor de Castilla del Oro, dada a Pedrarias Dávila, lugarteniente general de aquellas provincias, de todo lo que sucedió en la entrada que hizo a ellas, de orden de Pedrarias." Carol F. Jopling, compiladora. **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

Gonzalo Fernández de Oviedo. **Oviedo: Nicaragua en los cronistas de Indias**. Managua, Colección Cultural Banco de América, 1976.
Gonzalo Fernández de Oviedo. **CDHCR**, Tomo I, San José, Imprenta Nacional, 1881.

Jorge A. Lines. **Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica relativos al Cuarto y Ultimo Viaje de Cristóbal Colón**. San José, Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. Imprenta y Librería Atenea, 1952.

Juan Vázquez de Coronado. "Registros de presentes y rescates." 1564. León Fernández. **CDHCR**, Tomo IV, París, Imprenta Pablo Dupont, 1886.

Juan Vázquez de Coronado. **Cartas de relación**. San José, Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, 1964.

Juicio de residencia que el Lic. Diego de Herrera, Oidor de la Audiencia de los Confines, tomó a Rodrigo de Contreras." 1544. **CDHN**, Tomo IX, Madrid, 1955.

León Fernández. **CDHCR**, Tomo VI, Barcelona, Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1907.
"Méritos y servicios de los frailes menores." 1607-1608. **CDHCR**, Tomo VIII, Barcelona, Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1907.

Memorial histórico de lo que pasó a Rodrigo de Colmenares desde que llegó de Tierra Firme por procurador de ella; y propone varios medios para su población, administración de justicia y prosperidad." 1516- 1517. En Carol F. Jopling, compiladora, **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

Milagros del Vas Mingo. **Las capitulaciones de Indias en el siglo XVI**. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986.

Ordenanzas del Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Cartago. 1686.

Pablo Alvarez Rubiano. **Pedrarias Dávila. Contribución al estudio de la figura del "gran justador," gobernador de Castilla del Oro y Nicaragua.** Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944.

Pascual de Andagoya, citado por Gaspar de Espinoza. "Relación hecha por Gaspar de Espinoza, alcalde mayor de Castilla del Oro, dada a Pedrarias Dávila, de todo lo que le sucedió en la entrada que hizo en ellas, de orden de Pedrarias." 1516. Carol Jopling, compiladora, **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

Primer viaje de Cristóbal Colón según su diario de a bordo. Recogido y transcrito por Fray Bartolomé de las Casas. Barcelona, Editorial Ramón Sopena S.A., 1972.

Pedrarias Dávila. "Memoria que da Pedrarias sobre la provisión a Vasco Núñez de Balboa de la

gobernación y adelantamiento.” 1510. En Carol Jopling.compiladora. **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

“Información incompleta seguida a pedimento del procurador síndico de Cartago sobre la falta de propios de esta ciudad.” León Fernández B. **CDHCR,** Tomo VII, Barcelona, Viuda de Luis Tasso, 1907.

Gonzalo Fernández de Oviedo. **Historia General y Natural de Indias**, Tomo III, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1959.

.

Girolamo Benzoni. **Historia del Nuevo Mundo**. Madrid, Alianza Editorial,1989.

Proceso contra Mateo de Lezcano por parte de la justicia real criminal y de visitación de indios y lo de Don Diego.” **CDHN**. Tomo IX. Año de 1544, Madrid,1955.

Relación de los sucesos de Pedrarias en las provincias de Tierra Firme o Castilla del Oro y de lo ocurrido en el descubrimiento de la mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua por el Adelantado pascual de Andagoya.” 1514. En Carol F. Jopling, compiladora, **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

"Sumaria descripción del Reino de Tierra Firme llamado Castilla del Oro, que está sujeto a la real Audiencia." Nombre de Dios, 7 de mayo de 1575. En Carol F. Jopling, compiladora, **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

Vázquez de Espinoza. 1516. En Carol Jopling, compiladora. **Indios y negros en Panamá en los siglos XVI y XVII**, Vermont, CIRMA/PMS, 1994.

“Información de méritos y servicios del Capitán Pedro de Flórez.” 1611. **CDHCR**, Tomo V, París, Imprenta Pablo Dupont, 1886.

“Proceso contra Mateo de Lezcano por parte de la justicia real criminal y de visitación de indios y los de Don Diego.” **CDHN,** Tomo IX, Año de 1544, Madrid,1955.

Fuentes inéditas

ANCR. Quejas de indígenas de Turrialba. Serie Guatemala Nº 106. Año de 1654. Folio 4.

“Los Yndios de Cuquerrique.” 27 de setiembre de 1590. Archivo General de Indias. 371-B.

GLOSARIO

Almadías- Canoa de tronco que no lleva vela.

Alpargate- Calzado de cuero, en forma de sandalia tosca. En la primera década del siglo XVI se describen como elaboradas con cuero de venado.

Areito- Canto y danza de los indígenas de La Española a la llegada de Colón. Se extendió la voz para otras fiestas en otras partes del continente, como en ciertas zonas de Panamá en la misma época.

Azagaya- Pequeñas lanzas arrojadizas

Bijagua- Tipo de planta (*Canna edilus Ker*) que por lo general se usaba para envolver alimentos o para techar viviendas. En Talamanca todavía se le dan esos usos.

Bohío- Vivienda indígena lo suficientemente grande como para albergar varias familias a la vez. Voz empleada en las Antillas, y el sur de América Central.

Cañutos- Piecitas de hueso, oro u otros materiales en forma de tubo delgado, utilizadas con cuentas para formar collares.

Caricurí- Narigueras en forma de n, elaboradas con distintas mezclas de oro y cobre. Los indígenas los distinguían por su forma, color y hasta por su olor.

Cemí- Representaciones materiales de los dioses entre los taínos

Chaguala- término que se refiere a algunos pectorales de oro pero también a narigueras y otros tipos de adornos corporales, especialmente en el área colombiana.

Chaquira- Término empleado por los españoles para referirse a cuentas o abalorios empleados en collares o pulseras. Al principio de la conquista así describían los collares indígenas de conchas u otros materiales, con excepción del oro. Más adelante, chaquira se refería a cuentas de vidrio que intercambiaban con los indígenas por oro u otros bienes.

Cohoba- Ceremonia religiosa taína que consistía en la consulta a los dioses acerca de diversos temas. Era acompañada por la inhalación de polvos alucinógenos *(Piptadenia*) o tabaco.

Guacal- Recipiente elaborado con base en la fruta del jícaro (*Crescentia alata*) partido por la mitad, empleado para sacar agua o para ingerir bebidas.

Guanín- Primera manera de referirse a la aleación de oro y cobre en el el Caribe y Panamá. Al avanzar la conquista el vocablo se fue sustituyendo por la voz tumbaga, como es el caso de Costa Rica.

Hamaca- Red tejida de pita o algodón, utilizada por los indígenas para dormir o para cargar a alguna persona. Se colgaba de dos puntos por sus extremidades.

Jícara- Recipiente hecho del fruto del jícaro *(Crescentia alata*), usualmente sin partirlo por la mitad, dejando su cuello y ajustándole una tapa.

Palenque- Conjunto de construcciones indígenas de maderas espinozas, generalmente de pejibaye (*Bactris gassipaes*) que servían como fuertes en épocas de guerra.

Patena- Pectoral redondo de oro martillado con diversos adornos y de distintos tamaños, que se llevaban colgando del cuello.

Petate- Esterilla de fibras vegetales utilizada para dormir. Se pueden adquirir en el presente con facilidad en Panamá, Costa Rica y Nicaragua.

Puñete- Pulsera

Rescates-Bienes que traían los españoles para intercambiar con los indígenas.

Rescatar- Cambiar o trocar por oro, plata y otros objetos preciosos, por mercaderías ordinarias, adornos, cuentas y otros objetos de poco valor.

Tianguez- Mercado indígena público, a cielo abierto, usualmente bajo las sombras de los árboles. Propio de Nicaragua y Nicoya y su uso se extiende hasta el presente.

Tierradentro- Tierras no conquistadas. En Costa Rica se usaba para referirse a Talamanca.

Tile- Vocablo afín al náhuatl *tlilli.* Polvo negro extraído de las teas de los pinos por los matagalpas o chontales de Nicaragua, con el que se adornaban el cuerpo.

Torcer pita al muslo- Arrollar las fibras de la pita con la mano contra el muslo para formar cordelería.

Tumbaga- Aleación de oro y cobre empleada en joyería, y por extensión de cualquier metal.

NOMBRES DE PLANTAS

Nombre Vulgar	Nombre científico
Achiote	*Bixa orellana*
Aguacate	*Persea americana*
Ajíes (chiles)	*Capsicum frutescens*
Algodón	*Gossypium spp.*
Añil	*Indigofera suffruticosa*
Ayotes u oyamas	*Cucurbita*
Bijagua	*Canna edilus Ker*
Cabuya o Enequén	*Furcraea spp.*
Cacao	*Theobroma cacao*
Camote	*Ipomea batata*
Caña dulce	*Saccharum officinarum*
Caraña (resina)	*?*
Chayotes	*Sechium spp.*
Frijoles	*Phaseolus spp.*
Guayaba	*Psidium guajava*
Jícaro	*Crescentia alata*
Limón	*Citrus limonae*
Maíz	*Zea mays*
Mamey	*Mamea americana*
Ñame	*Dioscorea spp.*
Nance	*Byrsonima cressifolia*
Níspero	*Manilkara chicle*
Ocote	*Pinus oocarpa*
Palmito	*Euterpe macrospadix*
Pejibayes	*Bactris gasipaes*
Pimienta	*?*
Piñas	*Ananas comosus*
Pita	*Aechmea spp.*
Plátanos	*Mua spp.*
Tabaco	*Nicotiana rústica*
Tile	*Pinus spp.*
Yaat (coca)	*Erithroxylum spp.*
Yuca	*Manihot esculenta*
Zapotes	*Manilkara achras*
Zarzaparrilla	*Smilax spp.*

NOMBRES DE ANIMALES

Nombre vulgar	Nombre científico
Bagre	*Ariidae sp.*
Camarones	
Cangrejos	*Carcinides*
Caracol marino (rojos o negros)	*Strombus sp.*
Cocodrilos	*Crocodylidae*
Conejos	*Silvilagus floridanus*
Danta	*Tapirus bairdii*
Felinos	*Panthera onca*
Felis concolor	
Garzas	*Trigosoma lineatum*
Iguanas	*Iguana iguana*
Lisas (pescado)	*Agosnostomus monticola*
Manatíes	*Thrichechus manatus*
Mojarra	*Cichlidae sp.*
Monos	*Cebus capucinus*
Ateles geoffroyi	
Alouatta palliata	
Patos	*?*
Pavos	*Cracidae sp.*
Pecaríes (Chanchos)	*Tayassu tajacu*
Perlas (ostra)	*Pteria sp.*
Pez Bobo	*Joturus pichardi*
Róbalo	*Centropomus sp.*
Tortugas	*Chelonia mydas*
Venados	*Odocoileos virginianus*
Zorros	*Mephitis macroura*